



La casa
del padre **Karmele**
Jaio



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Agradecimientos

ISMAEL

1. Allá arriba, en la cima
2. Atrapado en un tempo antiguo
3. Viejas pesadillas
4. Así te dejo escribir tranquilo

JASONE

5. El sonido de una puerta corredera
6. Estoy aquí. ¿Te habías olvidado de mí?

ISMAEL

7. Es una guerra
8. Nuestras canciones de toda la vida
9. Puedes llevar a aita a tu casa
10. Las mentiras, cuanto más breves, mejor

JASONE

11. Se nota tu mano

LIBE

12. Esa vieja guerra

ISMAEL

13. Yo no he sido
14. Las monedas
15. Una puerta de metacrilato
16. No vale para cazar
17. Una mujer desconocida

JASONE

18. El difícil equilibrio del miedo

LIBE

19. Qué haces aquí

ISMAEL

20. Me da miedo aita
21. Por Arconada
22. No solo se le ha torcido el labio
23. Ven si tienes cojones

JASONE

24. Me vas a tener que ayudar en esto
25. La puerta corredera, de nuevo

ISMAEL

26. Como descenden los restos de papel quemado
27. El collar de perlas
28. El gran misterio
29. El crucigrama
30. Su voz ya no es tuya

LIBE

31. Dar un paso atrás y empezar de nuevo

JASONE

32. No es que me gustara Jauregi; yo quería ser Jauregi

ISMAEL

33. Un nuevo juego de manos
34. Y la bandada te seguirá por detrás

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Ismael está bloqueado. Lleva dos años intentando escribir su próxima novela, pero no consigue producir más que borradores sin vida, y no llega a los plazos acordados con su editor. Se cuestiona todo lo que escribe, algo que no le había ocurrido nunca. Su situación se complica el día en que su madre tiene un accidente e Ismael se ve obligado a pasar todas las tardes con su padre para cuidar de él. Esas horas lo transportarán de golpe a un momento que quedó congelado en su infancia y que Ismael ha mantenido oculto hasta ahora entre sus recuerdos.

Jasone es la primera lectora y correctora de los textos de su marido. Desde hace años vive dedicada a su familia, y aunque ella también escribía de joven, lo dejó. En este último año se ha quedado por las noches frente al ordenador, y a escondidas ha comenzado a crear de nuevo.

Cada uno jugará con su secreto en medio de una marejada emocional en la que los silencios, como casi siempre, hablarán más que las propias palabras.

La casa del padre nos descubre a la escritora Karmele Jaio, en una novela que nos habla de las maneras de construir y transmitir la masculinidad y de la enorme influencia del género en la vida de mujeres y hombres.

LA CASA DEL PADRE

Karmele Jaio

Ediciones Destino

A Iñigo Muguruza

A todos los hombres nuevos

Escribir se asemeja mucho a un beso. Es algo que no puedes hacer solo.

JOHN CHEEVER

Gracias por haber estado a mi lado en el tiempo en que he escrito este
libro.

ISMAEL

Allá arriba, en la cima

Disparos en el monte. Vuelves a escucharlos desde allá arriba, en la cima. Pero sabes que no provienen de los montes aledaños, sino de tu interior. Tu cuerpo es un arbusto. Cuántos cartuchos de escopeta quedan atrapados dentro de los arbustos, como un pequeño corazón que, a pesar de oxidarse con el tiempo, sigue latiendo, latiendo, latiendo...

Disparos en el monte. Has vuelto a escucharlos desde allí arriba, en la cima. Y ves los cartuchos como si los tuvieses en las manos. Marca Trust, fabricados en Eibar. La mirada de tu padre comprobando si has aprendido a introducirlos bien en la escopeta. Rojos, verdes, con la base de color oro, cargados de perdigones. Cuando impactan en la carne, los perdigones se expanden velozmente, como espermatozoides malignos. Los malditos cartuchos se meten en los arbustos y no hay manera de sacarlos. Tampoco nadie se empeña en hacerlo. A fin de cuentas, solo son cartuchos usados. Nadie piensa en que siguen latiendo, y disparando, pum, pum, allá dentro, aunque estén oxidados, aunque sean viejos.

Has llegado a la cima del monte con la respiración entrecortada, tras salir corriendo de tu estudio, dejando el ordenador encendido, quizá también la luz de la entrada. Has salido sin saber muy bien a dónde, con la urgencia de quien bucea hacia la superficie porque se está quedando sin aire. La angustia te ha empujado más que el viento, que hoy sopla fuerte del sur. La angustia que has vuelto a sentir delante de la pantalla de tu ordenador al recordar la pesadilla de esta noche con la noticia sobre esa chica que ha aparecido en el monte.

La noticia sobre esa chica a la que violaron y dejaron abandonada en el monte. La encontraron unos cazadores, demasiado tarde. Se te ha revuelto el estómago, no puedes quitártela de la cabeza, como cuando ocurrió lo de Pamplona, y era lo que te faltaba. La gota que ha colmado el vaso. Qué frase más usada, un lugar común de nuevo. Ahora sí que te es imposible escribir. Está todo revuelto en tu cabeza. Algún día encontrarán por fin algo ahí, un tumor maligno que te impide pensar. Que te impide escribir.

La noticia sobre esa chica a la que violaron y dejaron abandonada en el monte. No sabes si te ha impactado más por el miedo que sientes por tus hijas —acrecentado después de que Eider pasara en Pamplona la misma noche en la que un grupo de hombres violó a aquella chica— o por

el escenario de la tragedia. El monte, el bosque, un paisaje que aún araña tu piel como las zarzas, un escenario con el que has tenido pesadillas desde joven.

Y ahora ahí, en la cima de Olarizu, tras cuarenta minutos a paso rápido desde tu casa, te preguntas por qué tus pies te han llevado justamente al monte. Por qué la angustia te ha llevado precisamente allí. Al epicentro de tus miedos.

Miras a la ciudad desde arriba, mientras se te mueve sobre la frente el fino pelo que te queda. En la cima has podido por fin coger aire profundamente. Y te has tranquilizado un poco. Estar arriba siempre da tranquilidad.

No subías allí desde que eras un chaval. Tu padre te llevó alguna vez nada más llegar a vivir a Vitoria, igual que te llevaba a Kalamua o a Ixua cuando vivíais en Eibar, pero aquí sin escopeta. Y, sin embargo, el paraje te ha traído a la mente el sonido de los disparos. Pum, pum. Disparos en el monte. Y los ladridos de los perros. No hay combinación de sonidos más aterradora para ti.

Miras a la ciudad que te acogió con quince años. Una ciudad que ha crecido contigo, se ha expandido como una gota de tinta en el papel, perdiendo intensidad a medida que se ensancha, que se esparce. Te ha costado unos segundos encontrar el tejado de la casa de tus padres. La referencia de la iglesia de San Pedro te ha ayudado. Siguen viviendo allí desde que llegaron de Eibar, como los vecinos del portal, todos llegaron de fuera: de Zamora, de Cáceres... Y, en muchos casos, volvían a su pueblo en verano. Recuerdas los veranos de pisos vacíos, de persianas bajadas, de escalera sin vecinos. La frescura del portal comparada con el calor desértico de la calle. Descansillos fríos y patios ardientes. Ese intenso contraste de agosto.

Tu madre estará a estas horas fregando el suelo de la cocina, como lo ha hecho durante los últimos cincuenta años, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, en zigzag, una y otra vez, como queriendo borrar las pruebas de un asesinato. Tu madre, siempre borrando pruebas, silenciando voces, apagando fuegos. Seguro que ha dejado abierta la puerta del balcón para que el suelo se seque antes y se vaya el olor a comida. Filete frito y lejía, esa mezcla de olores de después de comer también viajó con vosotros de Eibar a Vitoria. Las casas no son lugares físicos, son atmósferas que nos acompañan de un hogar a otro. Desde que tu padre empezó a perder la cabeza, Nancy los ayuda algunas horas, pero seguro que tu madre no le deja fregar. Nadie friega como ella. Fregar es su territorio.

Un poco más a la derecha está la torre de San Miguel. Viviste durante años cerca de allí, en el Casco Viejo, junto con Jasone y las niñas. Pero entre tanta apretura de casas, te ha sido imposible encontrar la que fue tuya. Como te es imposible ver hoy a tus hijas allá abajo. Salieron ya de ese decorado, salieron del nido. Ya no necesitan tu protección. Aparecen y desaparecen de tu vista como esas bandadas de pájaros que muchas tardes observas desde la ventana de tu estudio haciendo dibujos en el cielo y deshaciéndolos inmediatamente después.

Tu casa actual, en la que vivís ahora solos Jasone y tú, a pesar de que guardéis dos habitaciones para las llegadas y salidas de vuestras hijas, es fácil de localizar. Está situada en una de las zonas residenciales del sur de la ciudad, donde los edificios están más alejados el uno del

otro. Incluso puedes ver la terraza a la que da tu estudio. La ventana desde la que miras en los últimos años el mundo. Al otro lado de esa ventana está tu ordenador, tu taza de café reseco sobre el escritorio, tus miedos, tus pósits, tus clips, tus zapatillas junto a la silla, tus pesadillas, tus libros, tu cuaderno de apuntes, tu mundo. Allí está tu novela, la que intentas escribir desde hace dos años. Allí está tu secreto. Una novela que no avanza, una sequía de ideas, un bloqueo de escritor de los de libro. Nunca mejor dicho. Otro lugar común.

Como cada frase que escribes. En los últimos dos años tus palabras solo han creado decorados de cartón piedra. Pero cómo hacer creíble un decorado al que no te has querido acercar nunca en la vida real. Te has arrepentido mil veces de haber decidido reflejar en tu novela el afilado ambiente político de la Euskadi de los ochenta. En mala hora decidiste darle protagonismo al conflicto político en tu obra. Si no hubiese sido por aquella crítica de Vidarte a tu último libro, quizá no se te hubiese ocurrido meterte en semejante lío. Y si no hubiese llegado la oferta para publicar la traducción de tu próximo trabajo al español, quizá tampoco te hubieses embarcado en una historia de la época del *Si vis pacem, para bellum* que cantaba tu hermana. Pensaste que a la editorial madrileña iba a gustarle mucho más si le añadías ese ingrediente genuino, el conflicto vasco visto desde dentro, pero te has arrepentido mil veces. En estos dos años has puesto en duda cada línea que has escrito, no te llegas a creer lo que escribes porque realmente no viviste aquellos años como tu hermana, a la que llegaron a detener, o como Jauregi o muchos otros; tú siempre huiste del compromiso político, del activismo, huiste de cualquier signo de dolor o riesgo y viviste al margen del conflicto. Cómo escribir ahora sobre ello, si no encuentras pedazos de verdad ni en tus manos ni en tu memoria.

Divisas la ventana de tu estudio desde las alturas y te parece tan pequeño... Quizá sea eso. Quizá sea esa la razón de la sequía de los últimos años. Ves la realidad desde demasiado lejos. No se puede ver nada encerrado ahí, tan lejos del mundo. Va a tener razón finalmente Vidarte. En la crítica a tu último libro escribió que tus personajes parecían extraterrestres, que tu novela no recogía ni una sola referencia del mundo en el que viven, del contexto social, político... Que no sacabas a tus personajes a la calle, que los mantenías encerrados debatiendo entre cuatro paredes. Pero que incluso en eso te quedabas a medias, porque los mirabas desde lejos, como con miedo a entrar en su interior y en sus pesadillas. En tu novela no había compromiso ni con el entorno ni con el interior de tus personajes. Y sin compromiso con la verdad, no hay arte. Eso escribió Vidarte, entre otras lindezas, sobre tu última novela. Y en estos dos años no has podido quitarte de encima la imagen del crítico sobrevolando tu estudio día y noche y llamándote extraterrestre. Eres un extraterrestre, Alberdi.

Quizá sea ese el problema. En esta nueva novela lo has intentado, pero no es fácil acercarse al mundo real; cuando te acercas demasiado, te asustas, como te ha ocurrido con el caso de esa chica, y vuelves a refugiarte en tu estudio. No es fácil acercarse a lo que pasa en el mundo, a sus gentes, sin salir de un estudio desde el que solo ves tus pesadillas, además de los geranios que Jasone tiene últimamente olvidados en la terraza.

Ves sequía. Ves oscuridad.

Quizá sea esa oscuridad la que al fin te ha empujado al monte. Precisamente al monte. Quizá sea esa oscuridad la que al fin te ha empujado a la luz.

Atrapado en un tempo antiguo

Has desayunado frente a la cafetera americana. Llevas años desayunando delante del mismo maldito aparato. Jasone te ha dicho mil veces que tenéis que cambiar de cafetera, que no encaja en la nueva cocina. Muebles minimalistas, elementos metálicos, la cocina parece más una nave espacial que una cocina. La vieja cafetera americana está fuera de lugar. Deberíais compraros una de cápsulas, por lo menos. Pero insistes en que no hay cacharro que haga mejor café que ese. Aun así, no sabes por qué, desde que cambiasteis de casa y de cocina, hay algo en esa cafetera que te hace sentir mal, como si te reflejaras en ella, como si tú también estuvieras fuera de lugar, anticuado, en un nuevo escenario.

Cuando Jasone se va a trabajar a la biblioteca y te quedas solo en casa, todavía se te hace más poderosa la presencia del aparato. El ritmo lento de las gotas de café que caen a la jarra de cristal no tiene nada que ver con la velocidad de los titulares que aparecen en la parte baja de la pantalla del televisor, que enciendes todas las mañanas para oírlo de fondo mientras desayunas: Donald Trump, Alepo, Lesbos, Dow Jones, océanos de plástico... No, esas noticias y tú no sois del mismo mundo. Ahí afuera todo va muy rápido. Dentro estáis tú y la cafetera eléctrica, atrapados en un tempo antiguo. Goteando, perdiendo poco a poco la sustancia.

Hace mucho que solo ves cadenas extranjeras: CNN, CBS... Te tranquiliza. Las bombas explotan lejos. Casi tan lejos como las que explotan en la historia que no consigues escribir. Por allí no se cuelan violaciones cercanas. Desde allí nadie te va a contar que esa madrugada han violado a una chica en la misma ciudad en la que ha pasado la noche tu hija menor. Jasone te llamó nada más conocer la noticia: «Estoy llamando, pero no contesta —te dijo angustiada—. Creo que lo tiene apagado».

Te arrepentiste mil veces de haberle dado permiso para ir a Pamplona. «Van todas mis amigas, aita.»

Con solo diecisiete años, no entiendes cómo se te ocurrió dejarla ir... Cuando al cabo de una hora larga Eider llamó a su madre —«Qué pasa, me he quedado sin batería, no te pongas así»—, sentiste cómo te desinflabas, cómo salía de tu boca todo el aire acumulado durante una hora. Una hora larga. Una violación de una hora. La violación de tu hija. La viviste como si fuera de verdad, y desde entonces sientes que en tu interior hay una alarma encendida, que hay algo que te hiere

profundamente cuando alguien habla de un hombre que abusa de una mujer, que la viola, que la asesina. Entonces, y ahora de nuevo, con la noticia de esa chica a la que violaron y abandonaron en el monte, como se abandonan los cartuchos, sientes miedo, un miedo espantoso por lo que les pueda pasar a tus hijas. Pero es un miedo mezclado con un sentimiento de culpa que no sabes de dónde viene. O quizá sí, quizá todos esos comentarios de Jasone desde que organiza ese club de lectura feminista, que si esto es una guerra, que si nos están matando..., han hecho mella en ti. Esa forma de hablar de los hombres como si todos fueran iguales. Desde aquella terrible mañana de sanfermines, sientes una mezcla de miedo y culpa que te paraliza. Y te conviertes de nuevo en aquel chaval que tenía pesadillas por la noche. Con el monte, con los ladridos de los perros durante la desesperada y angustiada búsqueda de tu primo Aitor en el bosque, en la que también se entremezcló el miedo con la culpabilidad.

Vuelven las obsesiones y la parálisis. Hay algo en tu cabeza que no funciona. Hay algo ahí dentro que estanca tu imaginación y tus ideas ante la pantalla del ordenador. Y no solo ante el ordenador. Hace una semana, te quedaste en blanco ante el cajero automático, sin poder recordar tu clave. Te fuiste de allí sin sacar dinero. Te imaginas una pelota negra en el interior de tu cabeza, un tumor que va creciendo, y estás seguro de que es eso lo que ciega tu lucidez, lo que impide que escribas como lo hiciste un día, resbalando de un párrafo a otro. Sabiendo siempre a dónde ibas, dónde querías llegar.

Es la misma pelota que te provoca pesadillas y que te angustia hasta hacerte salir de casa corriendo a la cima del monte más cercano. Y lo peor es que los médicos son incapaces de encontrarte nada. Pero qué sabrán esos médicos de ahora, si son de la edad de tus hijas. Qué van a saber de la enfermedad, de los cuerpos que se estropean y las mentes que se atrofian. Los odias aún más que a los jóvenes escritores, a las estúpidas jóvenes promesas. Te dicen que no es nada, que vayas tranquilo. Nunca reconocerán que no son capaces de encontrar nada. Te han citado para dentro de seis meses. Seis meses. En ese tiempo puedes morir, en ese tiempo lo que hoy es una canica negra en tu cerebro puede convertirse en una pelota de ping-pong. O en una pelota negra de las que lanza la policía y a las que tanto miedo tuviste siempre.

Has temido a la muerte desde pequeño. Cuando aún vivíais en Eibar, por las noches, metías la cabeza bajo las sábanas —todavía relacionas el miedo con el olor a húmedo de las sábanas de la casa de Eibar— y te quedabas allí, quieto, sudando, temiendo que de un momento a otro se presentara la muerte en tu habitación. Los miedos y las pesadillas se acrecentaron desde aquel día en que tu primo Aitor se perdió en el monte y medio pueblo se pasó dos días y dos noches buscándolo. También tú y tu padre. Aunque para entonces ya vivíais en Vitoria, volvisteis a Eibar para colaborar en la búsqueda.

Desde pequeño, cuando te atacaban las pesadillas, saltabas de la cama y corrías por el frío pasillo a la habitación de tu hermana. En el interior de la cama de Libe te calmabas, su olor te daba tranquilidad. Libe siempre fue más valiente que tú. La hermana mayor. La que no tuvo miedo ni a las pelotas de goma ni a las detenciones. La que no tuvo miedo de meterse en los ambientes

políticos más peligrosos ni, lo que siempre ha sido más difícil, de salir de ellos. Ella salió y escapó sola a Berlín, donde sigue viviendo. Tampoco tuvo miedo a eso. Ahora sigue salvando el mundo a su manera en esa ONG de ayuda a los refugiados.

Tú, sin embargo, eres un cobarde. Y el secreto te pesa.

Cuando Jasone sale por las mañanas, cuando escuchas el golpe de la puerta, entonces aparece el tan temido silencio. Últimamente, de tu mente solo nacen palabras que se deshacen como cartón mojado. Apuntes y más apuntes, frases que te miran y te interrogan en cuanto las terminas. *¿Esto es todo?*

Tienes entre manos una caricatura de la vida y del conflicto, un borrador muerto antes de nacer, una historia que ni tú mismo te crees. Una gran mentira. Algo más viejo y fuera de lugar que la cafetera americana ante la que desayunas cada mañana.

Viejas pesadillas

Cuando Jasone vuelve del trabajo, cuando escuchas el tintineo de las llaves, sales corriendo de tu estudio hacia la entrada, como un perro que lleva todo el día en casa encerrado esperando a su dueño. Pero no buscas solo a Jasone. Quieres sentir la frescura de la calle que Jasone trae impregnada en la ropa, en la cara. Ese aire frío y limpio que trae la gente que viene a verte cuando estás enfermo. Esas mejillas tan frías como llaves.

Como el frío que traía tu padre a casa después de una jornada de caza. El frío que entraba en casa con tu padre y que congelaba la mirada y los movimientos de tu madre. Esa manera de darle la escopeta para que la guardara y las botas sucias para que las limpiara. Ese frío del agua con la que tu madre limpiaba las botas en el lavabo del baño. Esos nudillos rojos de tu madre bajo el chorro de agua fría. Las uñas partidas de sacar pequeñas piedras incrustadas en las rendijas de las suelas.

Hoy, al escuchar el tintineo de las llaves, también has salido del estudio y has seguido a tu mujer por el pasillo mientras se quitaba el abrigo, como esperando a que Jasone te contara algo, como si te tuviera que hacer un informe sobre el mundo exterior: «¿Has visto a alguien? (¿Alguien te ha preguntado por mí?), ¿qué traes?...». Has registrado como un niño las bolsas de la compra que ella ha dejado sobre la mesa de la cocina, buscando algo que ni tú sabes qué es. Un mensaje dentro de la botella.

—¿Hoy también ha venido tu madre? —te ha preguntado, al ver los táperes que hay en la nevera. Excepto el viernes, Jasone come entre semana con los compañeros de la biblioteca y a ti, que comes solo de lunes a jueves, te vienen de maravilla las croquetas, el marmitako o las alubias que te trae tu madre.

—Ya le digo que no traiga nada, pero... Así por lo menos tiene una excusa para salir de casa.

—No deberías permitirlo.

—Si le encanta hacerlo.

—No deberías permitir que tenga que usar la excusa de traerte comida para poder salir de casa. Deberías hablar con tu padre.

—¿Hablar con mi padre? Pues tiene ahora la cabeza como para que le vaya con sermones...

A tu padre se le ha desconectado alguna parte del cerebro, y te convences de que lo tuyo debe

de ser algo hereditario, que hay familias que son más débiles, más vulnerables ante la enfermedad. Que tú también estás en disposición de que te explote algo ahí dentro en cualquier momento, esa pelota negra.

Jasone suspira mientras enciende las varitas de incienso de la entrada, de camino a su habitación. Siempre hace lo mismo cuando llega del trabajo, antes de cambiarse de ropa. Encender el incienso es una manera de decirte que huele a cerrado. A viejo.

—¿Sabes para cuándo me han dado cita? —le dices, mientras terminas de registrar las bolsas del supermercado aún mojadas de lluvia, alzando la voz, para que te oiga desde la habitación.

—¿Todavía sigues con lo del neurólogo? —te responde, mientras vuelve de la habitación, ya cambiada, con las ropas de casa.

Abre la nevera, saca una lechuga y un tomate, y se pone a preparar algo para cenar mientras te dice que estés tranquilo, que cuando acabes el libro que estás escribiendo se te irán todos los males. Que cuando estás escribiendo siempre te duele algo. Que no te pasa nada en la cabeza. Y corta el tomate por la mitad con tal precisión que parece que estuviera diseccionando un cerebro. Te has quedado mirando atentamente el corazón del tomate, como buscando allí algún tumor.

Jasone no entiende que esta vez es diferente. No le has contado lo del cajero, ni lo de las pesadillas, que han vuelto con fuerza. Las mismas pesadillas que sufriste de joven, pero ahora no es tu primo Aitor quien te pide ayuda entre las zarzas. La escena es la de siempre: el monte, la lluvia, el precipicio... Pero ahora te pide ayuda una mujer. Un hombre la zarandea y le arranca el tirante de la camiseta, dejando a la vista su pecho desnudo. Ves el terror en los ojos de la mujer, ves que grita, pero no escuchas su voz, solo puedes leerle los labios pidiéndote ayuda. Y no haces nada. Tienes miedo. El camino hasta donde está la mujer es muy empinado, está lleno de barro, puedes resbalar y caerte, y ese hombre, quién sabe, quizá esconda una navaja de grandes dimensiones con la que ha intimidado a la mujer, o una pistola, o puede matarte golpeándote la cabeza con una piedra si te atreves a entrometerte. Quedas paralizado y huyes. Huyes corriendo entre las zarzas, tapándote los oídos para no escuchar, ahora sí, los gritos desesperados de la mujer.

Te despiertas sobresaltado, sudado, te sientes culpable. A veces te dices a ti mismo: tranquilo, solo es un sueño, no tienes por qué sentirte culpable. Y entonces recuerdas la voz de Jasone diciéndote «es una guerra». Desde que participa en ese club de lectura dice cosas así y te hace sentir mal, porque no sabes muy bien en qué bando te sitúa en esa guerra, en cuál de las trincheras ve a su marido. Realmente no sabes muy bien entre quién es esa guerra. ¿Tú también estás involucrado? Cada vez que tu mujer utiliza la palabra *guerra* te sientes culpable, y no es justo.

Jasone insiste en que todos tus males desaparecerán en cuanto termines el libro y te tranquilices.

—Con el éxito volverás a hablar en las entrevistas como Ismael Alberdi, con esa voz de escritor...

—Jasone, no te pases...

—... mirando al infinito en silencio unos segundos antes de responder cada pregunta...

—Basta.

—Te vas a curar con los aplausos y lo sabes. El podio os lo cura todo.

No ha sido nunca tan irónica contigo. Te habla como si tú fueses todos los hombres, esa masa compacta de hombres que ella ve, como si tú solo buscaras el éxito y el poder a cualquier precio, toda esa mierda que denuncian los libros que lee. Es curioso, pero desde que firmaste el contrato para publicar la traducción de tu libro es aún más irónica contigo. Cuando le hablaste de aquello, no se mostró excesivamente emocionada, dijo:

—Qué bien. Habrás hablado antes con Jauregi, ¿no?

Jauregi, tu editor, siempre apareciendo en todos los lados, siempre teniendo que dar su bendición a lo que haces y no haces, siempre asomándose por algún pliegue de Jasone, como si aquella época en la que estuvieron tan unidos en la universidad no hubiese terminado. Sabes que siguen hablando, que cada vez que Jauregi presenta un libro en la biblioteca pasa por la mesa de Jasone y seguro que la invita a un café. Quizá hayan hablado de tu novela, de que esta vez estás tardando más de la cuenta en entregarle a Jasone el primer borrador, para que haga las primeras correcciones, como ha hecho con todos tus libros anteriores.

—¿Te ha pasado ya algo?

Te imaginas la conversación de tu editor y tu mujer. Entre tu editor y la correctora de tus textos. Y te sientes traicionado. Te sientes fuera de ese círculo. Como en la época de la universidad, cuando Jasone publicaba cuentos y poemas en la revista literaria que coordinaba junto con Jauregi. Cuando aquel estudiante de periodismo se acercó a ellos con unos cuentos que guardaba en su mochila como un tesoro. Te miraron como a un intruso. Jauregi llegaría a publicarte un cuento, a regañadientes. «Y porque ha insistido Jasone...», te dijo, en tono de broma, señalándola. La miraste y quizá acabaste de enamorarte en aquel mismo momento de aquella amiga de tu hermana que ya te gustaba desde la primera vez que la viste esperando a Libe en el portal.

Todavía hoy te sientes fuera del círculo de los escritores. O días estar con ellos. Siempre llega en algún momento la maldita pregunta: «Y ¿con qué estás ahora?». Y tú vas respondiendo como puedes con mentiras que te acabas creyendo. No te gustan las conversaciones de los escritores, siempre dando vueltas a la misma mierda, siempre haciendo preguntas: «¿Qué te ha parecido lo último de mengano?». Te sientes en un examen constante, en tensión. No son conversaciones naturales. Los escritores piensan dos y tres veces qué puede provocar lo que van a decir antes de decirlo, y especulan con usar una palabra u otra, como si la vida fuese un juego de palabras. Te pone nervioso tener encendido constantemente el detector de lectura entre líneas.

Jauregi también te habla de otra manera desde que firmaste el contrato para publicar la traducción. Con algo de resquemor, celoso, con miedo quizá a que la edición en castellano pueda hacer sombra al original en euskera, pero con su ironía de siempre, con su humor *made in Jauregi*.

—Bueno, y ¿para cuándo parimos? Debes de estar ya con las contracciones, ¿no?

—Ahí vamos —le respondes.

—Una respuesta muy breve para un embarazo tan largo... Cuando te lleven de promoción por

España vas a tener que prodigarte más.

A estas alturas ya te has acostumbrado a esa risita con la que termina cada frase, pero nunca te ha gustado. Nunca te gustó el tono bromista de Jauregi, esa forma de insinuarte que te publicaba un cuento casi porque Jasone se lo estaba pidiendo. Sentiste algo parecido años más tarde, cuando, con un borrador de novela entre manos, le pediste a Jasone que te ayudara a ponerte en contacto con Jauregi, quien para entonces ya había montado una editorial. También ahí tuviste la sensación de que accedía a leer tu novela porque Jasone se lo estaba pidiendo.

No te gustaba entonces, pero lo necesitabas, y actualmente sigues sin soportar sus bromas, ni tampoco que te recuerde de una manera o de otra que él conoció a Jasone antes que tú, pero reconoces que te hace falta. Confías en él absolutamente en el plano literario, como sigues confiando en el filtro anterior de las correcciones de Jasone.

Por un momento, has recordado el tiempo en que escribías sin ser escritor. Entonces escribir era tu secreto. Casi nadie sabía nada ni esperaba nada de ti, ni los compañeros de la universidad al principio, ni los del periódico en el que trabajaste después, ni tus amigos más íntimos, aunque nunca has tenido amigos demasiado íntimos. Entonces escribías libre, con tranquilidad, imaginando situaciones que disfrutabas resolviendo. No tenías que compartir tu afición secreta con nadie. Escribir era para ti como hacer un sudoku, tú solo, reclinado en una butaca. Podías vivir en aquel espacio autista maravilloso. Era tuyo, solo tuyo. En aquel espacio íntimo olía a azúcar quemado, el olor de cuando tu madre hacía flanes en la cocina de Eibar. Ahora, sin embargo, desde que sientes que hay un público que te espera, el blanco escritorio sobre el que escribes te huele a desinfectante, a producto de limpieza, a vacío. Como tu cabeza.

A veces se te aparece Vidarte sobrevolando el estudio. Te dice, apoyado en la pared como una mosca, que un escritor no puede escribir sobre lo que ya sabe, sino que tiene que escribir sobre lo que no sabe, que escribir es la forma que tiene de descubrirlo. Y tú le contestas que te sientas todos los días en busca de algo nuevo que no conoces, algo que te arrastre como una ola y que te lleve a alguna playa desconocida. Pero que siempre encuentras los mismos lugares comunes.

Y luego piensas: qué hago hablando con una mosca.

Entonces llegas a creer que lo mejor será confesar lo que te ocurre —¿A quién deberías confesárselo primero...? ¿A Jasone? ¿A Jauregi? ¿A los de la editorial de Madrid?—, pero una fuerza interior te lo impide. Hay una fuerza intensa, como una resaca marina, que te impide aparecer ante el mundo como un perdedor. Solo te queda intentar a la desesperada y a contrarreloj escribir otra historia, una historia que sientas de verdad, que esté realmente viva en tu interior, porque la que tienes entre manos no la vas a revivir ni haciéndole el boca a boca.

Hoy mismo, la última palabra que has escrito te ha mirado a la cara y te ha dicho: «Mejor si lo dejas para mañana». Te has quedado observando la maldita palabra y al darte cuenta de que lo único que late en la pantalla es el cursor, te has levantado a mear.

Así te dejo escribir tranquilo

Terminaste la última novela hace más de dos años, cuando aún vivíais en el Casco Viejo y tus hijas estaban con vosotros. Mientras escribías, oías de fondo sus risas, sus voces. Desde que se fueron, ya no hay voces ni música que te desconcentren —no suena Amy Winehouse, ni Coldplay, ni Gatibu—. Ahora vivís Jasone y tú solos, pero Jasone ya no pasa tantas horas en casa como antes, ayudando a las chicas con los deberes, o haciendo la cena, o descansando tras haber pasado la noche en el hospital con su madre primero y luego con su padre, o trabajando para ti, haciendo las primeras y las últimas correcciones a tus escritos. Ni siquiera tiene ya tan ordenada la librería como antes. Los clásicos por orden alfabético: Camus, Chéjov, Duras, Faulkner, Flaubert... Las novedades por editorial... Antes pasaba horas ordenando los libros, releyéndolos y comentándolos contigo. Ahora, desde que vinisteis a vivir a la urbanización, Jasone está cada vez menos tiempo en casa. Cena con los compañeros de trabajo, va al cine con las amigas, o al club de lectura feminista... Siempre tiene algo que hacer. Incluso cuando está en casa no tiene mucho tiempo para ti, está hablando por teléfono con tus hijas o con Libe, y por las noches se queda en el salón, frente al portátil, terminando algún asunto del trabajo. Desde que murieron sus padres, uno detrás del otro, y desde que vuestras hijas no viven con vosotros, Jasone no es la misma de antes, siempre tiene algo que hacer, algún sitio al que ir...

—Así te dejo escribir tranquilo —te dice, mientras se prepara frente al espejo antes de salir a la calle.

Ha empezado a arreglarse otra vez, como hacía antes de tener a las niñas. Se ha vuelto a cortar el flequillo. Ha aparecido de repente aquella Jasone, la que en la época de la universidad escribía en aquella revista literaria, la que no se perdía un concierto junto a tu hermana Libe. Aquella Jasone, no la bibliotecaria con la que llevas casado más de veinte años. Hay algo que la ha rejuvenecido y no sabes qué. No es que esté más joven, porque los años ya se le notan en una cara y un cuerpo más flácidos, más caídos, pero esa mirada... Hay algo en esa mirada que se te escapa. En ese brillo. Por eso has empezado a registrarle el bolso cuando se ducha antes de cenar, por eso has empezado a mirarle el móvil... Buscas algo, no sabes qué. Y hoy has acabado encontrándolo.

Cuando Jasone ha entrado en la ducha, como hace todas las tardes cuando llega de trabajar, has registrado su mochila una vez más y lo que has visto allí ha dado sentido a tu búsqueda de los

últimos meses: una carpeta de plástico y en su interior unos folios impresos con correcciones hechas a mano. Te ha recordado a las correcciones que hace a tus textos. Has reconocido a primera vista esa forma de meter una palabra en un círculo y mandarla con una flecha a otra parte de la frase, esas notas escritas en vertical en los márgenes... Solo has podido leer el primer párrafo y lo has vuelto a meter en la mochila antes de que Jasone salga de la ducha:

«El sonido de una puerta corredera. Solo con describirlo el terror se apodera de mí. Es suficiente imaginarlo para que mi corazón empiece a latir con fuerza, para que me mee en las bragas».

No has podido quitarte de la cabeza las tres frases durante la cena. No le has comentado nada. Has preferido esperar a que te diga algo. Pero no dice nada. Revuelve la ensalada, te sirve un poco, se sirve ella, bebe agua... Cuando ha terminado, se ha quedado mirando el vaso que tiene enfrente mientras, con la mano derecha, le da vueltas al anillo de casada que lleva en el anular de la mano izquierda; lo hace mucho, cuando piensa. Y te has dado cuenta de que últimamente habla menos, que se queda como ausente. Es muy extraño que no te comente nada sobre ese texto, porque siempre te habla sobre lo que está leyendo, o sobre lo que va a proponer para el club de lectura, o sobre alguna novedad que ha llegado a la biblioteca... Sin duda, le gusta hablar de literatura más que a ti. Siempre le gustó más que a ti. Siempre, hasta ahora, habéis discutido sobre tus personajes, sobre las tramas de tus novelas... Por eso se te ha hecho tan extraño pensar que haya empezado a escribir algo de nuevo, después de tanto tiempo, y no te haya dicho nada.

Aunque quizá la bola de tu cabeza esté haciendo que vayas demasiado lejos. Seguro que alguna amiga del club de lectura le ha pedido que le revise algo que ha escrito. Los clubes de lectura están llenos de gente a la que le hubiese gustado escribir. Gente que sigue soñando con escribir. Casi como tú en estos momentos.

JASONE

El sonido de una puerta corredera

Describí mi violación. Con todo detalle. Aunque nunca ha sucedido en realidad. Describí mi violación en un documento Word, con palabras que encajaron a la primera las unas con las otras, como si hubiesen estado organizándose por su cuenta dentro de mi cabeza durante mucho tiempo. Y pensé: todas las mujeres seríamos capaces de hacerlo. Describir nuestra violación, aunque nunca haya ocurrido. Porque todas hemos vivido la angustia de esa pesadilla. Todas hemos imaginado alguna vez la terrible situación. Todas hemos andado por la calle con esa posibilidad rondándonos la cabeza. Y la espalda. Y la nuca.

Mi violación —¿debería decir mi violación imaginaria?— comienza con el sonido de la puerta corredera de una furgoneta. Camino por la calle de noche, escuchando mis pasos, con el llavero apretado en la mano y las puntas de las llaves saliendo de entre mis dedos, y ras, se abre de repente la puerta corredera de una furgoneta blanca que está aparcada junto a la acera.

Un sonido, ras, se convierte en un abracadabra que abre la cueva, y allá voy, por un tobogán negro, como Alicia, con los brazos inmovilizados y la boca tapada, hacia la oscuridad. Y en la oscura cueva todo pasa muy rápido y muy despacio a la vez. Intento apartar el aliento de la oreja, intento sujetarme los pantalones con los tobillos, intento cerrar los muslos... ¿Son dos? ¿Tres? No sé. Y ya no me resisto. Me dejo, me aflojo, para que me duela menos, para que me dejen en paz cuanto antes, como los que se hacen los muertos en las batallas. Siempre he pensado que me haría la muerta en una batalla. Soy un cuerpo muerto en un campo de lucha.

Una puerta corredera. Basta con abrir una puerta corredera para pasar de escuchar a un hombre que me dice «guapa» en el último bar, junto a la barra, entre luces de neón, a escuchar a otro —¿o el mismo?— susurrándome al oído «zorra» en el interior de una furgoneta, entre cartones y cajas de herramientas. Basta con abrir una puerta corredera para que la carroza se convierta en calabaza. Para que se te rompa el zapato de cristal.

Ras. El sonido de una puerta corredera. Solo con describirlo el terror se apodera de mí. Es suficiente imaginarlo para que mi corazón empiece a latir con fuerza, para que me mee en las bragas.

No sé por qué tuve la necesidad de escribirlo, de describir mi violación imaginaria. O, mejor, no sé por qué no lo había hecho hasta entonces, por qué no la había lanzado al papel antes, porque

ahora me doy cuenta de que siempre ha estado ahí, pegada a mis huesos, infiltrada en mi piel y, al mismo tiempo, invisible a los ojos. Como todo lo esencial. Quizá que mi hija Eider pasara en Pamplona la misma noche en la que violaron en grupo a esa chica despertó todos mis demonios. Quizá fue aquel susto el que arrancó de mí lo que tanto tiempo llevaba dentro. Desde que empezamos a salir por la noche, o seguramente antes.

—Mejor si vamos por la avenida, Jaso —me decía entonces Libe—. Hay más luz.

Siempre nos pareció normal tener preparada la estrategia de vuelta a casa por la noche. Libe y yo salíamos del último bar del Casco Viejo y nos acompañábamos la una a la otra hasta un lugar neutral. Después, nos despedíamos y volvíamos a casa casi aguantando la respiración. No corría, andaba rápido. Me daba miedo correr. Me daba miedo mostrar mi miedo. No quería pensar en mi cuerpo tembloroso, en mi piel blanca.

Teníamos pensadas todas las estrategias. Como desacelerar el paso si sentíamos que alguien nos seguía.

—Tú desacelera a ver si te adelanta. Si no..., a correr —me decía Libe, siempre más experta que yo—. O mira alguna ventana y saluda, que crea que alguien te espera. Y si se pone muy feo, ya sabes, patada en los cojones y a correr.

Cuántas patadas en los cojones habremos dado en sueños.

Describí mi violación y pensé: no nos han violado más porque hemos sido unas estrategas. No nos han forzado más porque al cruzarnos por la noche con un grupo de hombres siempre hemos agachado la cabeza, hemos evitado mirarlos a los ojos y hemos pasado a su lado lo más rápido posible o hemos cruzado de acera. No nos han sobado más sin permiso porque hemos evitado entrar en esos bares de última hora, en esas trampas para mujeres, aunque nos apeteciera seguir de marcha. No nos han hecho más cosas porque nos han educado en el miedo y el miedo nos ha protegido. Porque nos hemos defendido con el miedo.

Describí mi violación y pensé: joder, esto ha salido de lo más profundo de mí. Y ha salido de un golpe, como un petardo de Nochevieja. Y, una vez visto el resultado, me quedé sorprendida de los detalles, de los sonidos, de los olores... Estaban todos dentro de mí. Pensé: he guardado una violación dentro de mí durante muchos años y hasta que no ha salido a través de mis palabras escritas, no me he dado cuenta del espacio que ocupaba en mi interior.

Describir mi violación despertó una parte de mí que creía dormida, perdida: supuso mi vuelta a escribir historias, después de mucho tiempo. Una vez descrita aquella escena, no pude parar de escribir, me quedé con el portátil cada noche en el comedor, sin explicarle a Ismael lo que hacía. Le decía que tenía cosas del trabajo que terminar, o que tenía que preparar la próxima reunión del club de lectura; así, comencé a contar en secreto una historia que empezaba con una mujer describiendo su violación. Y, una vez descorchada la botella, salió todo lo demás, todo lo que esa mujer tenía retenido en su interior y un día estallarían. Estalló su historia de silencio y sometimiento, y con la suya, sin darme cuenta, estalló también la mía, la nuestra. Y digo «la nuestra» porque tras cada palabra suya me parecía escuchar el eco de otras muchas voces. Por

primera vez sentí que mi cuerpo guardaba la memoria de los cuerpos de otras mujeres. Que sus cuerpos han estado presentes toda la vida en el mío, susurrándome cómo debía dar el siguiente paso. Si debía darlo o no.

Describir mi violación supuso mi vuelta a contar historias, mi vuelta a la época en la que escribía relatos. Entonces estaba deseando terminar un cuento para enseñárselo a Jauregi y publicarlo en la revista, o a Libe, mi mejor amiga y mi lectora más entusiasta. Pero esta vez no enseñé nada a nadie. Y menos a Ismael. No me atreví a decirle a mi marido que había vuelto a escribir. Y pensaba: en algún momento se lo tendré que decir, para quitarme este sentimiento de culpa por escribir a escondidas. Pero no sabía cómo se lo iba a tomar. A fin de cuentas, me decía a mí misma, él es el escritor de esta casa. Ismael Alberdi. Yo no soy más que la esposa que corrige sus escritos antes de mandárselos a Jauregi a la editorial.

Estoy aquí. ¿Te habías olvidado de mí?

Guardé mi novela en secreto igual que había guardado durante años en mi inconsciente la escena de una violación imaginaria. Cuando Ismael se iba a la cama, muchas noches me quedaba a revisarla. A veces me preguntaba si Ismael recordaba que yo también escribía, incluso antes que él. Quizá debía recordárselo con naturalidad. No tenía por qué ser un secreto, pero realmente sentía la necesidad de que lo fuera por alguna razón a la que aún no había puesto las palabras exactas. No tenía palabras, pero sí un cuerpo con memoria, que me decía que era necesario que lo ocultara, incluso que lo olvidara. Era lo que me susurraban aquellas voces de mujeres que me perseguían.

Además, no sabía cómo decírselo. Cómo explicarle que se había vuelto a abrir para mí esa puerta y que se había abierto nada más y nada menos que describiendo mi violación. Pensé: no va a entender nada. Cómo podía convencerle de la verdad de esas palabras, cómo podía decirle que las historias que nacen en nuestro interior son muchas veces más reales que las que ocurren fuera. Y cómo podía explicarle algo así justamente a un escritor, alguien que debería saberlo mejor que nadie.

—¿Cómo vas a describir tu violación si no te han violado nunca?

Me lo imaginaba preguntándome algo así, y yo en los subtítulos leía: «¿Cómo vas a escribir si tú no eres un escritor?».

Yo no era un escritor. Yo no escribía sobre los grandes temas del mundo. «No está mal», me decía cuando de novios leía alguno de mis cuentos. Siempre consideró que mis temas eran menores. Mis palabras, para él, no olían a la tinta de los grandes libros ni al vértigo de las grandes aventuras, sino a bizcocho de yogur y a cacao de labios.

Y así, me chocaba constantemente con un muro que me impedía confesarle nada. Quizá mi muro era tener demasiado interiorizado que Ismael es el único escritor de la casa. Y yo, nada más que esa fina correctora que ve lo que él no ve. El complemento a su trabajo, el complemento a su éxito.

—Vosotros los *nuevos euskaldunes* sois muy hábiles en esto... —me dijo la primera vez que me pidió ayuda, con su primera novela.

Pero yo sé que no buscaba mi opinión solo porque el euskera sea para mí una lengua aprendida,

estudiada, y ello supuestamente me haga detectar los errores gramaticales con más facilidad. Ha buscado siempre en mí una aprobación literaria antes de mandar el texto a Jauregi. Sabe que su editor y yo tenemos gustos similares tras años seleccionando juntos los cuentos y los poemas que iban a publicarse en la revista de la universidad. Sabe que nuestra visión de la literatura es muy parecida después de estudiar años juntos en la Facultad de Letras, de compartir lecturas, de organizar juntos recitales... No quiere fallarle a Jauregi. No se permite fallarle ni en la primera versión. Realmente no se permite fallarle a nadie. Y mi opinión siempre le ha dado seguridad. Mis sugerencias siempre le han ayudado.

Pero, aun así, cuántas veces me ha repetido lo de la lengua, mi visión de la lengua más consciente por haberla aprendido. Vosotros, los *nuevos euskaldunes*. No sé por qué no dice vosotros, los *medio euskaldunes*. No se da cuenta, pero, cada vez que se dirige a mí así, me lanza la imagen de esa yo que intenté ocultar desde mis años en el instituto. Esa otra yo que aparece en la foto de mi primera comunión y esa familia que vino a Euskadi desde Zamora para ese día: el yayo, la yaya, el tío que vivía con nosotros en casa. Toda la familia de Toro. Y ese nombre escrito en la tarjeta de la comunión: Asunción. Ese nombre que tanto me acomplejó siempre.

—¿Vive con vosotros? —me preguntó un día Libe al ver a mi tío salir de nuestro portal—. ¿No tiene casa?

—Es provisional... Hasta que le aseguren que va a seguir en la fábrica —le respondí, sin poder disimular la vergüenza que sentía.

Tener a mi tío en casa todavía nos hacía más pobres. Hacía más pobre nuestra casa, nuestra familia..., nos hacía más emigrantes, más españoles. Aunque nosotros no éramos de banderas. Nuestras únicas banderas eran los buzos de mi padre y de mi tío colgados en el balcón. Forjas Alavesas y Michelín.

El día que conocí a Libe en la universidad le dije que me llamaba Jasone. Su familia había venido de Eibar para que su padre trabajara en la fábrica que un empresario eibarrés acababa de trasladar a Vitoria, como hicieron tantos del Bajo Deba en aquella época. Fue el momento en el que enterré a la Asunción, Asun, de hasta ese momento. Me bauticé otra vez. Con mi nuevo nombre traducido sentí que me quitaba de encima las palabras *Toro, yaya, yayo, tío, mamá, papá* que tenía pegadas, como chapapote, en la piel desde que nació. Aquella chica que había llegado a Vitoria desde Eibar era mi oportunidad para ser otra. Para ser como ella. Mi padre trabajaba en una fábrica, como el suyo, en el fondo tampoco éramos tan diferentes. Aunque sentía como si su padre hubiese llegado desde Eibar con fábrica y todo, y mi padre, con las manos vacías. Como si su padre hubiese llegado con un nombre y mi padre, como mano de obra sin nombre y sin apellido.

A Ismael lo conocí un poco mejor más tarde. Aunque ya habíamos coincidido antes, hablamos por primera vez tras la detención de Libe.

—Gracias por lo del cuento —me dijo por lo de la revista, cuando llegué a casa de sus padres aquella terrible mañana. Entonces me parecía muy joven para mí. El hermano pequeño de Libe. Yo

solo tenía ojos para los chicos mayores. Para Jauregi sobre todo, y para aquellos que se movían con él en las manifestaciones, en los conciertos... Pero eso también cambió.

Las cosas cambian.

Las cosas pueden cambiar.

Guardé mi novela como guardé mi violación. Y, mientras tanto, esperaba que Ismael me pasara la suya, como había hecho con las anteriores, pero no llegaba, a pesar de que sabía que los plazos de la editorial se acercaban.

—¿Todavía no te ha enseñado nada? —me preguntaba de vez en cuando Jauregi.

Yo le respondía que no, que esta vez Ismael ni siquiera me había querido adelantar nada, y me quedaba a la espera. Me quedaba esperando a que quitara de una vez de en medio de la conversación a mi marido, porque cuando me hablaba de él sentía que mi marido era un trozo de carne que se me había quedado entre los dientes. Me quedaba esperando a que me hablara a mí, la que fue su compañera de facultad, la mujer a la que siempre miró distinto, la mujer con la que bromeaba constantemente, la manera que ha tenido siempre de acercarse a la gente que le interesa. Siempre hubo algo, una tensión, que no llegó a estallar por el contexto, por el ambiente, por el miedo. Había una tensión física, pero también intelectual, entre nosotros. Pero una vez que empezó a trabajar con Ismael, dejó de hablarme a mí, a Jasone, y pasó a hablar a la pareja de Ismael. La cuerda dejó de tener tensión, se aflojó. De repente, me hizo sentir que olía a bizcocho y ambientador de casa. Y aunque durante tiempo lo acepté con resignación, una vez que me recordó que un día escribí, sentí la necesidad de recuperar a la Jasone de entonces también en el reflejo de los ojos de Jauregi. Sentí una llamada de mi propio cuerpo, un grito que tenía guardado durante mucho tiempo:

—Eh, estoy aquí, ¿te habías olvidado de mí?

Al describir mi violación imaginaria aparecieron recuerdos que tenía sepultados. Por ejemplo, recordé que cuando era muy joven, mis primeras fantasías sexuales se asemejaban a una violación, sin la violencia de una violación real, pero eran relaciones sin consentimiento. Estaba tumbada en bikini sobre la colchoneta en una piscina privada, con las manos atadas, y un hombre apuesto me tocaba los pezones con los dedos y luego me apartaba el bikini y me cubría todo el pecho con su mano. Y yo le decía no, no, pero en el fondo quería decir sí, sí. Y luego metía su mano por la parte inferior del bikini, y yo seguía diciendo que no, mientras me arqueaba de placer. Con los años me he dado cuenta de que soñaba estas cosas porque era la única manera de disfrutar del sexo sin sentir culpabilidad; sin miedo a estar haciendo algo que no me correspondía. O quizá también porque han logrado que interiorice desde pequeña el abuso como algo natural, incluso sexy, hasta llegar a introducirlo inconscientemente en mis deseos. Así, escribiendo, apareció una parte de mi pasado que creía perdida. Así, escribiendo, comencé a entender el porqué de algunas de mis actitudes. Siempre hay un porqué que acaba apareciendo.

Quizá por eso es peligroso escribir. Es una peligrosa marea baja que deja a la vista las rocas escondidas bajo el agua. Y lo que aparece no siempre nos gusta. Porque con la marea baja

desaparecen las palabras que utilizamos cuando estamos a flote, las que sobreviven como una colchoneta sobre la superficie; y aparecen esas otras, las que pesan como el plomo, las que están en el fondo y solo se ven con la marea baja. Y junto a esas palabras aparecen plásticos, tetrabriks, latas de Coca-Cola oxidadas, el cartucho de una escopeta, un salvaslip hinchado como el cuerpo de un ahogado. Lo que aparece cuando escribimos no siempre nos gusta.

En mis palabras encontré un dolor contenido del que no era del todo consciente. Al leer lo escrito sentí como si alguien hubiera estado golpeando mi cuerpo durante mucho tiempo, como si alguien me hubiese violado mientras yo estaba drogada, anestesiada, durante años. No podía recordar lo que había ocurrido. Solo sentía el dolor. Un dolor destilado. Un dolor depilado. No hubiese podido explicarlo delante del juez. No tenía pruebas. El dolor no es una prueba. Perdería el juicio. Quizá por eso me puse de nuevo a escribir. Porque necesitaba pruebas. Evidencias.

Y poco a poco comenzaron a aparecer.

ISMAEL

Es una guerra

Desde que vivís solos, apenas encendéis la televisión después de cenar, como hacíais antes, cuando vuestras hijas estaban en casa. Era una excusa para reuniros todos al cabo del día en algún sitio y poder hablar. La familia reunida junto al fuego. Ahora cenáis y seguidamente os metéis en la cama a leer. Aunque en el último año Jasone se queda muchas noches en el comedor con el portátil y se acuesta más tarde. Desde que encontraste en su mochila aquel texto, sospechas que quizá lo esté corrigiendo. Ayer volviste a registrar su mochila, pero ya no estaba. Te quedaste con ganas de seguir leyendo.

Hoy está en la cama, leyendo. Se ha metido antes que tú. La miras desde el baño. La ves lejos.

Cuando te has acercado, Jasone ha levantado un momento la vista del libro que está leyendo, se ha bajado las gafas a la punta de la nariz y te ha recordado la visita que os hizo Maialen el fin de semana junto a su novio.

—¿Tú crees que Maialen está a gusto con ese chico?

Jasone siempre sacando temas profundos cuando a ti solo te quedan neuronas para acertar a ponerte el pijama.

—Supongo —le contestas, mientras te desvistes.

—No te gusta, ¿no?

—Igual es a ti a quien no le gusta. Yo fui educado con él, ¿o no? —Levantas la sábana y te quedas un rato quieto como dudando entre entrar o no—. No lo miré mal, ¿no?

—Hombre, lo miraste con cara de: *así que eres tú el que se folla a mi hija...*

—Jaso..., no te pases...

Tu mujer no hubiese dicho algo así hace diez años. No entiendes qué le está pasando.

—¿Yo? Cómo cambian las cosas cuando la mujer de la que habláis es vuestra hija... Por cierto, Eider se va a Turquía con una amiga.

—¿A Turquía? ¿Y a mí no me lo iba a contar nadie?

—Te lo estoy contando... Y, tranquilo, no es una niña. Ya no necesita nuestra protección.

—Ni nuestro permiso, supongo.

Has recordado el día en el que le disteis permiso para ir a Pamplona. Ya ni siquiera necesitan tu bendición para nada. Ya nadie te pregunta nada. Ya no sabes cuál es tu lugar en la familia. No

mandas sobre nadie. No te necesita nadie. Ni tus hijas. Ni Jasone.

Jasone ha vuelto al libro y tras leer unas líneas ha alzado de nuevo la cabeza para decir algo. Esperas que te haga algún comentario sobre el libro que está leyendo, como hace habitualmente. Muchas veces, sobre todo cuando lee algún libro del club de lectura, cita el nombre de la escritora, y no te atreves a decirle que no la conoces. No quieres abrir el debate de siempre, que si no conoces lo que escriben las mujeres, que por qué no le das ningún valor... Estás aburrido ya. Ya está bien de esa moda de cuestionarlo todo. La influencia de Libe es latente, repite lo que dicen esos libros que le recomienda. Organizar el club de lectura en la biblioteca también fue una sugerencia de Libe. Pero cómo decirle nada de eso a Jasone sin que se ponga como una fiera.

—No me quito de la cabeza lo de esa chica —te ha confesado—. La que ha aparecido en el monte.

Tu respiración se ha acelerado de repente. Jasone ha metido el dedo en la llaga que tanto desconcierto te está produciendo, sin saber exactamente por qué.

—Yo tampoco. No sé qué pasa últimamente —le has respondido.

—¿Últimamente? —te ha preguntado, levantando las cejas y colocando el marcapáginas en el libro. Señal de que se prepara para discutir—. Lo dices como si esto fuera algo nuevo.

—No, pero... Desde lo de Pamplona, parece que no hay otro tema...

Respondes con un poco de miedo, como midiendo cada palabra. Sabes que puedes hacer pocas bromas con Jasone sobre eso. Ya sabes qué va a decir ahora, va a decir que esto es una guerra. Seguramente, también lo habrá aprendido de Libe.

—Esto es una guerra, Isma. Y no ha empezado ayer. Es la guerra más larga de la historia.

Has tenido la tentación de decirle que no mezcle las cosas, que es terrible lo que ha pasado, que es un malnacido el que haya sido capaz de hacerle eso a esa chica, pero que es una violación y un asesinato. Pero no una guerra. Que no la han violado y matado todos los hombres del mundo. Que todos no sois iguales y que esas frases no hacen sino hacerte sentir culpable, que consiguen un efecto contrario en los hombres. Pero no le has dicho nada. Jasone se pone muy a la defensiva con estos temas. No se puede hablar con ella. Antes no era así.

—Esto es una guerra, Isma, ¿no te das cuenta? —te ha repetido, alzando el tono de voz. Buscando guerra, has pensado.

Son esos libros que le manda Libe. Le calientan la cabeza. Y ese maldito club de lectura. Pero también la preocupación. Aunque no quiera reconocerlo, aunque te repita mil veces que sus hijas ya saben cuidarse solas, Jasone también siente miedo por ellas.

—Tranquila, Jasone.

—¿Tranquila? Ese es el problema. No sé cómo podéis estar tranquilos...

—¿Quién te ha dicho que yo esté tranquilo? Y no me metas en ningún grupo. ¿Sabes? Estoy teniendo pesadillas con lo que le ha ocurrido a esa chica, fijate lo tranquilo que estoy —te has atrevido a confesarle—. Yo también siento miedo y asco. Sí, yo también.

—¿Pesadillas? ¿Qué sueñas? ¿Que te violan?

—¿A mí? No. Sueño que pegan y violan a una mujer.

—¿Y no has sentido nunca que eres tú esa mujer?

—Pues no.

Jasone se ha quedado callada unos segundos.

—¿Nunca te has sentido en la piel de una mujer, ni siquiera en sueños?

Estás entrando en un terreno pantanoso. Seguro que dices algo que no tienes que decir.

—Pues no, no creo. ¿También me tengo que sentir culpable por eso?... Por qué pones esa cara. ¿O es que tú sueñas habitualmente que eres un hombre?

—No sé si sueño que soy un hombre, pero me he sentido en la piel de un hombre muchas veces... —Jasone ha apuntado a los libros de la balda—. Cada vez que leo, por ejemplo. Yo soy Carlos, David... Soy Gregor Samsa. Me pongo en la piel de los personajes sin pensar que son hombres, sin pensar que yo no soy un hombre. A vosotros se os hace bastante más difícil meteros en nuestra piel.

Te has quedado con ganas de decirle que quizá es porque ellas no os muestran ese mundo secreto de las mujeres, ese espacio inaccesible... ¿Cómo sentirse en la piel de una mujer si no sabéis realmente cómo son? Si no sabéis nada de sus secretos, ni siquiera de los de vuestras parejas.

Jasone se ha callado un momento y ha seguido con su discurso.

—No tengo ninguna duda de que os duele profundamente lo que le ha pasado a esa chica, pero tenéis que reconocer que no es vuestro dolor. Es el miedo y el dolor que sentís por vuestras hijas, por vuestras parejas, por vuestras hermanas... El dolor que sentiríais si les pasara algo así. Pero no es realmente vuestro.

—Jasone... Por favor, no me metas en ningún grupo. No digas vosotros. Yo soy yo. No vosotros.

Cada vez que Jasone dice «vosotros», te hace sentirte culpable. Y aunque no quieres reconocerte en ningún grupo, aparece bajo tu epidermis, como un tatuaje interno, tu imagen con tu padre, yendo juntos de caza cuando vivíais en Eibar, y la de tu madre y Libe haciendo la compra. Ves dos mundos. Dos grupos. Dos equipos. Ellas y vosotros. Cuando Libe le dijo a vuestro padre que ella también quería ir a buscar a Aitor, este le dijo que no. No, iremos nosotros, le respondió. Vosotras quedaos en casa. Vosotros y ellas.

Y en ese ellas están también tus hijas. El miedo que sientes por ellas. ¿De quién tienes miedo? ¿Del nosotros? ¿De hombres como tú? ¿O son otros esos hombres? ¿Dónde están? ¿En qué cueva se esconden? ¿Están en Turquía? ¿En Pamplona? ¿O comparten piso con tus hijas? ¿Son sus compañeros? ¿Son sus novios? ¿Quién es ese hombre que viola a la mujer en tus pesadillas? Tú no tienes nada que ver con ese hombre. No es justo ese «vosotros» en el que pretenden meter a todos los hombres.

No soportas ese tono sabelotodo de tu mujer cuando habla de hombres y mujeres, esa forma de dirigirse a ti como si fueras un discapacitado, como si no entendieras nada. ¿Cómo que no eres

capaz de meterte en la piel de una mujer? Eres un escritor, eres capaz de meterte en la piel de cualquiera. Por un momento te has acordado de esa mujer, la que aparece en tu pesadilla, y te has imaginado escribiendo sobre ella. Es más, has sentido una necesidad repentina de escribir sobre ella. De escuchar su voz. Quizá así espantes por fin tus fantasmas.

—¿Y si la protagonista de mi novela fuera una mujer? —te ha salido, sin pensarlo siquiera.

—¿Una mujer? ¿De verdad?

—¿Qué pasa? ¿No me ves capaz?

—Sí, claro... Aunque, ojo, no es lo mismo meterse en nuestra piel que inventarse nuestras palabras.

—Vaya... —Te has llevado la palma de la mano a la frente, como si quisieras comprobar si tienes fiebre.

—No hagas eso.

—¿Cómo quieres que escriba de alguien que no soy yo sin inventarme sus palabras?

—Quizá la única manera de escribir desde su interior sea encontrando allí algo propio, algo que compartes con ella. De su interior y del tuyo al mismo tiempo. Y para eso hay que mirarla de frente, de tú a tú.

Te has quedado callado, esperando que Jase descargue toda la teoría que lleva acumulada tras tanta lectura aleccionadora.

—¿Te has preguntado en algún momento desde dónde estás mirando a esa mujer de la que estás escribiendo? ¿Desde dónde nos miráis?

—¿De quién estás hablando? No hables en plural. Ya te he dicho que yo soy yo. Solo yo.

—Sí, tú eres tú, pero no me negarás que existe un nosotros, un nosotros que aprende desde muy pequeño qué supone ser un hombre.

—Pues creo que yo aún no tengo muy claro lo que es ser un hombre...

—Pues básicamente es tener que demostrar todos los días que no eres una mujer... Ni un maricón, claro.

—Jase, ¿qué te pasa? Yo no hago eso, por favor.

—... ¿No? Pues no hay más que verte hablar con tu padre... No hay más que escuchar la voz de hombre que pones cuando hablas con él...

Ha sido un golpe bajo. No tiene derecho a decirte eso. A qué viene ahora eso de meter a tu padre.

—Será mejor que lo dejemos —le has respondido ofendido. Te has tumbado boca arriba y has apagado la luz de tu mesilla.

Jase ha dejado el libro en la suya, ha apagado también su luz y se ha acurrucado en la cama dándote la espalda. Sin decir una palabra más.

Te has quedado un buen rato despierto, mirando el techo. ¿De qué voz habla? ¿Qué voz utilizas con tu padre? ¿No es la misma que utilizas con los demás? Has cerrado los ojos y a lo lejos te ha parecido escuchar la voz profunda de tu padre cantando el himno de san Ignacio, el patrón, que te

enseñó de pequeño: «*Inaxio, gure patroi handixa...*». Y tú cantando con él, imitando aquella voz noble, aquella voz de hombre. De hombre hombre.

Nuestras canciones de toda la vida

Ahora, desde la cima, confirmas algo que has pensado siempre. Todo hubiese ido mejor si hubiese ido Libe, si hubiese ido tu hermana a buscar a Aitor en tu lugar. Si hubiese hecho Libe muchas otras cosas que te mandaban a ti. Pero tu padre tenía claro que aquello no le correspondía a ella. Como tampoco te correspondía a ti cantar aquellas canciones con tu hermana. Libe tendría dieciséis años, tú trece. Metíais el casete de Itoiz en el aparato que tenía en su habitación y os poníais a cantar: «*Eremuko dunen atzetik dabil, zulo urdin guztiak miatu ezinik, eta euri zitalari esker bizi da...*». Te recuerdas cantando y ayudando al mismo tiempo a tu hermana a escribir en las carátulas de las cintas los nombres de los grupos y las canciones que grababa. Pero los tiempos en los que cantabais juntos se terminaron un buen día. A medida que fuisteis creciendo, cada uno ocupó su lugar. Quedasteis divididos en dos mundos.

Aquellas Navidades os compraron un pequeño piano. Tu padre decidió que si era inevitable la afición de su hijo por cantar, por lo menos cantaría canciones de fundamento que él mismo le iba a enseñar, y no esas que compartía con su hermana. «Nuestras canciones de toda la vida», te decía tu padre. Y ponía especial énfasis en la palabra «nuestras». Todavía recuerdas a tu padre pisando las teclas con sus dos dedos índices, con aquellas uñas cuadradas, y cantado al mismo tiempo: «*I-na-xio gu-re pa-troi han-di-xa...*».

Desde que aprendiste *nuestras canciones de toda la vida*, se te fue muriendo algo ahí dentro, algo se extendió en tu interior poco a poco como un antibiótico, que fue apagando progresivamente tus ganas de cantar con Libe. Quizá fue el momento exacto en el que vuestros mundos comenzaron a distanciarse. Vuestros lugares en el mundo. A partir de ahí, la única que seguía cantando en casa era Libe. Al principio canciones de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, luego de Dire Straits... Pronto llegarían a su vida las letras de Kortatu, Tijuana in Blue, RIP: «Enamorado de la muerte...»; Korroskada, Cicatriz, Hertzainak: «*Hil ezazu aita, hil ezazu bertan...*». Y, con ellas, aquel ambiente oscuro de la militancia política. La Polla, Barricada: «Pero alguien debe tirar del gatillo...». Fue entonces cuando la puerta de la habitación de Libe se cerró para ti para siempre. No se ha vuelto a abrir más.

A partir de entonces, tu hermana se te ha escapado como una lagartija, nunca te ha dado permiso para saber qué siente, para saber quién es en realidad. Cómo conocer así a las mujeres.

Realmente, tampoco tú has hecho un especial esfuerzo para entrar en esa cueva. Una cueva oscura y peligrosa. Siempre te dio miedo ver a tu hermana en la primera fila militante. Desde el principio supiste que aquello iba a tener consecuencias. Libe pasó cinco días detenida por la Guardia Civil. Cinco días de incomunicación, con la aplicación de la ley antiterrorista. Nunca hablaste con ella sobre lo que ocurrió, ni sobre cómo se sintió esos días. Había ya kilómetros entre vosotros, a pesar de que aún no se había ido a vivir a Berlín. Después salió sin cargos.

Sin duda, Libe hubiese escrito mucho mejor que tú una novela sobre el pesado ambiente político de aquellos años. También eso lo hubiese hecho mejor ella. Tú siempre huiste de todo aquello. Tu única relación real con el conflicto fue su detención y aquella petición para llevar un paquete a Vitoria. Solo tenías que dejarlo en un bar de Vitoria, como te pidió tu primo aquel día en el que volviste a Eibar a cazar con tu padre. No sabías lo que contenía. No te atreviste a preguntarle nada. Los ojos de Aitor tampoco permitían ninguna pregunta. Cogiste el paquete, lo metiste en tu bolsa, y cuando tu padre te dijo que volvieras a Vitoria en autobús, que él iba a quedarse a cenar en la sociedad con su tío y los amigos, te encontraste tan solo, tan asustado, que te pareció que aquel paquete latía, que tenía vida propia. Al entrar al autobús, lo metiste debajo del asiento. Te pasaste todo el viaje imaginándote que aquel paquete explotaba y os convertía a ti y a todos los pasajeros en trozos de carne volando por el cielo, como a Piti y Naskas. Al llegar a la estación de autobuses de Vitoria, aterrorizado, no te atreviste a volver a cogerlo. Lo dejaste allí. Y allí dejaste tu posibilidad de ser un héroe, tu posibilidad de que te dedicaran algún día una canción o hicieran una pintada en tu honor, tu posibilidad de no ser el cobarde oficial. Y se acrecentó tu miedo a volver a ver a tu primo o a alguien que tuviera que ver con aquel ambiente áspero en el que vivía tu hermana.

Un ambiente al que has querido regresar con tu nueva novela. Pero has sido un iluso al pensar que podías escribir algo creíble sobre el conflicto. ¿Cómo, si no llegaste nunca a conocer la comisaría como tu hermana, ni supiste nunca qué es pasar la noche sin pegar ojo pensando que la Guardia Civil va a romper la puerta de tu casa de madrugada, ni lo que es tener que mirar debajo del coche antes de arrancar por miedo a que una bomba lapa te haga trizas el cuerpo? ¿Cómo escribir nada sobre el conflicto, si siempre lo has visto desde un escenario seguro? Como los periodistas que escriben crónicas de guerra sin salir de los hoteles. Todo lo que has escrito hasta el momento sobre el tema es de cartón piedra. Falso. No hay corazón en esas palabras. ¿Cómo escribir del sufrimiento sin dejar el corazón en cada palabra?

Y ahora, desde la cima, te preguntas qué es realmente lo que te acelera el corazón. Sin duda, esa otra guerra, que diría Jasone, esa pesadilla de la mujer que está siendo golpeada y violada en el monte te saca de tu zona de seguridad. Sientes incluso que te ahogas cuando ves las imágenes. Esa mezcla de miedo y culpa, ese pozo lleno de negros pensamientos. ¿Por qué te sientes tan mal? En realidad, no lo sabes. Es algo por descubrir. Es como si tras la imagen de esa mujer que está siendo violada se escondieran historias desconocidas que palpitan bajo el suelo que pisas. Pero ¿qué historias son? ¿Y por qué te persiguen?

Y vuelve a tu mente Vidarte. Apoyado en la pared de tu estudio como una mosca, te recuerda que un escritor no tiene que escribir de lo que ya sabe, que tiene que hacerlo precisamente de lo que no sabe y de lo que quiere descubrir. Escribir es la manera de llegar a descubrirlo. ¿Por qué no? Quizá sea su última carta. Quizá lo que has hablado con Jasone ha sido una premonición.

—¿Debería escribir sobre ella? ¿Sobre esa desconocida? —le has preguntado a la mosca apoyada en la pared.

Y, mientras esperas una respuesta, piensas que es absurdo creer que te va a costar más meterte en la piel de una mujer, como te ha insinuado Jasone. Eres un escritor y puedes meterte en la piel de cualquier persona. Claro que puedes. Y vas a intentarlo. Aunque ya no te queda mucho tiempo.

Puedes llevar a aita a tu casa

Te has sentado en tu estudio, frente a la pantalla, con las ganas de quien va a escribir la primera línea de una historia. En la primera línea siempre hay muchas ganas, mucho campo abierto. A medida que avanzas las puertas siempre van cerrándose, marcándote un camino concreto. Escribir es ir perdiendo libertad en cada párrafo. Pero en la primera línea eres libre. No dependes de nadie. No eres aún esclavo de tus propias palabras. Ocurre como en la vida, que, a medida que avanzas, van escaseando las opciones.

Quieres acercarte a esa mujer, descubrir lo que piensa, lo que siente. Aunque no sabes muy bien por dónde empezar. Tienes sentimientos contradictorios hacia ella. Quieres verla como si fueses tú, pero no puedes evitar que tu sentimiento de culpa proyecte sobre ella una sombra, la tuya, que no te deja verla bien. Te fastidia reconocer que Jasone quizá te hizo ayer en la cama la pregunta precisa, la que no sabes responder. Desde dónde miras a esa mujer. No lo sabes. Jasone te dijo que a los hombres se os hace más difícil ver a las mujeres porque es más difícil ver lo que está en los márgenes, sin iluminar, en la sombra. Hay que hacer un esfuerzo extra para verlo, te dijo. Y mientras recuerdas las palabras de Jasone, mientras intentas ver esos márgenes de los que no sabes nada, justo en ese momento, el móvil que tienes sobre la mesa empieza a vibrar. Es un número largo que no reconoces.

Cuando te han dicho que llaman del hospital, en un principio has pensado en tu cabeza. Una llamada urgente del hospital para ingresarte y operarte cuanto antes. Por fin se han dado cuenta de que tienes una pelota negra en la cabeza que te impide pensar. Has sentido una extraña e inconfesable satisfacción al intuir que iban a decirte que tienes un tumor. Por fin vas a librarte de la presión, de los plazos de entrega, de la culpabilidad por no tener nada que ofrecer. Tienes por fin una justificación para tu fracaso. Pero no. La llamada es por tu madre. Ha sufrido un desvanecimiento en la calle y se ha roto la cadera.

Has llegado al hospital corriendo, te has encontrado a tu madre en la cama de Urgencias, con la mejilla hinchada y raspada y el brazo sobre la sábana, quieto para no mover la vía que le han metido por la vena. Lleva una pulsera en la muñeca con su nombre y sus datos. Te has acordado de las pulseras que les pusieron a tus hijas al nacer.

Parece que le hubieran dado una paliza.

Te has acercado a ella sin saber muy bien qué hacer con las manos, si coger las de tu madre; qué hacer con el cuerpo, si abalanzarte a darle un beso, abrazarla... No has sido capaz de hacer nada. Tampoco nadie te enseñó a hacerlo en aquella cocina de blancas baldosas y de cenas calientes y conversaciones frías. Nadie te enseñó cuándo hay que dar un abrazo, cómo hay que darlo, o qué tienes que hacer con el cuerpo cuando te abrazan. Tampoco tu madre te ha dado tiempo para mucho. Te ha echado de allí casi antes de abrir la boca.

—Menos mal que has llegado, tienes que ir a casa —te ha dicho nada más entrar en boxes.

—Pero, bueno, ¿cómo estás?

Tu madre ha intentado quitarle importancia a su situación a pesar de que la expresión de su cara es de dolor. Está entrenada en ello.

—Bien. Yo ya estoy atendida aquí... Vete con tu padre. Ya sabes que no le gusta estar solo. Y llama a Libe.

Tu madre está preocupada por su marido. Desde que empezó a fallarle la cabeza, ha evitado dejarlo solo mucho tiempo en casa. Aunque antes tampoco lo hacía. En los últimos años el estado de salud de tu padre ha sido la excusa para no salir, antes se quedaba en casa sin excusa. Sobre todo desde que tu padre se jubiló. A partir de ahí, se acabaron las mañanas de hacer los recados con tranquilidad. A partir de ahí, siempre tenía prisa por subir. ¿Dónde has estado? Miedo de llegar tarde.

Se te hace extraño ver a tu madre tumbada, quieta, tan vulnerable de repente, sin poder aceptar que ya no puede gestionarlo todo como lo ha hecho siempre. Parece mentira, viéndola así, que sea la misma mujer que desplumaba en la cocina las codornices que había cazado su marido y se ponía, acto seguido, sin descanso, a cortar cebolla para preparar la salsa española en la que iba a cocinarlas. La misma que rebuscaba en aquella lata de galletas, llena de botones de todos los tamaños y colores, para coserlos en una camisa, una cazadora, un jersey. Aquella que guardaba algunos ahorros en la lata para algún día comprarse un abrigo de imitación a visón para ir los domingos a misa. La misma que os hacía aquellas bufandas de punto que tanto picaban. Qué van a picar, os decía, pues sí que tenéis fina la piel. La que siguió haciendo bufandas para mandárselas a Libe a Berlín. Que allí hace mucho frío.

Tu madre de repente es otra. Alguien que necesita protección, cuidados. Nunca hasta hoy la habías visto así. Nunca le habías visto los ojos tan pequeños. Tan necesitados.

Jasone ha llegado justo en el momento en el que salías de Urgencias, tras mirar a las enfermeras con cara de disculpa, como si tuvieras que excusarte por marcharte tan pronto de allí.

—A ver si tú tienes más suerte, a mí me ha echado... —le has dicho alzando los hombros, pensando en que Jasone siempre llega en el momento oportuno—. ¿Tienes el móvil de Libe?

—¿No tienes el número de tu hermana? Ya marco yo y así la saludo...

La miras mientras llama a Libe, apoyada en la pared de Urgencias. A Jasone se le enciende la mirada cuando habla con su gran amiga. Le salen hoyuelos en las mejillas ya antes de hablar con ella, mientras escucha los tonos de llamada. Saber que va a hablar con ella la hace sonreír. A

pesar de que Libe vive en Berlín desde hace casi veinte años, no han perdido el contacto ni la amistad de juventud y hablan al menos una vez al mes. También se escriben, se mandan mensajes, se recomiendan libros... Cuando habla con ella le sale aquella voz de entonces. Aquel tono de voz brillante, vibrante, vivo.

Desde que se fue a Berlín has hablado en contadas ocasiones por teléfono con tu hermana. Sabes de ella por lo que te cuentan Jasone o tu madre. Tu madre te cuenta muchas veces cosas sobre la ONG en la que trabaja desde hace una década y en la que, según parece, cada vez tiene mayores responsabilidades. Ya no está en los campamentos, sino en el despacho, dirigiendo y organizándolo todo. Ahora anda muy ocupada organizando los campos de refugiados de Lesbos, según te dijo tu madre la última vez.

No has estado con tu hermana desde las pasadas Navidades. Vino sola, siempre viene sola, a pesar de que tiene novia en Berlín desde hace muchos años. Nunca la trae consigo, nunca habla de ella en casa. Es por vuestro padre. Todos menos vuestro padre sabéis que tiene novia, Kristin. Alguna vez, en la cena de Navidad, tu padre le ha comentado algo sobre quedarse soltera, ha usado la palabra *solterona*, y se ha hecho el silencio en la mesa. No quisieras acabar como tu padre, siendo el único de la mesa que no sabe lo que saben todos los demás. En tu casa se quedan muchas cosas sin decir. O se dicen por teléfono cuando tú no las escuchas.

La voz de Libe te ha sonado metálica, pero no se te ha hecho extraña. Desde que os hicisteis mayores hay algo metálico entre vosotros, algo frío. Desde que Libe empezó a cerrar la puerta de su habitación, desde que empezó a meterse en aquella maraña política que tanto miedo te dio siempre, sobre todo desde que la detuvieron, parece que habéis hablado siempre por un cable metálico, aunque os encontrarais uno frente a otro. Así que no se te ha hecho extraño. Queda lejos la época en la que te metías en la cama templada de Libe, en la que jugabas con ella y cantabais juntos. Aunque aquella voz sea la misma de cuando cantabais juntos las canciones de Itoiz.

Mientras le cuentas lo que le ha pasado a tu madre, has notado como una falta de asombro por parte de tu hermana, como si lo ocurrido fuera algo que esperaba de un momento a otro.

—Llevaba tiempo con lo de la cabeza... Estaba a la espera de los resultados de un escáner.

—No sabía nada.

—Creo que no quería asustaros.

No entiendes por qué tu madre no te ha dicho nada si la veías cada semana y por qué sí a su hija que vive a miles de kilómetros. Y por qué no le ha dicho nada tampoco a tu padre. Quizá eso lo entiendes, teniendo tu padre la cabeza como la tiene, y porque nunca se ha mostrado muy receptivo a la hora de escuchar las quejas de los demás, pero no puedes imaginar lo que sentirías si Jasone estuviera enferma y no te dijera nada, si no le dijera nada al hombre con el que ha convivido media vida.

Últimamente, se te ha acrecentado la sospecha de que los hombres de la familia os estáis perdiendo algo. Que hay a vuestro alrededor un territorio oculto, un mundo extraño que nunca habéis conocido. Tu padre nunca ha sabido de la homosexualidad de Libe y todavía no sabe que su

esposa lleva casi un año con mareos. Libe y tu mujer están en contacto, hablan cada cierto tiempo de las injusticias del mundo, de libros, de películas... Pero Libe no te recomienda nunca un libro a ti, ni habláis entre vosotros... ¿Acaso no eres su hermano? ¿Acaso no eres tú el escritor de la familia? Estás empezando a sospechar que te pierdes tanta información en tu familia como tu padre, que te ocultan detalles, que no te lo cuentan todo. Tampoco tus hijas. Sí a su madre. Habla a diario con ellas, y al despedirse a veces te pasa el teléfono para que las saludes. Cuando coges el teléfono, el auricular está caliente y tus hijas ya con pocas ganas de hablar. Ya han dicho todo lo que tenían que decir a su madre.

—¿Y aita? ¿Está solo? —te ha preguntado Libe.

—Sí.

—Vete con él. Anda, vete.

—¿Tú también? ¿Por qué tanta urgencia? Aita puede estar tranquilo solo.

—No, no puede.

—Ni que fuera un niño...

—Le da miedo. Le da miedo estar solo. Mira, Isma, yo ahora mismo aún no puedo ir, tengo unas cuantas cosas importantes que cerrar, pero intentaré pedir un permiso para dentro de un mes. Mientras tanto, tenemos que organizar esto... y te tocará acompañar a aita. Puedo organizar lo de las mañanas con Nancy, pero por las tardes...

—Tengo que escribir, no puedo pasarme las tardes en casa de aita.

—Igual te lo podrías llevar a tu casa. Mientras ama siga ingresada. Te metes en tu estudio y lo dejas tranquilo viendo la televisión.

Está acostumbrada a tomar decisiones ante una emergencia. Está acostumbrada a mandar, a organizar la reacción urgente ante una crisis. Pero esto es otro tipo de crisis.

Llevar a tu padre a casa. Qué gran idea la de Libe. Bastantes problemas de concentración tienes últimamente para escribir. Solo te falta tener a tu padre en casa con la tele a tope, viendo programas concurso por la tarde, uno detrás de otro, y anuncios de pegamento para dentaduras y yogures líquidos para el colesterol. Tu padre pidiéndote café con leche y galletas. Tu padre tosiendo hasta casi ahogarse. Espotando en el pañuelo y mirando lo que ha salido, para doblarlo después y metérselo al bolsillo de la bata.

No has podido aguantarlo. La imagen de tu padre en tu casa te ha hecho perder el control. Te has alejado de Jase hacia la zona en la que están aparcadas unas ambulancias. Estás a punto de confesar a tu hermana lo que no le has dicho a nadie, como si hubieses vuelto a aquella atmósfera de complicidad que se creaba entre los dos cuando, aterrado, te metías en su cama. Otra vez tienes miedo, otra vez vuelves a la cama de tu hermana.

—Mira, Libe. Tengo un plazo de entrega de la nueva novela que no voy a poder cumplir.

—Cuéntales lo que te pasa.

—No lo entiendes, Libe. Con aita en casa esto solo puede empeorar.

Libe ha tardado en responder.

—Isma, solo te pido un poco de tiempo. Ahora mismo no puedo ir, me necesitan aquí. Siento mucho lo que me dices, pero ahora tenemos que ser capaces de distinguir lo urgente de lo importante. Me paso el día intentando hacerlo, en cada decisión, y muchas veces hay vidas en juego. Ahora lo importante son nuestros padres... Pero también la vida de muchas personas que dependen de mis decisiones. Yo intentaré ir lo antes posible, te lo juro... Llévatelo a casa por las tardes, por favor.

No le has respondido, pero estás rabioso porque sientes que ese no es tu trabajo. Sientes que le estás haciendo un favor a tu hermana. Bajo tu epidermis está marcado a fuego que Libe era la que iba de compras con tu madre y tú el que iba a cazar con tu padre. Libe era la que ayudaba a tu madre a preparar la comida mientras tú jugabas en el descampado al fútbol. Libe era la que se quedaba en casa y tú el que tuvo que acompañar a tu padre cuando tu primo Aitor se perdió en el monte. Ahora no es tu trabajo cuidar a tu padre.

Y, además, ¿de dónde han sacado eso de que tu padre tiene miedo? ¿Qué tontería es esa? Todos te hablan como si no conocieran a tu padre. Se ve que no le han visto bajar las cuevas más peligrosas por el monte. Bajaba como una cabra. Sin necesidad de agarrarse a las rocas ni a los arbustos. Llegaba siempre el primero. Y se quedaba abajo, con los brazos en jarras, mirando cómo bajaban con dificultades todos los demás, gritando: «Vamos, que es para hoy».

Las mentiras, cuanto más breves, mejor

Desde arriba se ve siempre todo mucho mejor. Los sonidos que has escuchado en la cima de Olarizu —los grillos, los pájaros— y ese olor a viento sur te han recordado irremediablemente las horas en el monte con tu padre, con Aitor y con tu tío. El viento sur era señal de que podían pasar palomas. Para tu padre, para Aitor, para tu tío, para los que sabían cazar, el viento sur era oro. Se quedaban mirando el cielo, quietos entre las zarzas o en el puesto sobre el árbol, sin mover un músculo, esperando al pase de las palomas. Tú mirabas el cielo y luego a los cazadores, sin poder entender esa hambre de caza. Aquel silencio se parecía al silencio de tu casa. A las cenas de sopa caliente y conversaciones frías de su cocina de azulejo blanco. Tu padre se quedaba como una estatua mirando el cielo, con Txo, su perro, a su lado. Se miraban de vez en cuando. El hombre al perro, el perro al hombre. Y ahí te encontrabas fuera de lugar. A ti te acompañaba Mendi, el otro perro que teníais en la huerta y al que tu padre ni siquiera miraba. A veces decía: «Habrás que ver qué hacemos con este. Es un gasto innecesario». Y Mendi lo miraba atento, con su mancha marrón en el ojo izquierdo, advirtiendo que, por una vez, su dueño hablaba de él. Cuando tu padre te veía alguna vez acariciando a Mendi, te decía: «No lo acaricies que se atontan... Así está...». Tú eras el único que le hacía caso a Mendi, y él, fiel, siempre te seguía.

—Pero ¡por qué disparas! ¿No sabes esperar? Mira, ¡ya las has asustado!

Tu padre te gritó más de una vez por adelantarte y disparar demasiado pronto, cuando las palomas aún no se habían colocado sobre vosotros. Se ponía como una furia. Pero tú intentabas a la desesperada ser el primero en matar una paloma, querías por lo menos dar a alguna antes que tu primo Aitor. Estabas harto de que siempre fuera él el que tenía algo que enseñar cuando bajabais al pueblo, estabas harto de escuchar a tu padre alabando la habilidad de tu primo con la escopeta, su *hambre de caza*; harto de que Aitor te preguntara burlón: «Qué, primo, ¿hoy tampoco ha habido suerte?». Ni siquiera te llamaba por tu nombre.

Muchas veces deseabas que no soplara el viento sur y que las palomas pasaran muy alto en el cielo. No tenías ganas de participar en aquella competición. Pero, inevitablemente, llegaban los días del viento sur, lo que provocaba que las palomas volaran más bajo. Y, entonces, lo que para los demás era tan valioso como el oro, era para ti algo tan frío y duro como el metal de tu escopeta. Pensaste que el traslado a Vitoria iba a alejarte de aquel mundo, pero seguisteis

volviendo a Eibar los fines de semana para cazar, durante los primeros meses. Hasta que pasó lo de Aitor. A partir de ahí se acabó la caza, se acabó el monte. Pero empezaron las pesadillas.

Recuerdas a tu padre, de pie frente al teléfono de casa de Vitoria, apretando el auricular. Lo estrujaba como si fuera el cuello de una gallina. Estaba a punto de ahogarla.

—Aitor se ha perdido en el monte —os dijo, cuando colgó y os reunisteis los cuatro en la cocina.

Os contó que Aitor debió de salir al monte al mediodía y que al anochecer aún no había llegado. Nadie sabía a qué había salido, para entonces ya casi no salía de caza. Cuando escuchaste el nombre de Aitor, por un momento recordaste su voz y esa forma irónica que tenía de llamarte *primo* que te hacía diminuto a su lado. En el monte, sobre todo en el monte, donde no tenía competidores. Lo recordaste escalando una pared y te pareció escuchar el tintineo de las llaves del manajo que le colgaba siempre del bolsillo con una cadena. Solo cuando llegabais a cierta altura se metía las llaves y la cadena en el bolsillo para que no sonaran y no espantaran a las codornices o para no romper el sagrado silencio del pase de paloma. Y lo recordaste también pidiéndote «¿Puedes llevar este paquete a Vitoria?», uno de aquellos fines de semana que volviste con tu padre a Eibar a cazar. Y tú cogiendo el paquete con las manos temblorosas, sin atreverte a preguntar qué contenía. Lo odiaste.

—Por la mañana salimos en su busca, hemos quedado a las cinco en la plaza Unzaga —dijo tu padre, mirándote.

—Voy con vosotros —dijo Libe, pero tu padre que no, que solo iríais los hombres, y tuvo que quedarse finalmente en casa con vuestra madre.

—¿Has mirado bien ahí abajo? —te preguntó tu padre mientras examinabais la zona que os tocó rastrear en el monte Kalamua. Tu padre te señaló unas pequeñas cuevas que se encontraban a pocos metros bajando un terraplén.

Recuerdas los dedos de tu padre, sus nudillos rojos, y su mirada desesperada. Solo volverías a ver esa mirada muchos años más tarde, cuando comenzaron las huelgas en la fábrica de Vitoria.

—Si estuviese aquí Txo, lo encontraríamos enseguida —dijo, recordando a su perro de caza, que acababa de vender antes de marchar a Vitoria—. ¿Has mirado bien ahí abajo?

Le respondiste que sí. Y, nada más responder, se cruzaron vuestras miradas, y en ese cruce apareció algo en el aire, en suspensión, bailando como los restos de papeles quemados en un incendio. Todavía, cuando miras a tu padre, sigues viendo unas extrañas partículas en el aire.

Le respondiste que sí, que ya habías bajado, y seguisteis adelante.

Entonces no lo sabías, pero aquella mentira iba a perseguirte durante muchos años. A partir de ahí comenzaron las pesadillas, los miedos. Seguramente la pelota de tu cabeza también comenzó a generarse ahí. A partir de aquella mentira.

El camino hacia las cuevas era demasiado peligroso. Además, estaba cayendo la niebla, cada vez se veía menos, no querías ser el siguiente en perderte en el bosque. Tuviste miedo. Sí, tuviste miedo y no bajaste. Asomaste la cabeza, pero no bajaste por el terraplén. No te atreviste.

—¿Has mirado bien ahí abajo? —te preguntó tu padre.

—Sí. Aquí no hay nada —le respondiste, antes de continuar la marcha.

Las mentiras, cuanto más breves, mejor.

JASONE

Se nota tu mano

Fueron cuatro palabras las que me empujaron de nuevo a escribir. Es cierto que la necesidad de cubrir el hueco que habían dejado mis hijas en casa y la angustia y la mezcla de sentimientos que me produjo pensar que la chica a la que habían violado en grupo en Pamplona podía ser mi hija también activaron mis ganas de expulsar a través de las palabras algo que tenía que salir como fuera de mi interior. Pero la razón de fondo, la fundamental, la que encendió la mecha de mi escritura fueron unas palabras de Jauregi.

Apareció como tantas otras veces en la biblioteca a presentar un libro de un nuevo escritor, una nueva promesa, según me dijo.

—Solo por ver a esta mujer merece la pena venir a presentar libros —le dijo al joven, en cuanto aparecí en el hall.

Le sonreí, pero con una sonrisa forzada. *Jauregi style*, hubiese dicho Ismael si lo hubiese oído. Pensé entonces que no sabe cómo ocultar su timidez si no es a través de alguna broma, que todo ese desparpajo no es sino tinta de calamar que lanza para que no podamos verle desnudo. Que bromear es una manera de ganar poder sobre la persona que tiene enfrente. De ponerse un escalón más arriba. Y como otras veces que Jauregi me dice algo así, tuve sentimientos contradictorios. Me dieron ganas de darle una bofetada, pero, al mismo tiempo, tuve ganas de meter mi lengua en su boca. Siempre sentí una gran atracción por él, aunque sería incapaz de decir qué es exactamente lo que me atraía, si era algo más que una atracción física o si me ha atraído siempre por la manera en la que me mira, por hacerme sentir con su mirada que soy capaz de hacer más cosas que cuidar a unas niñas y doblar ropa. Creo que más que sus ojos, me ha gustado siempre el reflejo de mí misma en ellos. Su manera de mirarme. De verme. Quizá me enamoré realmente de mi reflejo en sus ojos.

Me pidió después si podíamos tomar un café juntos y en sus ojos, de nuevo, después de tantos años, me pareció ver la mirada de aquel Jauregi con el que editaba la revista y con el que tantas veces me quedé hasta tarde en un bar discutiendo sobre el último libro que habíamos compartido o sobre algún poema indescifrable. Aquel Jauregi que recitaba de memoria el primer párrafo del capítulo 7 de Rayuela: «Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano...» y que me hacía temblar cuando lo escuchaba. Me pregunté muchas

veces a cuántas chicas se lo habría recitado. Jauregi siempre fue deseado por las mujeres, bromeaba con todas; era su manera de adularlas y, de alguna forma, anular sus defensas. Me acordé incluso de lo ridículo que fue cuando le di por primera vez uno de mis cuentos para que lo leyera. Me acerqué a él, en la cafetería de la universidad, le dejé sobre la mesa el cuento y me puse tan nerviosa, por miedo a que hiciera alguna broma que no sabría responder, que me fui corriendo, sin decirle nada.

—Quería comentarte algo —me dijo el día que vino a la biblioteca.

—Si quieres sacarme información sobre la novela de Ismael la llevas clara —le dije.

—A ver si te enteras de que lo que menos me interesa de ti es tu marido —me respondió.

En ese momento deseé que lo que acababa de decir no fuese una broma de las suyas, sino algo que sentía de verdad. Pero con Jauregi siempre ha sido difícil saber lo que siente. Es inaccesible en lo personal. Como si guardara sus sentimientos en una caja fuerte. Hasta sus amantes han sido siempre casi secretas. Todavía lo siguen siendo.

Acto seguido me propuso una colaboración. Algo totalmente inesperado para mí.

—Me gustaría que me ayudaras en la editorial, con algún que otro texto, sin agobiarte demasiado. La labor que haces con los textos de Ismael es espectacular... Se nota tu mano, ¿sabes?

Fueron cuatro palabras mágicas: se nota tu mano.

A partir de ahí sentí que revivía alguien que había muerto hace mucho tiempo dentro de mí. Me quedé callada. Y en aquel silencio pasaron por mi mente todos los años que habían transcurrido desde la última vez que Jauregi me había mirado así, me había hablado así.

—Me han dicho que escribes —me dijo la primera vez que hablamos. Y al cabo de pocos días le entregué un cuento y salí corriendo, como una colegiala avergonzada.

Después de aquello, pasamos muchas horas juntos en la universidad y fuera de ella, corrigiendo textos, hablando de literatura, leyéndonos los cuentos que escribíamos. De los que nos gustaría escribir, de nuestros autores favoritos... Él era más de Cortázar, yo más de Cheever. Él era más de Borges, yo más de McCullers y de Carver. A los dos nos gustaba Ribeyro. Se nota tu mano. Quién si no él podía conocer mi manera de escribir. Quizá sea eso lo que más me ha atraído siempre de Jauregi, que reconozca mi manera de escribir como nadie, que me reconozca más allá de mi cuerpo de mujer.

Lo recordé sin gafas, cuando en la época de la universidad, además de coordinar la revista, lo mismo organizaba conciertos o lecturas de poemas que concentraciones políticas. Siempre tenía algo que hacer. Esos ojos achinados que parecían estar siempre apuntando a algún sitio, maquinando algo. Esa mirada impenetrable cuando bromeaba conmigo mientras me proponía que lo acompañara en la aventura de montar una editorial. Con Jauregi nunca sabías si estaba hablando en serio o en broma. Me había oído muchas veces comentar con Libe nuestro deseo de montar una editorial juntas. Recuerdo todo lo que aquella invitación para crear juntos una editorial provocó en mí. Me vi trabajando con Jauregi y me vi viviendo con él, convertida en su pareja, todo en un mismo paquete. Se me hizo imposible separar un deseo de otro. En eso siempre he envidiado a

Libe. Ella siempre supo separar el amor del resto de su vida. Ella supo escapar de esa trampa en la que nos educan a las mujeres, enseñándonos a barnizar todo con nuestro enamoramiento, a meterlo en todas las casillas de nuestra vida hasta ahogarnos en esa maldita inundación romántica. Es la cuchara de miel pegajosa que nos tiene atrapadas. Mientras, ellos aprenden a meter el amor en una casilla y a dejar el resto de las casillas de su vida independientes, libres del barniz pegajoso del amor. También por eso son más libres. Como creo que lo ha sido Libe.

Con la inesperada invitación de Jauregi a colaborar con él, después de tantos años, sentí que otra vez se me revolvían las casillas. Y sentí que volvía a aparecer esa otra yo que un día fui junto a él. «Eh, estoy aquí, ¿te habías olvidado de mí?»

Sí, me había olvidado. Cómo no me iba a olvidar, sepultada por todos esos años en los que he sido la madre que cuida de sus hijas, la hija que cuida de sus padres, la esposa que cuida a su marido. Todos esos años de olores domésticos, olor a plátano y galleta, a toallitas húmedas, a madre que hace bizcochos.

Se nota tu mano.

Fueron cuatro palabras que me sacaron del efecto de la anestesia de décadas. Y recordé los años en los que escribía y hacía copias de mis relatos y se los enseñaba a Jauregi y a Libe y recibía su opinión entusiasta; y me recordé entregando una copia a Ismael, cuando Libe se fue a Berlín y empezamos a salir juntos, los dos metidos en su *cuatrolatas*, en una tarde noche lluviosa, aparcados junto al alto de Armentia, e Ismael diciéndome «No está mal» y tirando después los papeles a la parte de atrás del coche y besándome, metiendo su mano bajo mi camiseta, bajo mi pantalón, y llenando el coche de vaho. Recordé todo aquello, pero fui incapaz de recordar el momento exacto en el que dejé de escribir.

Libe me advirtió desde un principio, desde el primer embarazo, de que no podía renunciar a tantas cosas. Tenía ganas de seguir leyendo mis cuentos. Me pedía que se los mandara a Berlín. Yo intenté explicarle que no era fácil seguir escribiendo. Primero eran las niñas; las niñas siempre encima. Y, mientras tanto, Ismael ocupado, escribiendo. Para entonces él ya había pedido una excedencia en el periódico para poder escribir tras el inesperado éxito de su primera novela. «No hagáis ruido que aita está escribiendo, vamos al parque para que escriba tranquilo.» Para que escriba su Gran Obra. Y luego, al cabo de unos años, mis padres; primero enfermó mi madre y luego, seguido, mi padre, como si estuvieran en una competición organizada por el Servicio Vasco de Salud. Y los dos necesitaban la ayuda de su única hija. De Asunción. Hasta salir de la anestesia, mi decorado estuvo lleno de volantes de consultas, de dientes postizos, de pegamento para pegar los dientes, de sillas de ruedas, de banquetas para la ducha, de pañales XL, de olor a cerrado, de olor a viejo. La decadencia de mis padres coincidió con los años adolescentes de mis hijas, con la preocupación por las primeras salidas por la noche, por la piedra de hachís encontrada en el pantalón de la pequeña. ¿Dónde iba a encontrar fuerza, concentración, para escribir? ¿Dónde estaba mi mano, esa que Jauregi me recordó que un día existió? Estaba enterrada. Convertida en la rígida mano de un maniquí.

Caí en una depresión también silenciada, secreta. Y, mientras tanto, Ismael, en su estudio, escribiendo su Gran Obra, ni siquiera se dio nunca cuenta de mis altibajos. Y llegó un momento en el que me pregunté: ¿cómo ha podido estar tan ciego? ¿Cómo se puede ser escritor sin mirar a tu alrededor, sin ver lo que te rodea?

Ni siquiera se dio cuenta de que estaba resucitando cuando volví a empezar a escribir. Incluso en la cama intenté encender algo que llevaba años apagado, pero mis caricias pasaban desapercibidas. Acercaba mi mano a su ombligo, me la acariciaba y me la retiraba después. Estaba en otro sitio. Su cabeza estaba en otro lugar.

En los últimos años, he subido y he bajado, he caído y me he levantado. Lo que me ha ocurrido en estos años ha sido un terremoto que ha movido, seguro, las baldosas de la cocina, cómo no las iba a mover, y el parqué del comedor y de nuestra habitación, las paredes del pasillo de nuestra casa. Ha pasado un vagón de metro bajo nuestra casa, un metro de emociones contrapuestas, de baches y curvas cerradas, un metro ruidoso, e Ismael no se ha dado cuenta de nada, no ha sentido el más mínimo temblor encerrado en su búnker. En este tiempo he pasado de la hibernación, del atontamiento de las pastillas, al dolor que vuelve tras acabarse el efecto de la anestesia. Y este dolor viene cargado de palabras de plomo, de las que pesan y se quedan en el fondo. De las que se ven en cuanto baja la marea.

Y llegó el momento de la marea baja.

Se nota tu mano.

Con esas palabras la marea bajó bastantes metros. Empezaron a verse las puntas de las rocas. Jauregi no podía ni imaginarse lo que esas palabras provocarían en mi interior. Por un momento me pareció estar con el chico que me miraba de otra manera, más allá de mi cuerpo y mi piel.

Así que cuando me vino con la propuesta de colaboración, le pedí tiempo. Me dio miedo responderle que sí, aunque lo estaba deseando, aunque sus palabras encendieron en mi interior una cerilla. Le dije que me diera tiempo. Me miró sin decirme nada, como intuyendo que mi mayor obstáculo para decirle que sí no era el tiempo, sino Ismael. ¿Qué tal se tomaría Ismael que volviera a colaborar con Jauregi como en la época de la universidad? ¿Qué tal se tomaría que su mujer corrigiera textos de otros autores además de los suyos?

Le di dos besos, en las escaleras, y volví a sentir ganas de darle una bofetada y meter mi lengua en su boca al mismo tiempo. Antes de que se marchara, le dije que prefería que no le comentara nada a Ismael sobre su propuesta, de momento, hasta que me lo pensara mejor. En ese momento, sentí que los ojos de Jauregi se encendían. Compartíamos, de nuevo, algún secreto, algo íntimo. Otra vez. Como hemos compartido durante años en secreto su oferta para crear una editorial juntos. En aquella mirada estaba reconociéndome como aquella Jasone que escribía. Parecía pedirme que volviera a hacerlo. Que volviera a escribir. Me lo estaba diciendo sin decírmelo. Me lo estaba pidiendo.

No me pude quitar de la cabeza en toda la tarde la frase de Jauregi: se nota tu mano. Y al llegar a casa, tras cenar con Ismael, le dije que necesitaba terminar algunas cosas del trabajo y me quedé

hasta altas horas de la madrugada escribiendo. Fue mi manera de salir de la anestesia. Volver a escribir. Escribir como un acto de desenterrar cosas, imágenes ocultas por el tiempo y la ciega normalidad.

Y así, tras muchas noches, acabé escribiendo algo que me ha costado hasta ahora nombrar como una novela. Y sentía la necesidad de llamar a Jauregi para decirle que sí, que ya estaba por fin preparada para ayudarlo, pero pasaban los días y no llegaba a llamarle, porque en el fondo, además de trabajar con él, lo que quería era entregarle mi novela y que la leyera. Imaginaba mi obra en sus manos, imaginaba sus largos dedos acariciando los folios, y se me ponía la carne de gallina. No entendía qué era exactamente lo que me provocaba tantas ganas de que Jauregi leyera mi novela. Quizá no fuera tan diferente de Ismael y buscara el podio, los aplausos. O quizá fuera una necesidad de seducirlo. Una necesidad de que metiera la mano por mi bikini mientras yo, atada de manos, digo no, no, cuando quiero decir sí, sí.

Sentí que Jauregi esperaba que escribiera algo, que precisamente me hizo la oferta de colaborar con él para que volviera a escribir. Y supe entonces que llegaría el día en que aparecería ante él con mi obra en las manos. Me sentí una traidora cada vez que lo pensé. Ni teniendo un amante me hubiese sentido más culpable.

Entretanto, solo me atreví a compartir la novela con Libe. Se la mandé a Berlín. Sabía que iba a alegrarse mucho al saber que había vuelto a escribir.

LIBE

Esa vieja guerra

Te has sentado en el avión con la novela de Jasone sobre las rodillas. La sostienes como si fuera el bebé que nunca has tenido. Tu madre haría un comentario parecido. A las que no sois madres siempre os buscan algún gesto maternal, algún guiño que esconda que en el fondo hubieseis deseado serlo. Ya sabes, esa vieja guerra.

Tu madre tiene una gran facilidad para fijarse en lo que te falta más que en lo que tienes. Como si fueras la famosa botella vacía. A pesar de ello, la distancia de los últimos años os ha unido. A tu madre se le hace mucho más fácil confesarte algunas cosas por teléfono, sin que le veas la cara. Cuando estáis una frente a la otra no acierta con las palabras, ni contigo ni con nadie, quizá por ello se pasa el día repartiendo en táperes la comida que hace. Mete sus palabras allí, trozos de su corazón al pilpil o en salsa vizcaína.

Pronto te encontrarás frente a ella, aunque aún no sabe nada. Nadie sabe que has adelantado el viaje, no saben que llegas esta misma tarde al aeropuerto de Loiu. Simplemente aparecerás allí y llamarás. He llegado. Se te ha hecho difícil explicarle a nadie con antelación lo que estás haciendo, porque no te lo has contado aún ni siquiera a ti misma. A pesar de saber que la culpa de lo que estás haciendo la tiene esa vieja ley. Una vieja ley que creías superada, de la que creías que te habías desprendido. Una ley que dice que son las hijas las que deben cuidar a sus padres; una ley que resuena en todas partes como el eco en una cueva.

«Es una historia pequeña, no te creas que es una de esas grandes historias...», te dice Jasone en la carta que te mandó junto a la novela. Y te preguntas qué son realmente las grandes historias. Te han venido a la cabeza los campamentos. Hace años que no duermes en una tienda de campaña, ahora tu trabajo es la burocracia de la solidaridad: crear grupos de trabajo, proponer estrategias, coordinar políticas, gestionar reuniones, preparar discursos, dirigir campañas...

En los últimos años has escuchado las grandes historias de los campamentos desde el otro lado del teléfono, o desde la pantalla de tu ordenador. Y sabes que no estás en el lugar en el que se producen las grandes historias. Porque las grandes historias solo se producen a ras de suelo y solo se pueden escribir manchándote las botas de barro.

Hace tiempo ya que dejaste de mancharte las botas de barro, desde que accediste al puesto que ocupas en esa ONG, desde que pasas el día metida en tu despacho. Antes tus manos tocaban las

manos frías de las personas sin techo. Ahora estás lejos. Y eso ha supuesto una pequeña muerte para ti.

Miras la novela de Jasone, que te ha sorprendido tanto, y piensas que tu gran amiga está más cerca que nunca de mostrar su verdad, como no lo ha hecho antes. De liberarse de todos sus miedos y de mirar de frente a la verdad. Y que tú, sin embargo, has hecho el camino contrario y te has ido alejando de la tuya. Has retrocedido en todo aquello en lo que durante años has aleccionado a Jasone. Es como si la discípula hubiese superado a la maestra y le estuviese mostrando todas sus contradicciones. Ahora, cuando parece que Jasone se ha quitado de encima por fin ese rol de servicio y cuidado de los demás, cuando se va quitando de encima la culpa por dedicarse a sí misma, cuando ha conseguido sacar de dentro por fin su verdadera voz, ahora, tú, su maestra feminista, su ídolo de los derechos, su amiga revolucionaria, ahora tú estás dando un importante paso atrás. Ahora la culpa te está obligando a volver antes de tiempo a tu casa, a la casa de tus padres.

O quizá no. Quizá no es un paso atrás. Quizá tu sitio ahora esté ahí, al lado de tu madre y tu padre, en esas pequeñas historias que se forman a su alrededor. Quizá ahora tu historia tenga que girar ahí, quizá ese sea el lugar de tu gran historia ahora mismo.

Pero no tienes nada claro, estás confundida, tus principios están luchando en un ring, en una pelea de *pressing catch*, contra una mujer de pelo largo y rubio y de ojos pintados con rímel. Mujeres contra mujeres, mujeres luchando entre ellas, como se espera de ellas, como les han enseñado que debe ser. Hasta en sueños.

La azafata te ha pedido que te abroches el cinturón. Creías que lo llevabas abrochado. Te ocurre mucho últimamente. Llevas un cinturón imaginario todo el tiempo. A veces no es necesario llevar cinturón, basta con que imagines que lo llevas, con que imagines cómo te va a tirar hacia abajo, para que ni siquiera intentes levantarte. La imaginación es poderosa. Acabas pensando que llevas cinturón y ya no intentas hacer nada. Los cinturones imaginarios funcionan muy bien.

Piensas en las pequeñas muertes que se van produciendo en tu vida y que vas aceptando. Hoy en día la muerte aparece de una manera mucho más sutil que antes, disfrazada, como los actuales coches de las funerarias. Ya no tiene nada que ver con aquellos coches largos y negros. Antes la muerte te venía de frente y podías verla llegar con nombre y apellido. Hoy, sin embargo, aparece en una furgoneta gris, que puede ser la de cualquier repartidor de artículos comprados en internet, y entra en tu vida sin que te des cuenta, para desactivarte por dentro sigilosamente, para generar esas pequeñas muertes de las que eres más consciente que nunca, sobre todo después de leer la dura y sincera novela de Jasone. La incómoda novela de Jasone. Porque la verdad es siempre incómoda, como un sillón al que se le salen los muelles y se clavan en el culo del que se sienta en ellos.

Tú fuiste el muelle que se sale en el sofá de casa durante mucho tiempo. Primero con tu militancia política. Vas a acabar metiéndonos en líos a todos, te decía tu madre. Y luego con tu

homosexualidad. Una homosexualidad tardía, no aceptada ni siquiera por ti misma durante mucho tiempo y aún no aceptada completamente en tu familia.

Jasone dice en la carta que siempre has sido más valiente que ella, y sabes que no es verdad. Desde un avión, desde lo alto, se ve todo mucho mejor, las curvas y los dibujos de los caminos. Los que han formado tu vida. En casa siempre fuiste la contra, el muelle incómodo, pero, aun así, ¿qué has conseguido cambiar? ¿Has hecho en los últimos años algo más que escapar? Hace casi veinte años tuviste que huir. Quisiste huir. Reconocer tu homosexualidad te empujó, por un lado, pero por otro fue el ambiente político; se te hizo irrespirable. El conflicto. Lo ensució todo, también en buena medida tu posibilidad de mostrar abiertamente tu homosexualidad. El pueblo necesitaba héroes, no tortilleras.

Tu sueño de montar una editorial con Jasone qué lejos quedó. Creíais realmente que podíais cambiar el mundo publicando libros. Y en este tiempo has intentado cambiar el mundo, realmente creías que podías hacerlo, por eso ingresaste en una ONG y eso ha sido, visto desde aquí arriba, lo más transgresor que has llegado a hacer. Pero ahí también ha aparecido poco a poco la furgoneta gris de la funeraria y ha ido matando tu ímpetu. En estos años has trabajado en distintos organismos internacionales, cada vez en puestos de más responsabilidad. Y hoy, cuando te sientas en tu despacho, con la calefacción a tope, sientes que te encuentras en el epicentro del sistema que tantas veces has maldecido. No es lo que soñaste. Eres el collar falso de Maupassant. El punki de postal de La Polla Records.

Jasone, sin embargo, ha hecho su revolución poco a poco, en silencio, sin máscaras ni disfraces. Hoy es una mujer nueva. No hay más que ver el rastro profundo que ha dejado en el papel cada palabra de la carta. Parece escrita en braille.

Tienes miedo. En los próximos días dormirás en tu habitación de joven. Sin el calor de Kristin. Ha querido acompañarte, pero le has dicho que no. Hace tiempo que quiere venir a conocer tu país, pero nunca le has dado una oportunidad. Tienes miedo de que le guste y se quiera quedar. Estarás, pues, sola contigo misma en una cama de noventa. Y no sabes seguro si conoces a esa mujer que se meterá de nuevo en esa cama. No sabes si eres la misma o una versión edulcorada, rebajada. Sientes que es el viaje más arriesgado que has hecho hasta ahora. Más que los que has hecho a Uganda, Etiopía o Ecuador. Un viaje a tu pasado, a tu casa. A tus contradicciones.

Cuando el avión se ha puesto en marcha, has cerrado los ojos. Siempre te pone nerviosa ese primer arranque. Aunque tu cuerpo avance, sientes que tu cabeza se queda atrás.

Tras escuchar por fin el sonido que indica que puedes desabrocharte el cinturón, has mirado por la ventana y has visto que vuelas por encima de las nubes. Miras de nuevo dentro y ves que tus manos agarran con fuerza la novela que ha escrito Jasone. Y en ese momento sientes que allí hay algo que no solo le pertenece a ella. Allí dentro hay alguien que también te está hablando a ti. Alguien que te mira fijamente a los ojos y te desnuda.

ISMAEL

Yo no he sido

Tu padre, solo, parece otra persona. Nunca has pensado que pudiera tener miedo de estar solo en casa. Nunca has pensado que pudiera tener miedo. Tampoco has pensado nunca que para él sea tan importante tener a su esposa al lado. Sin ella, de repente, parece un niño miedoso que intenta esconder su miedo hablando con voz de hombre, la misma voz que aprendiste de él.

Llevas dos semanas pasando las tardes en su casa, intentando escribir en la que fue tu habitación, utilizando un ordenador portátil. Pero esa habitación pesa en ti demasiado. Te recuerdas allí con quince, dieciséis años, encerrado para no oler los Ducados de tu padre, ese humo que provenía del salón, para no escucharle preguntarte un sábado por la tarde: «¿Pero es que tú no sales, no tienes amigos en Vitoria?». Realmente no los tenías, y tu padre te hacía sentir que era tu culpa, como si fuese fácil llegar con quince años a una nueva ciudad y hacer amigos. Lo acompañabas muchos sábados a limpiar el coche, un Seat 131 Supermirafiori, que cuidaba como si fuese una pieza de museo. Cuando erais pequeños, todavía en Eibar, cubría con una manta los asientos de atrás para que no los mancharais; y casi nunca llevaba el coche a cazar, casi siempre ibais en el Talbot Horizon rojo de tu tío, aunque en las ocasiones que llevaba el Supermirafiori, cubría también con plástico el maletero, donde dejaba con cuidado las botas llenas de barro, la escopeta, las perdices o las palomas que había cazado. En ese mismo maletero metisteis vuestras pertenencias para ir a Vitoria y dejasteis en Eibar otras muchas cosas que no se pueden llevar en un maletero, como los amigos de la infancia, o el olor y los sonidos de la plaza y las calles que has pisado desde niño. Te recuerdas guardando tus cosas en los armarios de esa misma habitación, sintiendo que tú también entrabas en un lugar oscuro y sin vida. No puedes escribir en esa habitación, la misma en la que empezaste a escribir tus primeros cuentos. Así que hoy has decidido que te lo llevarás a tu casa por las tardes. Lo pondrás a ver la televisión mientras escribes en tu estudio, como te dijo Libe.

Has ido a recogerlo y, antes de entrar al comedor a saludarle, te has quedado mirándolo un rato desde la puerta. Lo ves nervioso, descolocado. Y ver así a tu padre te ha recordado aquella época de huelgas en la fábrica; también entonces se abrió alguna grieta en él. Recuerdas el día en que le preguntaste a tu hermana Libe qué pasaba. Te habían dicho que tu padre era un esquirol. Fueron meses de mucha tensión y muchos silencios en casa. Recuerdas el silencio de tu madre. Realmente

acabas de darte cuenta del silencio de tu madre. Verla en el hospital, con ese camisón azul, con esa mejilla aún amoratada te ha afectado más de lo que crees. Viéndola así te ha parecido que ha perdido algún superpoder. No se levanta, no recoge cosas, no limpia, no cuelga la ropa, no friega el suelo de la cocina en zigzag. Solo está. Y parece marchita. No la reconoces. No se parece a aquella mujer que leía el periódico en alto para los demás.

Se parece de repente a la mujer que viste una vez, solo una vez, llorando. Una tarde, aún en Eibar, al volver de clase, te encontraste a tu madre llorando sentada en la cama de matrimonio. Junto a ella, sobre la cama, estaba abierta la lata de galletas que utilizaba para guardar los botones. Fue la primera vez que la veías llorar. Y fue también la última. Tu madre se secó las lágrimas, se levantó y te preguntó qué querías que preparara para cenar. Recuerdas que no te atreviste a preguntarle por qué lloraba. No sabes por qué has recordado esa escena de tu madre que creías olvidada. No es casualidad.

Tras verla así en el hospital, tu madre, de repente, te ha parecido una desconocida. También tu madre, como Libe y como Jasone. Cómo vas a poder escribir así de una mujer, si no conoces ni a las que tienes más cerca. Es como si hubieseis estado condenados a vivir en habitaciones aisladas. Habitaciones de puertas cerradas. Te falta abrir una puerta. Aunque no sabes en qué dirección tienes que moverte para encontrarla. Avanzas a ciegas.

Recordando a tu madre en el hospital, intentas descifrar lo que sientes. Deberías sentir lástima por ella. Pero encuentras otros sentimientos cuando te miras hacia dentro. Y no te gusta lo que ves. Estás enfadado, estás rabioso. Estás enfadado con tu madre porque se ha caído, porque puede tener algo en el cerebro, porque está enferma, porque no puede seguir haciendo de madre. Porque su ausencia te está haciendo ver la casa y a tu padre de otra manera. Porque hacerte cargo de tu padre por las tardes te ha quitado tiempo para escribir y te ha desconcentrado aún más. Y aunque lo has intentado, se te está haciendo imposible meterte en la piel de esa mujer de tus pesadillas. Estás enfadado con tu madre por todo ello. Y te avergüenzas de tus sentimientos.

La has visto débil y esa imagen te ha devuelto la imagen de un mundo nuevo que no existía en tu cabeza hasta ahora. Siempre has pensado que tu padre sería el primero en morir, que tu madre quedaría viuda y viviría sola durante algunos años. No solo porque tu padre es mayor que tu madre, sino porque tu padre no podría vivir solo. Y ahora, al ver a tu madre en el hospital, has pensado por un momento qué pasaría si muriera ella antes. Podría ser una catástrofe.

No solo para tu padre. También para ti. No solo porque tendrías que ocuparte de tu padre, sino porque no puedes imaginarte ese nuevo panorama en el que nadie va a darte la bendición al salir al extranjero a un congreso o al publicar un nuevo libro, en el que nadie va a guardar en una carpeta los recortes de periódico en los que te entrevistan o hablan de tu último libro. En el que nadie va a llevarte táperes de comida a casa. Ante los ojos te aparece un nuevo mundo en el que nadie va a vivir mirándote, pendiente de ti. Cuidándote.

Y te das cuenta de que, ante tu madre, sigues siendo un niño. Se cae la máscara de intelectual o de escritor profesional. Estás desnudo. Frente a tu madre, aparecen todas tus debilidades, tus

miedos, los mismos que nunca te han enseñado a aceptar ni reconocer ni mostrar. Aparece también tu egoísmo. Ese que hace que te enfades con ella. Aparece quizá la que es tu verdadera voz, la que tanto te está costando encontrar cuando escribes en los últimos años, la de ese niño que se oculta bajo la voz del hombre. La de un niño que tiene miedo, como tu padre. Quizá no sois tan diferentes.

—No lo dejes solo —te recuerda tu madre cuando puede.

Y te sorprende no ya que tu padre sienta miedo, algo que vas interiorizando poco a poco en las tardes que te vas quedando con él, sino esa preocupación constante de tu madre por tu padre, esa necesidad de saber que está bien, que no está solo.

Tu madre, desde la cama del hospital, te lanza todas las mañanas una retahíla de órdenes, cosas que hay que hacer en casa, las comidas que hay que prepararle a tu padre y cómo, para que se lo comuniques a Nancy..., pero eres incapaz de retener todo, así que ayer decidiste grabarla en vídeo con el teléfono, para no perder detalle de sus instrucciones y poder trasladárselas a Nancy sin errores ni olvidos.

Hoy llegas a casa de tu padre con la grabación preparada en el teléfono. Tras mirar a tu padre unos segundos desde la puerta del comedor, te has atrevido a acercarte, a preguntarle cómo está. Él te ha respondido con otra pregunta: «¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Tú no deberías estar trabajando?».

Has sentido una vez más la obligación de justificar tu trabajo ante tu padre. De justificar tu existencia realmente. Porque para tu padre ese trabajo que tienes no es un trabajo. Para tu padre trabajar significa mancharse las manos y luego fumarse un cigarro con los compañeros, en el descanso, secándose el sudor de la frente con la manga del buzo. Eso que hace su hijo no sabe muy bien lo que es, pero se parece a un trabajo de secretarías. Cuando le mostraste, orgulloso, tu primer libro publicado, te dijo: «Pero si esto está en euskera...». Para tu padre no serás un escritor de verdad hasta que no te publiquen un libro en castellano. Es importante para ti mostrarle tu próxima novela traducida.

Has buscado a Nancy en la cocina. Allí le has pedido que se siente contigo, para ver el vídeo que has grabado de tu madre en el hospital. Y en cuanto el aparato ha reproducido la imagen y la voz de tu madre, en pocos segundos, tu padre ha aparecido en la cocina. Al escuchar la voz de su mujer ha saltado del sofá. Nunca antes te hubieses imaginado a tu padre tan atento a las palabras de tu madre. Nunca se levantó del sofá antes para atenderla en la cocina.

Cuando tu padre ha visto la imagen de su esposa hablando en el vídeo, se ha quedado paralizado, como si él también estuviese sorprendido de ver a su mujer así, vestida de enferma, con ese golpe en la cara. Se ha llevado después la mano a la frente, como si sintiera fiebre, y ha vuelto al sofá. Cuando has ido a por él, para llevártelo a tu casa a pasar la tarde, te ha parecido que respiraba más fuerte de lo normal.

—¿Estás bien, aita?...

Tu padre se ha levantado sin decir nada, con la mirada fija en el espejo del comedor. No quita

la vista de su reflejo. Has mirado tú también, como si fueses a encontrar allí algún paisaje desconocido, y mirando los dos al espejo, tu padre te ha dicho algo que aún no has podido digerir:

—Yo no he sido.

—¿No has sido qué?

—Yo no le he hecho daño.

—Aita, por favor, no pienses que está así por ti. Claro que no, tú no le has hecho nada, es ella, que se cayó. Ha sido un accidente.

—Yo no he sido —ha repetido tu padre como un autómeta.

Su imagen y la tuya, juntas, dentro del marco dorado del espejo.

Y entonces has tenido una terrible visión. Te has imaginado a tu padre golpeando a tu madre, tirándola al suelo, como el hombre tira al suelo a la mujer en tu pesadilla, y no quieres pensar en eso, pero es la imagen que te ha venido a la mente, ¡maldita sea! Te estás volviendo loco. No puedes permitirlo. Es por toda esa mierda que te mete tu mujer en la cabeza... Esa manía de convertir a todos los hombres en culpables. No hay ninguna razón para pensar que tu padre ha maltratado a tu madre. Solo es tu cabeza, que ya no funciona, que no rige, que está contaminada. Y, sin embargo, la imagen es tan real...

Mirando al espejo has tenido otra visión: además de verte a ti mismo y a tu padre, te ha parecido ver en el reflejo a otros hombres detrás. Todos tienen la cara de tu padre. Podrían ser tu abuelo, tu bisabuelo, tu tatarabuelo. Es como si estuvieses viendo unas pinturas rupestres. Y escuchas de fondo *I-ña-xio gu-re pa-troi han-di-xa*, las notas de la canción como si provinieran de la sintonía AM de la radio. Y, por encima de la música, todos repiten: «Yo no he sido. Yo no he sido».

De repente, en aquel espejo ves tu culpa y tu miedo a la vez. El mismo miedo que sientes cuando aparece una chica violada en el monte, la misma culpa que hace que imagines a tu padre maltratando a tu madre. Todo está en ese espejo. Todo está relacionado. Todo procede del mismo lugar. De la misma cueva.

Le dices a tu padre que no se sienta culpable, pero en el fondo te lo estás diciendo a ti mismo. Te dices que no tienes por qué sentirte culpable de nada. Quizá sea esa maldita pelota que tienes en el cerebro la que te hace pensar esas cosas, la que realmente te está impidiendo escribir. Quizá estés volviéndote loco.

Has llevado a tu padre a casa, pero ha pasado la tarde más nervioso que nunca. Y se te ha hecho más difícil aún concentrarte para escribir, como si por la rendija de la puerta de tu estudio entraran las ondas de inquietud y nerviosismo que lanza tu padre desde el salón.

—Yo no he sido...

No ha parado en toda la tarde. Cada vez que oías un ruido, salías del estudio. Te lo has encontrado abriendo los cajones, los armarios, sentándose en cualquier sitio...

«No, aita, ahí no, que la mesa es de cristal.»

«Aita, no, es la Thermomix, no la toques, cuidado...»

«Aita, esa puerta no, es el balcón.»

Tu padre se ha movido constantemente como si quisiera repartir algo que lleva dentro en cada esquina de la casa, como cuando fumaba y dejaba las colillas en cualquier sitio. O como cuando llegaba a casa después de beberse unos vinos con los amigos en el *txikiteo* y vaciaba los bolsillos donde fuera. Al final, has conseguido que se siente en el sofá, frente a la tele, y has vuelto a tu estudio. Pero no hay manera de concentrarse. Así no hay quien escriba.

Han pasado unos minutos y te has levantado al baño, y, al igual que en días anteriores, te has encontrado la taza llena de salpicaduras. Has pasado un papel para limpiarla, lo has tirado después dentro, le has dado a la cisterna y te has quedado mirando cómo el agua se lleva el papel.

Ahí va tu novela. Ahí va tu carrera.

Las monedas

Por la forma en la que abría la puerta intuía cómo volvía del *txikiteo*. Si antes de meter la llave en la cerradura golpeaba la puerta con la punta del pie, Libe y tú sabíais que venía cargado y que era mejor quedarse en la habitación. Dejaba la cazadora en la entrada, se metía las manos en los bolsillos y los iba vaciando sobre el cenicero de cristal del recibidor o sobre la mesa del comedor, para evitar una lluvia de monedas sobre el suelo de madera al quitarse los pantalones. Libe y tú esperabais a que llegara a la cocina, salíais de vuestras habitaciones y le sisabais algunas monedas. Nunca se enteró o eso habéis pensado siempre. «Hazme unos huevos fritos.» Cuando los *txikiteos* se alargaban, tu padre siempre pedía huevos fritos. Con puntillas. Recuerdas una mancha naranja, de la yema, en la comisura de sus labios, cuando aparecíais en el comedor para darle las buenas noches.

Una puerta de metacrilato

Llevas dos semanas escribiendo, como puedes, sobre esa mujer. Avanzas, pero inseguro. Tener a tu padre en casa te desconcentra, pero hay algo más. Te obsesiona el hecho de haber pensado en tu padre como un maltratador, te has sentido culpable por ello. Tampoco olvidas lo que te dijo Jasone sobre tu imposibilidad de sentir su dolor como si fuera tuyo. Y has recordado el texto que encontraste en la mochila de Jasone. Realmente no has podido quitártelo de la cabeza desde que lo encontraste. La voz de esa mujer. Quizá esa voz te pueda ayudar a encontrar la de la mujer sobre la que escribes, quizá te dé alguna clave que te falta, quizá sea como escuchar una canción para luego poder seguir tarareándola por tu cuenta. Podrías intentar llevarte esa música a tu texto. Así que has salido del estudio, has entrado en vuestra habitación y te has puesto a buscar en sus cajones. Tiene que tenerlo guardado en algún sitio. Necesitas encontrarlo. Y cuando has visto una carpeta transparente en el fondo del cajón, escondida bajo las bragas y los calcetines, te has sentido un cazador con suerte. Con olfato. Un buen perro cazador. Has cogido entre las manos tu presa, te has sentado sobre la cama y has empezado a leer de nuevo:

«El sonido de una puerta corredera. Solo con describirlo el terror se apodera de mí. Es suficiente imaginarlo para que mi corazón empiece a latir con fuerza, para que me mee en las bragas».

A medida que sigues leyendo, el corazón te va latiendo con más fuerza. En aquellas palabras se describe precisamente lo que te está obsesionando últimamente. Se describe la violación de una mujer. En primera persona. Y con cada palabra sientes su aliento en el oído. El terror sale directamente de su garganta. Lo escuchas como si estuvieras allí, como escuchas también el sonido de la puerta corredera de una furgoneta, y se te pone la carne de gallina imaginando una lengua entrando con violencia en su oído, una saliva amargamente dulce en su boca, imaginando cómo la penetran con violencia por todos sus agujeros, hasta herirle algo más profundo que el cuerpo... Imaginando sus muslos abiertos a la fuerza, sus ojos cerrados más fuerte aún, sin resistirse por miedo a que le hagan más daño, suplicando en silencio, «Ya, ya, terminad ya». Escuchas su humillación como si fuese un sonido. La hueles como si fuese un olor.

Y, de repente, has oído un ladrido.

Y has apartado el texto bruscamente.

No puedes seguir leyendo. Has sentido un dolor conocido. Algo se ha movido bajo tus pies. Y te das cuenta de que es un dolor propio que, por primera vez, has visto reflejado en esa mujer. No como en la mujer de la que has intentado escribir hasta el momento, esa mujer que, cuando relees lo escrito, te parece un ser etéreo, blando, sin márgenes, como el agua o el aire.

No ocurre lo mismo en este texto. Hay un dolor de esa mujer que, de alguna manera, sientes como si fuera tuyo. Y, al mismo tiempo, a medida que te adentras en su dolor, te sientes culpable. Es una sensación contradictoria que no te permite colocarte en ningún sitio concreto, que te zarandea de un lado a otro, como una bandera al viento.

Leer el texto de Jasone, comprobar cómo te ha raspado, te ha ayudado a ver que hay una puerta de metacrilato entre tú y esa mujer de la que intentas escribir. Realmente, hay una puerta transparente, pero muy sólida, entre vosotros. No has sentido aún su dolor como lo has sentido leyendo el texto de Jasone. Y te ha recordado la puerta de la habitación de Libe que un día cerró y no se ha vuelto a abrir. ¿Sería posible abrirla de nuevo? ¿A estas alturas? La puerta de la habitación de tu hermana. Hubo una época en la que compartíais muchas cosas, pero algo os separó, y ahora te das cuenta de que, en el fondo, desde que se cerró esa puerta, no sabes muy bien quién es. Y presientes que necesitas descubrir la manera de volver a entrar en la habitación de tu hermana para conseguir entrar en la mente de la mujer sobre la que quieres escribir. Es la misma llave la que necesitas para abrir ambas puertas. Es la puerta tras la que quizá también vayas a descubrir en quién se ha convertido Jasone en los últimos años, sobre todo desde que las chicas se fueron de casa. Quién es esa Jasone que ya no te cuenta todo como antes. Esa Jasone, autora de unas terribles palabras que te han hecho temblar.

Te aterra pensar que ese dolor haya salido de su mente. Hace siglos que no escribe, lo dejó, nunca has sabido muy bien por qué. Al principio tuviste dudas sobre la autoría, pero ahora, tras avanzar en la lectura, has reconocido la voz de Jasone, aquella manera de escribir que ya no recordabas. Es una Jasone conocida pero extraña a la vez. Conocida en la forma, pero sorprendente en el contenido. No puedes dejar de preguntarte por qué ha escrito sobre una violación y cómo es posible que la describa como si realmente la hubiese sufrido. Quizá lo de Eider le afectó tanto como a ti, y lo de esa chica que apareció en el monte... Sea como sea, has sentido miedo, y no sabes muy bien de qué. Y eso te descoloca. Te descoloca sobre todo pensar que la voz de la mujer que habla en esa narración es la que estás buscando cada vez que te sientas a escribir. Es ella. La has encontrado por fin. El problema es que no la has encontrado en tu cabeza, sino en el cajón de las bragas de tu esposa.

Tienes el texto entre las manos, pero hay algo que te impide seguir leyendo. Hay algo en esas palabras escritas en primera persona que te desarma, que te devuelve a tus peores pesadillas, que te hace sentir de nuevo esa mezcla de miedo y de culpa que te destruye. El corazón te late como si acabaras de llegar a casa corriendo desde Olarizu. Y, de repente, vuelves a escuchar un ladrido a lo lejos, un ladrido que hace eco en todo tu cuerpo. Pero pronto te das cuenta de que no es un ladrido, es tu padre que te llama desde el comedor.

Has vuelto a guardar con urgencia la carpeta. Has salido al pasillo con la mirada perdida, impactado aún por las terribles imágenes que sabes que van a perseguirte.

Tu padre te llama de nuevo. Cómo te descoloca el miedo de tu padre. Cada vez que escuchas su voz, firme pero miedosa al mismo tiempo, sientes que algo cruje. Como si al suelo que pisas se le estuvieran abriendo grietas.

—¿Estás ahí? —te grita.

—Sí, tranquilo, aita, estoy aquí —le respondes, con la voz temblorosa, tragando saliva.

No vale para cazar

—No vale para cazar —le escuchaste decir a tu padre, enfadado.

Hablaba con tu tío mientras bajabais del monte, tras una jornada en la que te había abroncado por espantar a las palomas. Una mala mañana de caza en la que quería estrenar su nueva escopeta y no pudo. Una de esas mañanas en las que tu padre tiraba las botas al suelo de la cocina cuando llegabais a casa al mediodía. Uno de esos días en los que tu madre lo recogía todo sin decir nada y se pasaba la jornada sin hablar, sin hacer demasiado ruido.

Estabas a pocos metros, detrás, y lo escuchaste. Y sentiste un cartucho explotándose en tu estómago. Todavía te escuecen las heridas.

—Hay que sacrificarlo —oíste seguidamente, y solo entonces te diste cuenta de que hablaban de Mendi—. Vamos a sacrificarlo.

Acto seguido, tu padre se dio la vuelta y lanzó un silbido y un grito: «*Mendi, hona!*». No quisiste creer que pudiera ocurrir, pero, cuando tu padre estaba enfadado, cualquier cosa podía suceder.

Mendi apareció delante de tu padre y de tu tío, con aquella mota marrón que le cubría el ojo izquierdo. Atento, las orejas tiesas, la lengua fuera, esperando alguna orden. Como sorprendido por ser, por una vez, el elegido. Preparado. Entonces tu padre sacó la escopeta. Una escopeta nueva, que estrenaba ese mismo día. No había tenido suerte con las palomas, no había podido estrenarla como Dios manda. Mendi seguía mirándolo atento, la cola de un lado a otro, dispuesto a obedecer sus órdenes, a demostrarle que él también podía servir para cazar. Y en ese momento corriste hacia tu padre y le agarraste la escopeta con las dos manos.

—No.

—¿Lo quieres hacer tú? —te preguntó—. Toma, a ver si tienes más puntería que con las palomas.

—No, aita, por favor —le suplicaste.

—No vale para cazar... Hay que sacrificarlo. ¡Aitor! ¿Te atreves tú?

Solo una cosa podía ser peor que el hecho de que tu padre matara a Mendi. Que le pidiese a Aitor que lo hiciera y que este aceptara. Aitor cogió la escopeta de tu padre. La escopeta nueva,

casi sin estrenar. La cogió entre sus manos como quien coge un tesoro. Siempre le gustaron las armas. La acarició, la miró por todos los lados y, tras alzarla a la par de su hombro, apuntó.

—¿A la cabeza? —preguntó.

—Sí, a la cabeza —respondió tu padre.

Fue un disparo seco. Distinto. Un disparo sin eco. En lugar del eco se escuchó un gemido, un llanto animal que duró dos segundos.

Y se hizo el silencio.

Un silencio helado que os acompañó hasta casa y que te ha acompañado desde entonces cada vez que te has acercado a tu padre. No crujían las hojas a tu paso, eran tu estómago, tu corazón, eran tus pulmones pisoteados. Te recuerdas mirando a Aitor, desde atrás, bajando del monte. Aquella manera de bajar decidido, satisfecho, junto a tu padre, aquel tintineo de su llavero, colgado siempre de su pantalón... Lo odiaste con todas tus fuerzas. Hablaba con tu padre y tu tío como uno más. Tu padre y tu tío lo atendían como a un hombre más. Tú los seguías por detrás pensando en Mendi, en el único que te había acompañado hasta entonces.

Cuando Aitor se perdió en el monte, ya no teníais ningún perro. Tu padre vendió a Txo por no poder atenderlo.

—Si Txo estuviese aquí lo encontraríamos enseguida —te dijo tu padre, mientras buscabais en el monte. Tu padre sentía admiración por su perro, el mejor perro que había tenido nunca. Era hábil, valiente, fiel. El amor que mostraba por él no lo mostró nunca públicamente con nadie. A nadie le habló nunca como le hablaba a Txo.

—¿Has mirado bien por ahí? —te preguntó, señalando las cuevas.

A veces, cuando tu padre te mira, sientes que aún te está preguntando lo mismo. Todavía, cada vez que miras a tu padre, o que tu padre te mira a ti, sientes que está poniendo en cuestión si has mirado.

Recuerdas un mapa desplegado sobre la mesa de madera de la sociedad. Tu tío marcaba con un rotulador rojo las zonas en las que ya habían buscado a su hijo.

—Habrá que ampliar la zona...

—¿Y a qué ha salido al monte él solo? ¿Y tan tarde? —preguntó uno de los hombres.

Nadie respondió. Nadie sabía a qué había salido al monte. Imaginaste que alguien le habría retado a algo, alguna apuesta, quizá fuera a esconder algo, algún paquete como el que te dio a ti. Aitor no tenía miedo. Cuántas veces alabó tu padre el valor de tu primo. Siempre te pareció que Aitor hacía locuras muchas veces, solo para demostrar su valentía, solo para no defraudar. Nunca has entendido por qué entre los hombres se valora tanto hacer locuras. Cuando aún eras un niño, recuerdas que tu primo saltó del segundo piso del colegio y se rompió el brazo. Cuando volvió a clase con el brazo escayolado lo recibieron como a un héroe. Todo el mundo quería firmarle la escayola. Y ya de adolescente, lo recuerdas haciendo pintadas de *Gora ETA* por el pueblo y dejándose rastros de pintura en las manos para que los demás supieran que había sido él. El chico de las manos manchadas de pintura era considerado también un héroe.

Recuerdas a tu padre mirando el mapa desplegado en la mesa. Con la mirada congelada. Cuando vas a casa a buscarlo te lo encuentras muchas veces así. Mirando la televisión con la mirada congelada. Tu padre, en algún momento, quizá después de la época de las huelgas en la fábrica, eligió el silencio. Y sigue en silencio, como si siguiera escondido entre las zarzas con la escopeta en la mano. Y a ti siempre te ha dado miedo romper el silencio de tu padre. Siempre has sentido que ese silencio contiene la esencia de tu relación con él.

La noticia llegó por teléfono, otra vez. Habían pasado ya dos días de búsqueda. Llegó a última hora, cuando ya tu padre y tú habíais vuelto a casa tras pasar la jornada buscando en el monte. Lo encontraron. Lo encontró un grupo que decidió revisar una de las zonas ya inspeccionadas. Se encontraba en la entrada de una cueva, con la pierna rota y sin conocimiento. Lo llevaron muy grave al hospital, pero con vida.

Tu padre apretaba el auricular igual que el día en el que le anunciaron su desaparición.

—¿Y dónde dices? ¿Estás seguro?

Lo encontraron en la entrada de una cueva, gracias a que avistaron una cadena con sus llaves unos metros antes, enganchada en un arbusto, cerca de un terraplén. Debió de caer por el terraplén, romperse la pierna y, al ver que se hacía de noche, se debió de arrastrar hasta la entrada de la cueva, donde finalmente perdió el conocimiento. Lo ingresaron en coma.

Cuando tu padre colgó el teléfono, te miró. Y a ti aquella mirada se te hizo familiar. No te dijo nada. Solo que lo habían encontrado. Pero aquella mirada estaba cargada de perdigones, de plomo. Aquella mirada te estaba diciendo que habían encontrado a Aitor en la zona de las cuevas que supuestamente tú habías inspeccionado dos días antes.

Te pareció, por un momento, escuchar el tintineo del llavero de Aitor de fondo, como un macabro repicar de campanas que anuncia un funeral.

Aquella mirada era la misma que tenía tu padre cuando decidió sacrificar a Mendi.

—No vale para cazar —recuerdas que le dijo a tu tío—. Habrá que sacrificarlo.

Una mujer desconocida

—He estado hoy con tu editor —te ha lanzado Jasone, sin mirarte a la cara, de repente, como quien tira una piedra y no quiere ver dónde cae, mientras mete en la nevera los yogures que ha comprado en el supermercado.

Desde que sabes que te oculta algo, ese texto del que no te comenta nada, la miras con más atención. Y empiezas a adivinar gestos extraños, como el de ahora mismo. Jasone hablándote sin mirarte a la cara, cuando hasta ahora siempre ha buscado tu mirada, como queriendo confirmar que estás escuchándola y no pensando en la obra que has dejado en tu estudio.

—Y ¿qué dice tu amigo?

—Me ha preguntado por tu salud, te debió de notar algo flojo la última vez que hablasteis por teléfono.

—¿Ahora es también mi médico...?

Cada vez que te dice que ha estado con Jauregi sientes un pinchazo en el estómago. Alguna vez has pensado que los celos que se te encienden cuando tu mujer te habla de Jauregi es lo único que queda vivo en vuestra relación. Siempre que hablas con Jauregi, se despide con recuerdos para Jasone. Y estás harto. Tú solo quieres una relación de editor-escritor con él, una relación profesional. Pero se cuela por las rendijas de tus conversaciones tu vida personal. Vives en un país demasiado pequeño.

—Me ha dicho que te cuide... Y me ha cantado *Zaindu maite duzun hori*, ya sabes.

—Sí, ya sé, *Jauregi style*... ¿Ha ido a la biblioteca? No sabía que tenía una presentación.

—No, he ido yo a su despacho.

Te has quedado sin saber qué decir. Te ha parecido tan extraño que Jasone vaya a la editorial... Desde que empezaste a publicar con Jauregi, nunca ha querido ir allí. Como si fuera un espacio prohibido para ella. Jasone no te ha dado tiempo a decir nada. Y, de repente, te has fijado en tu mujer y te ha parecido que está más guapa que nunca, más preparada para gustar. Como si hubiese salido de un periodo de hibernación y estuviera recobrando el brillo de cuando era joven.

—Me hizo una propuesta hace ya tiempo... Para ayudarle con algunos textos. Y le he dicho que sí.

Tu mujer, de repente, te resulta una desconocida. Otra mujer. No la Jasone que lee junto a ti en

la cama, no la que habla con tus hijas por teléfono, no la que entra al baño mientras te limpias los dientes, se sienta en la taza y, con las bragas en las rodillas, te dice que faltan yogures. De repente ha aparecido ante ti otra Jasone, aquella con la que hablaste por primera vez al día siguiente de la detención de Libe y te pareció inalcanzable.

Apareció en casa de tus padres, con el pelo empapado por la lluvia.

—Soy su amiga Jasone, si puedo ayudar en algo... —les dijo a tus padres, en el comedor, mientras se secaba con la manga de la cazadora las gotas de agua que le resbalaban por la punta de la nariz.

Aunque sus gestos delataban timidez, te pareció una chica valiente. Había que tener valor para aparecer así en casa de los padres de tu amiga a la que acaban de detener, sin conocerlos de nada, sin saber nada sobre sus ideas políticas, sobre su opinión sobre la chapa de Amnistía que llevaba en la solapa. En aquel momento aquella chica te pareció inalcanzable.

Y, por un momento, al escuchar lo que acaba de decirte sobre trabajar ayudando a Jauregi, de repente, te ha parecido inalcanzable de nuevo. Y la has visto lejos, muy lejos de ti. Quizá trabaja desde hace tiempo con Jauregi, corrigiendo textos de otros autores, y no se ha atrevido a decirte nada hasta el momento. Quizá no ha dejado de trabajar con él desde la época de la universidad y tú ni te has enterado. Quizá hagan algo más que trabajar juntos.

—¿Te parece mal? —te ha preguntado.

—¿Y por qué tú? ¿No tiene más gente que pueda ayudarlo?

—Supongo que sí, pero quiere que sea yo. De todas formas, le he dicho que para mí tus textos son prioridad.

—¿Habéis hablado de mí? ¿En serio? —le has dicho, alzando la voz, sintiendo que algo te arde en el estómago.

—No te pongas así, no es ningún secreto. Jauregi ya sabe que me pasas los textos antes de dárselos a él.

Lo has encajado fatal. Imaginar a Jauregi y Jasone hablando de tus textos te ha sentado peor que saber que tu mujer pueda estar corrigiendo los textos de otros escritores o que va a volver a recuperar con Jauregi la relación que tuvieron en la universidad. O que incluso haya comenzado a escribir sin decirte nada. Aunque no es un secreto que ella revisa y corrige todos tus textos antes de mandárselos a Jauregi, nunca habéis hablado explícitamente de ello con él. Y ahora los imaginas a los dos juntos sacando fallos a tus textos, llenándoseles la boca de las palabras que tanto les gustan a los dos, el subtexto, las elipsis, el volumen de los personajes... Hablando de ti en tu ausencia. Hablando de tu incapacidad y de la manera en la que se podría disimular que eres un intruso en su mundo, que siempre lo has sido.

Quizá es eso lo que le ha dado energía a tu mujer en los últimos tiempos. Hablar con Jauregi a escondidas, imaginarse trabajando con él. Quizá por eso parece haber renacido, por eso se ha cortado el flequillo otra vez como en la época de la universidad, por eso pasa tantas horas fuera de casa. ¿Tomando café con Jauregi? Quizá por eso ha desistido ya contigo en la cama. Hubo un

despertar de su cuerpo, hace aproximadamente un año; volvió a intentar encender de nuevo la llama entre vuestros cuerpos, pero tú solo podías ofrecerle unos movimientos gimnásticos, como mucho, no llegabas a su nivel. Tu mujer no se daba cuenta de que en ese momento tú no eras un hombre, sino un escritor obsesionado con una novela, un escritor paralizado por el miedo al fracaso. Y, finalmente, Jasone desistió, ya ni siquiera lo intenta. Quizá lo busque ahora fuera de casa, con Jauregi. Quizá sea esa la razón de ese brillo en los ojos que no veías hace tanto tiempo.

—¿Y por qué no me has preguntado antes nada a mí? —le has dicho, alzando la voz, enfadado—. Tenías que habérmelo preguntado a mí antes.

—¿Me lo dices en serio? ¿Me estás diciendo que tengo que pedirte permiso?

No le has contestado. Y por la manera en que te ha mirado durante unos segundos a los ojos, esperando una respuesta, presientes que tu silencio ha caído sobre ella como una manta vieja llena de polvo. Y al ver que no le respondes, se ha levantado de la mesa, ha salido de la cocina y ha entrado al baño dando un sonoro portazo. No entiendes por qué se tiene que enfadar. No le has dicho nada como para que se enfade. No entiendes a las mujeres. Cómo vas a meterte en su piel, aunque sea en la ficción. Desconoces demasiadas cosas de las mujeres. Todas esconden algo bajo la manga que nunca muestran, una doblez que es invisible a los ojos de los hombres. Llevas casi treinta años viviendo con Jasone y, de repente, tienes la sensación de que no sabes quién es.

Te has quedado solo en la mesa, haciendo pelotas con las migas de pan que había sobre el mantel. Intentas así imaginar la dimensión de la pelota que cada vez sientes más grande en la cabeza.

JASONE

El difícil equilibrio del miedo

El enfado, la rabia pueden transformar muchas cosas. Pueden hacernos pasar de las palabras a los hechos. Pueden darnos el último empujón. Pueden disimular nuestro miedo, ocultarlo durante un tiempo. Es lo que me ocurrió tras enfadarme tanto con Ismael por su reacción a la noticia de que había decidido colaborar con Jauregi. Una reacción egoísta cuya gravedad quizá un año antes no hubiese detectado. Y sentí que la rabia que me produjo su reacción me quitaba una capa de encima, una capa de miedo que me había acompañado siempre.

Un miedo que se acrecentó cuando mis hijas salieron de casa y me quedé sola. Cuando se fueron, toda mi obsesión fue cubrir el hueco físico que había quedado en la casa. Tenía que reinventarme sus habitaciones, no podía dejarlas como las habían dejado ellas. El oso de peluche de la cama de Maialen, por ejemplo, necesitaba que desapareciera de aquel decorado, porque me parecía que me preguntaba continuamente por ella. O quizá era yo la que le preguntaba: «¿Qué tal andará? ¿Tú tampoco sabes nada?». Quizá por eso me apresuré en el cambio de casa. Necesitaba borrar aquel escenario en el que fuimos una familia, en el que fueron mis niñas, y que ahora se había convertido en el escenario posterior a la explosión de una bomba nuclear, con un silencio sepulcral y un marido metido en un búnker durante todo el día.

Cuando empezamos con el traslado, les preguntaba a menudo por teléfono si podía tirar esto o lo otro.

—No, ama, esa chupa ni se te ocurra tirarla —me decía Eider, como si la ropa que utilizó en una época guardara algo de ella, guardara su esencia, y tirándola pudiera desaparecer.

Mi historia está regida por el miedo. La esencia de mi hija pequeña, sin embargo, la que quizá se esconde en aquella chupa que quise tirar, no tiene miedo. Me recuerda a su tía Libe. Libe también tenía una chupa parecida, aquella que trajo de Londres y que, en efecto, guardaba su esencia. Libe también era así.

Mi hija me dijo que se iba a Turquía con una amiga y, en ese momento, al verla así, tan libre, sin miedo, me alegré, pero, al mismo tiempo, tuve que morderme la lengua para no pasarle mi miedo, el que he vivido siempre, el que hemos vivido siempre. Nunca he sabido muy bien cómo acertar, porque sé que un poco de miedo puede protegerla, pero también paralizarla. Qué difícil equilibrio el del miedo.

Me mordí la lengua como me la he mordido muchas veces cuando salían de noche. Pero nunca he sabido si hacía bien. He tenido siempre muchas dudas. Quizá mis dudas no hubiesen sido las mismas si en lugar de dos hijas hubiese tenido dos hijos.

—Los míos por lo menos son chicos —me dijo una vez una madre del colegio, cuando llegaron a la edad en que empezaban a salir. Como si yo tuviera que sufrir una doble condena por tener hijas. Me quedé con ganas de contestarle que mueren más hombres que mujeres por sobredosis de droga o por accidentes de coche, pero no quise deshacer su ilusión.

Aun así, sé de lo que me hablaba. Me hablaba de ese mismo miedo que sentimos Ismael y yo al saber que Eider se va a Turquía con una amiga, las dos solas. Esa necesidad que sentimos de protegerla. Ese mismo terror que sentimos aquella mañana de sanfermines. Ese miedo a los hombres, a que les hagan algo.

Me recuerda a Libe de joven, con esa chupa que ha llevado tantos años. Aquella chupa que trajo de Londres y no se quitaba. Recuerdo a las dos en una foto frente al Gaztetxe, Libe con su chupa de cuero, yo con un jersey de lana largo. Está sacando el dedo corazón y la lengua a la vez, mirando a la cámara. Yo la miro a ella. Como he hecho siempre.

—¿De verdad que te gusta mi hermano?

Recuerdo su voz burlona, y sus risas, cuando le dije que su hermano no estaba mal.

—¿Por qué te ríes? ¿Es que no me puede gustar?

—No sé, es como de otro rollo... ¿En serio te ha dicho que escribe?

Cuando Ismael se acercó a nosotros con la excusa de mostrarnos sus cuentos, aunque no pertenecía a nuestro ambiente, me pareció que aquel chico no estaba mal, como le dije a Libe, y me atrajo sobre todo sentir que yo le gustaba. Desde la distancia, me doy cuenta de que lo que más me acabó atrayendo de él era, además de saber que yo le gustaba, que no tenía nada que ver con el ambiente político que cada vez se estrechaba más a mi alrededor y en el que estaban implicados todos mis amigos de la universidad.

La detención de Libe supuso un antes y un después en mi miedo. A partir de ahí, todo lo que sonaba a lucha política comenzó a aterrorizarme. Y justo en ese momento Jauregi me ofreció que lo acompañara en la creación de una nueva editorial, pero hasta eso me pareció peligroso. Me gustaría contar contigo, me dijo, pero el miedo fue superior incluso a la atracción que sentía por él. No hay nada más potente que el miedo. Es superior al amor. Jauregi estaba muy involucrado en aquel ambiente político que había provocado la huida de Libe. Se encargaba de llevar a la imprenta todos los panfletos políticos, escribía los comunicados de la asamblea estudiantil... Montar una editorial con Jauregi suponía también entrar de lleno en aquel mundo peligroso.

Me vi sola sin Libe y sentí que tenía que escapar como fuera de aquel ambiente. Sin Libe, sentí miedo y ganas de decirles a todos que yo no tenía nada que ver con aquel mundo. Yo no tenía nada que ver, ni tenía ningún parentesco con los que me miraban desde aquellos carteles de los presos pegados en las paredes de los bares y de las calles. Mi miedo me decía que yo pertenecía a otro equipo, que mi lucha era otra. Deseé volver a ser Asunción, la niña que hacía las compras con su

madre en el economato de un barrio obrero; deseé recuperar las palabras *yayo, yaya, niña*. Mis verdaderas banderas eran los buzos que colgaban en el balcón de casa, los de mi padre y mi tío. Por un momento deseé haber nacido en Toro, lejos de aquella guerra, haber vivido allí toda la vida. Podía demostrar que no había hecho nada, que había tenido siempre las manos bien atadas como la chica de la colchoneta de mi sueño.

El miedo fue superior a todo. Rechacé la oferta de Jauregi. A pesar de que deseaba hacerlo. A pesar de que lo deseaba a él.

Ismael supuso un territorio de paz, alguien que no tenía nada que ver con aquella guerra, a pesar de que hubiesen detenido a su hermana. No llevaba pegatinas incendiarias ni reivindicativas en su carpeta, sino fotos de Essie Hollis recortadas del periódico. Nunca se acercó a ningún ambiente político, en buena medida, por el mandato de su padre, «Nunca te metas en líos», el mismo mandato que siguió su padre en la fábrica cuando decidió no hacer huelga a pesar de que media plantilla la hiciera. No te metas en líos, decía siempre.

Ismael siempre tuvo miedo de meterse en ese mundo. Y su miedo me dio seguridad. Que Ismael no llevara en su carpeta pegatinas que reclamaban libertad me dio libertad a mí. Y así, me alejé de aquel ambiente, me alejé de Jauregi, rechacé la oferta de llevar la editorial con él, lo rechacé a él, la posibilidad de estar juntos en algo, aunque lo deseara. Y dejé que una noche Ismael me llevara a casa en el *cuatrolatas* que se había comprado, y que allí, al despedirnos, me tomara la mano. Recuerdo que nuestras manos se estuvieron rozando, reconociéndose durante un rato en la atmósfera cerrada de aquel coche, como si tuvieran vida propia. Lo recuerdo con una intensidad que aún me sorprende. Los dos, callados, mirando el movimiento de nuestras manos, los dedos como lazos que se entrelazan suavemente. Ismael no me provocaba la inseguridad que sentía ante Jauregi. No tenía la obligación de demostrarle nada. Simplemente me valía con ser. Sentí que aquello tenía algo que ver con ser libre. Pero aquello a lo que llamé libertad durante mucho tiempo quizá no fue sino un corralito seguro que mi miedo construyó en torno a aquel chico. La protección y la seguridad se venden caras.

Lo vi más claro que nunca, aunque bien tarde, después de aquel berrinche, de aquella reacción que tuvo por no haberle consultado antes de tomar la decisión sobre colaborar con Jauregi. Su enfado fue revelador. Hizo patente que las decisiones de los últimos años las había tomado siempre desde un territorio acotado, con límites. Siempre bajo su aceptación. Rechacé montar la editorial junto a Jauregi, cuando era algo que realmente deseaba; después dejé de escribir y me dediqué durante años a crear un territorio propicio para que él escribiera, incluyendo mis aportaciones a sus textos. Y todas esas limitaciones que me he ido poniendo a mí misma, bajo el espejismo de una libertad ficticia, explotaron por fin en la violación, en la descripción de mi violación imaginaria, en el grito que supone la novela que escribí y por la que me he dado cuenta de que he guardado una violación bajo mi piel durante muchos años.

Que Ismael se enfadara conmigo por aceptar el encargo de Jauregi me irritó tanto, que la rabia convirtió el miedo en fuerza. Así, al día siguiente me presenté en la editorial con la novela en mis

manos temblorosas, dispuestísima a entregársela a Jauregi. Sentí en aquel momento que iba a quemar en una hoguera todos los miedos que había sentido en mi vida, todos los complejos, todas las limitaciones. El enfado pudo con ellos, los transformó en acción. Entré temblorosa, pero decidida y consciente de lo que hacía.

La historia siempre acaba repitiéndose, aunque sea en diferentes escenarios y épocas. Llegué a la editorial tan nerviosa como aquel día en el que decidí entregarle a Jauregi en la cafetería de la universidad un cuento mío para que lo leyera. En aquella ocasión le dejé el cuento sobre la mesa y, sin saber qué decir, salí corriendo. Esta vez no iba a ser muy diferente. Y me pregunto qué es lo que me provocó en ambos casos esa inseguridad, ese nerviosismo. Por encima de la necesidad de que aprobara lo que había escrito, para mí suponía una catástrofe pensar que aquello no le gustara, le pareciera de baja calidad, no cumpliera sus expectativas. Jauregi se convertía así en el juez que decidiría mi valor y pienso ahora que lo que me ha ocurrido siempre frente a Jauregi es precisamente lo que me ha ocurrido con los hombres en general, que he necesitado su aprobación para sentir que lo que yo hacía valía la pena, que he necesitado seducirlos de alguna manera (aunque no fuera sexualmente, pero seducirlos al fin y al cabo) para convencerme de que lo que hacía tenía algún valor, algún sentido. Su palabra, la de los hombres, siempre ha sido para mí la última palabra, aunque ahora me cueste reconocerlo. Los *no está mal* de Ismael seguramente también tuvieron que ver con que dejara de escribir durante tantos años.

Me vi por un momento desde lejos, diciéndome a mí misma durante toda la vida que lo que hacía *no estaba mal*, porque no aceptaba decirme a mí misma que hacía algo muy bien; me vi pasándome la vida con miedo a que me hicieran una pregunta que no sabía contestar; me vi sintiéndome una impostora, siempre creyendo que no sabía lo suficiente para estar en el lugar o el puesto que ocupaba; me vi pidiendo perdón por sobresalir en algo, dando las gracias a todo el mundo, quitándome importancia. Pensé que quizá había llegado el momento de hacer frente a todo eso y mostrarme realmente con mi novela ante Jauregi diciéndole que, en mi opinión, era una buena novela.

Pensé en mandársela por correo, pero necesitaba ver su cara al entregársela. Así que llegué a la editorial y entré en el despacho de Jauregi decidida, aunque temblando como una colegiala.

—Qué alegría verte —me dijo, y seguramente añadió algún piropo de los suyos, pero mis nervios del momento impidieron que lo retuviera en la memoria.

—Toma, me gustaría saber qué te parece —le dije, y dejé el manuscrito sobre su mesa.

—No sabes qué alegría me das. Qué sorpresa, Jase. —Y al decirme aquello, me miró con unos ojos que decían tú y yo lo sabíamos, sabíamos que iba a llegar este momento en el que por fin confesaras que sigues escribiendo y yo me muero por leer lo que escribes, será como leer tu corazón—. Estoy deseando ponerme a leer.

—No le digas nada a Ismael, por favor —acerté a decir, y salí de allí corriendo, otra vez, como en la facultad.

Oí que Jauregi me llamaba, pero no miré hacia atrás y bajé las escaleras.

Pasé unos días sin poder dormir, esperando su respuesta. A veces pensaba que iba a llamarme entusiasmado, pero cuanto más tardaba en llamar, mis predicciones eran más pesimistas, hasta el punto de llegar a arrepentirme por haberle entregado la novela, por haber compartido con él mi secreto, por haberme quedado ante él tan desnuda.

LIBE

Qué haces aquí

Tu hermano se ha quedado sin habla, sorprendido, cuando le has dicho por teléfono que acabas de llegar. Sabes que se alegra mucho, sobre todo porque que tú estés aquí le va a aligerar la carga. Habéis quedado en veros al día siguiente por la mañana en casa de tus padres y le has pedido el número de habitación de tu madre, visitarla es lo primero que quieres hacer.

Al entrar en la habitación del hospital, te ha impactado verla así. Hacía casi un año que no la veías, aunque en este tiempo hayáis hablado mucho, pero te ha parecido que ha envejecido diez años por lo menos. Cuando has entrado estaba con la cabeza gacha comiendo un puré y, nada más verte, ha dejado la cuchara en el bol, ha retirado la bandeja de delante y se ha quedado mirándote en silencio. Siempre te decía que había que acercar la cuchara a la boca y no la boca a la cuchara. No acierta a pronunciar ninguna palabra.

—¿Qué haces aquí?

Es lo único que le ha salido después de unos segundos, no ha llegado ni a entonar la pregunta, y tú has sonreído y le has dicho:

—Ya ves.

Como si con eso ella entendiera lo del cinturón imaginario, lo de las viejas leyes, lo de la lucha en el ring que te lleva rondando la cabeza todo el viaje. Lo de tu sentimiento de culpa por no estar cuidando a tus padres.

—Sigue comiendo, anda.

—No tengo hambre.

Unos segundos de silencio y ya te has arrepentido. De repente, estás arrepentida por haberlo dejado todo allí y haberte venido corriendo. ¿Para qué has venido si no sabes ni siquiera qué decir? Y te sientes culpable por arrepentirte, y te sientes culpable por todo, como te ha ocurrido siempre frente a tu madre.

—Vendrán a recoger esto ahora, ¿no? —has preguntado, señalando la bandeja.

No aciertas. Tus palabras parecen sacadas de un catálogo. Deberías abrazarla, es lo que hacen las hijas que no ven a su madre en un año, más si han tenido un accidente y se han roto la cadera, pero tú solo has acertado a darle un beso, un beso de cortesía, y ni siquiera le has cogido la mano, como hacen en las películas, ni le has tocado la frente, ni has buscado en sus pertenencias a ver si

encuentras un peine, porque necesita que alguien le arregle el pelo. Todo lo que se te ha ocurrido es preguntarle por la bandeja que tiene enfrente.

—Vendrán a recoger esto ahora, ¿no?

Te ha preguntado por el viaje, no te ha preguntado por Kristin, nunca te pregunta por ella, siempre eres tú la que le cuenta algo de ella y cuando lo haces, se interesa, quiere saber quién es esa mujer con quien compartes tu vida, pero no quiere preguntar. Tú lo sabes, y por eso le cuentas cosas de Kristin sin que te pregunte, quieres que tu madre se la imagine, que la conozca, que se quede tranquila. Aunque cada vez que Kristin te dice que le gustaría conocerla, mueves la cabeza de un lado a otro: no, no, mejor no.

Y, de repente, te ha parecido que la cercanía con la que habláis por teléfono cuando estás en Berlín ha desaparecido, y que una frente a la otra volvéis a ser esa madre y esa hija que erais, esa hija que daba portazos, esa madre que pasaba la aspiradora por la mañana en el pasillo, justo en la puerta de tu habitación, cuando habías llegado a casa casi de día. Que subía las persianas con energía, como si estuviera arrancando una rotaflex. Qué lejos está tu madre de nuevo. Bajo su piel se esconde el silencio de vuestra casa, lo tiene metido en las venas, como por una vía.

El silencio de tu casa. Un silencio largo, un silencio tan fino que se ha colado por las rendijas de las puertas, por las ventanas entreabiertas, por los agujeros del fregadero, hasta inundar la casa como un gas lacrimógeno. Un silencio afilado, peligrosamente doméstico. Los silencios de las familias son como el cemento, o se rectifican a tiempo o van endureciéndose hasta convertirse en algo sólido y resulta inamovible lo que un día pudo haberse retirado con facilidad. Por eso ahora estás tan rígida frente a tu madre.

Volverás a esa casa en cuanto salgas del hospital. Te imaginas ya llegando a casa, frente al portal, llamando al portero, al sexto derecha, y te ves como la niña que vuelve de las colonias con la bolsa de ropa sucia. Has recordado el olor de tu casa. Tu madre ponía jabones Heno de Pravia en muchos de los armarios, también en el del recibidor. Lo hueles en tu memoria. Recuerdas el recibidor. Un espejo con marco de color oro, una mesilla de mármol, un tapete de ganchillo, y sobre el tapete las figuras de porcelana a las que tu madre ha quitado el polvo durante años: el niño con la caña de pescar, la niña sentada a su lado mirando el cielo y el cisne, que sorprendentemente sigue manteniendo con los años el cuello tieso. A su lado, el cenicero de cristal en el que muchas tardes tu padre dejaba las monedas al llegar del *txikiteo*.

En el comedor, tras la cristalera del armario hay una botella de JB y otra de Karpy. Siempre han estado allí, seguramente seguirán estando. Tu madre solo las sacaba en Navidad y volvían luego al armario, como se sacan los santos a la calle en Semana Santa. Esas botellas, desde el mirador en el que se esconden, han sido testigos de tu vida. Junto a las botellas, tu madre guarda una lata de galletas de mantequilla. Pero dentro no hay galletas. Es la lata en la que ha guardado siempre los botones. No recuerdas haber comido esas galletas nunca. Tu madre hacía dobladillos a los pantalones, cosía botones, cremalleras... Viéndola ahora ahí, en la cama del hospital, sin acertar qué palabra decir, has pensado que también decidió un día coserse la boca. La recuerdas

en una época metiendo en esa lata cien pesetas al mes, del sueldo de tu padre, para ahorrar y poder comprarse finalmente aquel abrigo de imitación al visón con el que ir los domingos a misa.

—¿Has estado ya con aita? —te pregunta.

—No.

—Pues vete, vete. No lo dejéis solo.

No hagáis esto, que aita se enfada; no hagáis lo otro, que a aita no le gusta; no chilléis, que molestáis a aita. Tu madre, siempre pendiente de que su marido no se enfadara, no perdiera la paciencia, no se fumara diez Ducados frente al televisor después de cenar, preocupado por los problemas en la fábrica... Siempre intentando que la fiera no explotara. Vete, vete, no lo dejéis solo, te pide ahora. Y compruebas que en el fondo lo que te dice no es algo tan nuevo. Pero hasta hoy, hasta ver a tu madre sin su máscara, no te has dado cuenta de esa tensión, de ese miedo. Del miedo que ha sentido siempre a que tu padre se disgustara por algo, a que le echara en cara que esto o lo otro pasaba por su culpa. Tu marcha al extranjero también, seguro. Te imaginas a tu padre haciéndola culpable también de tu marcha. «Siempre le has dejado hacer lo que quiere y, claro...»

Antes de irte a Berlín tu madre siguió insistiendo, intentando que no te marcharas.

—No te vayas.

—Tengo que irme, ama.

—Hazlo aunque sea por mí —te insistió.

Unas palabras que, conociéndola, le costó mucho vocalizar. Unas palabras que salieron de sus labios hilvanados. Pero te fuiste. Y hoy vuelves con la espalda cargada de culpa. Viéndola ahí, en la cama, desarmada, sin su disfraz de mujer que puede con todo, sientes que le has fallado toda tu vida. Que te pidió ayuda, que necesitaba que no la dejaras sola, pero que tú no la escuchaste. Había demasiado ruido en tu cabeza como para escuchar algo.

Recuerdas el corcho de la pared de tu habitación. ¿Estarán todavía allí pinchados sobre el corcho, como estaban la última vez, las entradas de los conciertos (Toy Dolls, Jingo de Lunch, Bap!...), las pegatinas (*Martxa eta borroka*, *Presoak kalera*)...? Cuánto ruido. Cuánto ruido había en tu cabeza. ¿Cómo ibas a escuchar a tu madre así? ¿Cómo ibas a darte cuenta de que necesitaba tu ayuda? ¿De que no podías dejarla sola en aquella cárcel del sexto derecha?

ISMAEL

Me da miedo aita

Libe te ha abierto la puerta en zapatillas de casa, como si llevase toda la vida viviendo allí. Como si nunca hubiese salido de la casa de vuestros padres. Te ha dado dos besos, «Qué pasa, *brother*», y un golpe en la espalda, y habéis seguido hablando por el pasillo sin atreveros a miraros a los ojos durante muchos segundos, como si algún peligro acechara ahí dentro. Tu padre aún está en la habitación, Nancy está ayudándole a levantarse. Hoy le toca ducharse y desde que no está tu madre solo permite que le ayudes tú. No quiere que otra mujer que no sea su esposa lo vea desnudo, ni siquiera su hija. Sentiste ayer una especie de orgullo cuando Libe te dijo que no quería que lo ayudara ella, que quería que vinieses tú. Sentiste una atracción por él desconocida hasta el momento. Es la primera vez que te has sentido elegido por tu padre.

Y esta mañana has venido a ayudarle a ducharse y a saludar a Libe.

—¿Quieres un café?

Os habéis sentado alrededor de la mesa de la cocina, como cuando de pequeños os sentabais a desayunar. Pero ahora no está vuestra madre omnipresente, calentando la leche, tostando pan. Ahora es Libe la que te sirve el café, una Libe extrañamente doméstica. En los últimos años, ha traído ese halo del que viene de fuera y no se va a quedar mucho tiempo, ese aire de visitante. Como esas maletas a las que no se les quita las pegatinas de los aeropuertos. Hoy, viéndola ahí, sirviéndote el café de la cafetera italiana, la has visto como una ama de su casa, como la anfitriona de casa de tus padres.

—¿Cómo lo llevas?

—Ahora mejor, que has venido.

—Espero que te liberes un poco y puedas tener más tiempo para escribir. ¿Qué tal va eso?

—Mal.

—¿En serio? Me gustaría poder ayudarte...

Te sorprendes de tu propia sinceridad. No eres capaz de ser tan sincero con nadie. Pero sentado ahí en ese escenario tan familiar con tu hermana, te has sentido de repente el hermano pequeño que pide ayuda a su hermana mayor porque no puede abrir una lata o porque tiene dificultades con los deberes. Tu hermana mayor. De repente, convertida en una segunda madre.

Hay una especie de liberación en confesarle a tu hermana que estás desesperado. Ese secreto

que tanto te corroe sale durante unos segundos al aire, sale de tu estómago, donde te está generando un cáncer, seguro, y es un momento de alivio.

—Tenemos que ver qué hacer cuando le den el alta a ama.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—No sé, pero si vuelve a casa, con aita, no sé... Siento que no va a descansar. Me da miedo dejarla sola con él.

Por un momento has intuido en la mirada de tu hermana la misma sospecha que te atormenta y no has querido aceptar en ningún momento. La idea de que tu padre no ha tratado bien a tu madre y que seguirá maltratándola, a su manera, hasta que muera. Y no te ha parecido justo ese juicio sumarísimo a tu padre, no te ha parecido justo ponerle esa etiqueta. Tu padre es un hombre bueno. Es un hombre bueno, ¿no? Se ha pasado la vida trabajando para vosotros. Os ha querido, a su manera, sin poder expresarlo, pero ha estado preocupado por vosotros siempre, y a tu madre... la ha tratado simplemente como han tratado los padres a las madres toda la vida. Ni mejor ni peor que los demás.

—Me da miedo aita. Más ahora, teniendo la cabeza como la tiene —te ha confesado Libe.

—No es justo, Libe. No digas eso. No es un maltratador.

—No he dicho eso... Pero no tratar bien es maltratar, Isma.

—¿Me estás hablando en serio? Aita sería incapaz de ponerle la mano encima.

—Estoy de acuerdo...

—¿Entonces?

Te asustan las ganas de revancha de tu hermana. No tenéis derecho a juzgar la relación de vuestros padres. ¿Cómo medir algo del pasado con ojos del presente? ¿Qué derecho tenéis? A veces no soportas esa palabrería que utiliza Jasone: la guerra, los malos tratos, el patriarcado... Como si todo lo malo del mundo estuviese maquinado por los hombres. Vuestro padre pasó algunas rachas muy malas, sobre todo en la época de las huelgas en la fábrica. Fumaba más que nunca ante el televisor. Seguramente más de una vez perdió los nervios y no trató a tu madre con respeto. Pero... es tu padre. Es el hombre que aparece en la foto del salón casándose enamorado de tu madre.

—Son muchas cosas que se van acumulando con los años... —te ha contestado Libe—. Cosas pequeñas pero en el fondo graves. Como lo del abrigo. ¿Te acuerdas? Igual ni te enteraste, eras demasiado pequeño. Creo que ha sido uno de los únicos momentos en los que ama no pudo disimular su dolor ante nosotros. Llevaba casi dos años metiendo cien pesetas al mes en la lata de los botones para comprarse un abrigo. De cada sueldo de aita, le pidió poder meter cien pesetas... Había elegido el modelo, lo tenía ya hablado con la tienda... Un día, cuando ya casi había reunido el dinero suficiente, aita abrió la lata, sacó el dinero y se compró con él una escopeta nueva.

Mientras escuchas a Libe te invade la imagen de tu madre llorando sentada en la cama de matrimonio. La manera de saltar de la cama cuando te vio aparecer allí.

—Ama no se quejó —continúa tu hermana—. Un día le pregunté por el dinero y por el abrigo y

me dijo que el dinero lo había ganado él y que estaba en su derecho. Lo dijo con palabras que salían por su boca, pero sus ojos no decían lo mismo. ¿Sabes? Me resultó insoportable su mirada. Creo que ese día empecé a pensar que tenía que marcharme de casa. No soportaba ser cómplice de aquello.

Tu hermana ha seguido hablando de tu madre y aparece cada vez con más claridad su sentimiento de culpa. Te dice que vuestra madre se encontraba muy sola lejos de su pueblo, de sus amistades, aislada, vulnerable. Que por lo menos en Eibar tenía a su hermana, a sus amigas... Pero que en Vitoria... Te ha recordado que intentó apuntarse a un club de costura, para hacer amigas, pero que vuestro padre le dijo que no.

—Le dijo que ella ya sabía coser, y muy bien, y que no necesitaba apuntarse a nada.

Te ha dicho después, con ese tono cansino de maestra que utiliza cuando habla de los derechos de las mujeres, que aislar a las mujeres es una manera de debilitarlas, prohibiéndoles salir con las amigas o enseñándoles que su relación tiene que ser siempre conflictiva. Te ha dicho que son maneras de dejar solas a las mujeres, indefensas.

No puedes quitarte la imagen de tu madre, sentada en la cama de matrimonio, llorando, con la lata de los botones abierta a su lado y, de repente, una terrible imagen te ha invadido la imaginación. Te parece ver a tu padre apoyando la culata de su escopeta nueva a la altura del hombro y apuntando a tu madre. Pum, pum. Ves a tu madre desplomándose en el suelo, desangrándose, los malditos perdigones expandiéndose por su cuerpo como espermatozoides malignos. Y te ves a ti mirando la escena sin hacer nada. De nuevo, como en la pesadilla que tanto te atormenta.

Has visto la sangre extendiéndose por el suelo de la habitación.

Has visto a tu madre fregando el suelo, en zigzag, limpiando los restos de sangre, como queriendo ocultar los rastros de su propio asesinato.

Mueves la cabeza de lado a lado para que la terrible imagen se borre de tu cabeza.

Y entonces ha aparecido tu padre, con Nancy. Te has levantado y has acompañado a tu padre a la ducha sin lograr quitarte las terribles imágenes de la cabeza. Mientras lo ayudas a desvestirse —apoyado en ti, saca primero una pierna del calzoncillo, luego la otra—, piensas en cómo es posible que veas en él al mismo tiempo al ogro y al niño miedoso en el que se ha convertido. Cuando lo ves temblando antes de entrar a la ducha, con miedo a resbalar; cuando lo ves así, tan débil, flácido, rendido..., piensas que en el fondo no es el hombre de hierro que siempre pareció ser, sino un ser humano que siente miedo. Un niño disfrazado de hombre.

Te duele la imagen de tu padre, desnudo, en el baño. Te duele que tu padre te vea viéndole así. Sientes que estás ante un edificio enorme que se derrumba. Te escuece por lo que ha sido tu padre para ti. Las paredes de su casa se desmoronan. Esos brazos, sin músculo. Es difícil creer que son los mismos que te alzaban al cuello, para llevarte en sus hombros cuando ibais a Deba, a la playa. Esa forma socarrona de reírse. Esa forma de reír, que era medio risa medio tos. Esas piernas no pueden ser las mismas que subían el monte como una cabra. Tu padre, con miedo a sacar el pie de

la ducha por si resbala; tu padre, con miedo a quedarse solo en casa. Tu padre, pidiendo ayuda, como un niño.

—No lo dejes solo, tiene miedo.

¿De qué tiene miedo?

En el monte, silbaba como los pastores para reunir a los perros.

Subía los montes como las cabras.

Y al recordarlo en el monte, desaparece de repente esa imagen vulnerable de tu padre y aparece el hombre que roba los billetes de cien pesetas de la lata de tu madre; que tira las botas de caza al suelo de la cocina llenándola de barro; que se sienta frente al televisor, con un Ducados entre los dedos, echándole en cara a tu madre que nunca ha aprendido a cocinar como Dios manda, que su madre sí, esa sí que sabía... «Que esos huevos fritos no valen ni para...» Y cierras los ojos con fuerza para no ver todas esas imágenes que te disgustan.

Le has pasado la esponja por la espalda, muy suave, sin atreverte a frotar, como si los lunares de tu padre fueran minas antipersona que pudieran explotar en cualquier momento. Hay algo ortopédico en el movimiento de tu mano, cada vez que lo ayudas a ducharse. No te atreves a pasar la esponja por los pliegues, ni entre las piernas. Pasas todo el rato de un lado al otro de la espalda, en zigzag, como fregaba la cocina tu madre. Pero no son baldosas lo que limpias, sino piel. Piel sensible que ha vivido demasiado tiempo bajo una armadura.

—Toma, aita —le has dado la esponja, para que se la pase él mismo entre las piernas, como ha hecho hasta ahora.

Entiende perfectamente que tú llegas hasta un límite, que, a partir de ahí, la cueva es demasiado oscura, demasiado desconocida, familiarmente desconocida. Por momentos te parece escuchar la voz de tu madre, omnipresente:

—Dale en la espalda con agua caliente, que le alivia el dolor.

Y, mientras tanto, hablas. Nunca has hablado tanto a tu padre como en las sesiones de la ducha. Te aterra el silencio en esa situación. Le dices algo sobre la temperatura del agua, sobre la silla de la ducha, si está bien colocada... No quieres que tu padre escuche cómo te cuesta tragar saliva. No quieres que escuche cómo se te cierra la garganta al ver esa piel marchita, ese pene mustio, arrugado.

Eres un explorador, descubriendo un nuevo mundo.

Tras la ducha, tu padre te ha pedido que le cortes las uñas de los pies. Y en ese momento te has dado cuenta de que nunca le has cortado las uñas a nadie que no seas tú, ni siquiera a tus hijas. Era Jasone la que siempre se encargaba de ello. E intentando cortar las uñas de los pies a tu padre eres consciente de que es realmente difícil cortar las uñas a alguien que no seas tú. No puedes cortarlas mirando de frente, sino de un lado. Has tenido miedo de cortarle la piel. Tienes esa misma sensación con la mujer sobre la que quieres escribir, la de no saber calcular si estás cortando demasiado o poco. Esa sensación de estar ladeado mientras escribes sobre ella, de no estar en el sitio que tienes que estar para ver de frente lo mismo que ve esa persona.

No has sentido que cortabas con seguridad hasta que has puesto la pierna de tu padre sobre las tuyas, como si fuera una tercera pierna. Y has pensado que quizá esa sea la clave. No puedes escribir sobre tu protagonista si no te sientas en la misma posición que está sentada ella. Hasta que no te sientes mirando hacia lo que ella ve; hasta que no sientas sus uñas como si fueran tuyas, no las cortarás bien.

Ver lo que ella ve.

En lugar de mirarla a ella, como has hecho hasta ahora, tienes que mirar a lo que ella ve. Eso es. Y qué ve. Ella ve al hombre que la agrede. Quizá es hora de mirar al hombre. De ver su cara. Aunque intuyas que vas a reconocerlo. Aunque sepas que ese hombre, maldita sea, va a tener la cara de tu padre.

Por Arconada

Recuerdas a tu padre en el salón, viendo el partido de la selección española. Ha entrado Libe, con una camiseta negra en la que se lee «Resiste». Libe se atrevía a preguntar a tu padre cosas que nadie más en la casa se atrevía:

—No querrás que gane España, ¿no?

Tu padre no sentía la obligación de dar explicaciones en casa a nadie, salvo a Libe.

La relación de Libe con tu padre. Una competición constante.

—Porque están los nuestros, si no... Por Arconada sobre todo... —le responde.

Te cruzas con tu hermana saliendo del salón, la oyes susurrar: «Putá España».

No solo se le ha torcido el labio

Desde que has visto la cara de tu padre en tu pesadilla, te ha vuelto con más intensidad que nunca el recuerdo de tu primo Aitor. Hay algo que te hace relacionar lo peor de tu padre con él. Lo has recordado con el labio torcido, tras el accidente. La secuela física más visible cuando salió del hospital, tras un mes sin reconocer a nadie. El labio se le quedó ladeado hacia la izquierda, lo que le provocaba alguna dificultad para hablar.

—¿Y la cabeza? ¿Se le ha quedado bien? —oíste a tu madre preguntar a tu padre mientras le ponía la cena.

—No va a empezar el curso... Creo que el labio no es lo único que se le ha torcido.

Cuando supiste que Aitor había salido del hospital, sentiste alivio por estar viviendo ya en Vitoria. No hubieses soportado estar en Eibar, temiendo encontrártelo en cualquier calle, en cualquier momento; seguías teniendo dudas de si llegó a verte aquel primer día de búsqueda, en el que aún podía estar consciente. Tampoco lo habías vuelto a ver desde que te dio aquel paquete para llevarlo a Vitoria. Temías que en vuestro reencuentro te acusara de ser un cobarde. También agradeciste haberte alejado de Eibar por el ambiente político cada vez más agobiante. Por el miedo a que en cualquier momento alguien te pidiera hacer algo que tú no querías hacer. «Todos tenemos que dar algo para que unos pocos no tengan que darlo todo.» Era la máxima que persiguió a los jóvenes de una época. Era difícil decir no sin sentirte un traidor.

Así, pasaste más de un año sin ver a tu primo. Pero tenía que llegar el momento en el que volvieras a verlo. Y llegó. Un año más tarde, te llamaron para una cena en las fiestas del pueblo y, aunque tuviste dudas, finalmente fuiste. Pasaste toda la noche temiendo que, en algún momento, en algún bar, apareciera Aitor y te dijera: «Qué, primo, ¿se puede saber dónde has estado escondido?». Y cuando ya empezabas a relajarte, tras unas copas después de la cena, lo viste, a última hora de la noche. Escuchaste un grito desde el interior del bar. Te acercaste y viste a Aitor, gritando, con el labio torcido, borracho:

—*Gora ETA Militarra!*

Estaba solo. La gente lo miraba. Algunos le daban la espalda. Otros lo animaban y le respondían: «*Gora!*». Pero aquel joven estaba perdido, estaba echado a perder, como diría tu madre. Te dolió ver así a tu primo. Lo miraste un rato y te marchaste antes de que él te viera.

Viste tu culpa, de nuevo, en aquel labio torcido, en aquella manera de gritar descontrolada. Si hubieses tenido el valor de bajar por aquel terraplén, habrían rescatado a Aitor veinticuatro horas antes y las secuelas no hubiesen sido tan graves. Cuando viste a tu primo así, con la cabeza perdida como los locos, convertido en otra persona, deseaste su muerte. Deseaste que hubiese muerto en el monte. Y, en ese momento, te reconociste a ti mismo que ese sentimiento no era nuevo. Que cuando estabais buscando a Aitor tampoco querías que apareciera. Deseaste que desapareciera para siempre. Reconociste, por primera vez, que no fue solo el miedo lo que te impidió bajar por el terraplén.

Ven si tienes cojones

El cursor parpadea, desafiante, en la pantalla. Es como un hombre que te reta a la pelea, cada intermitencia es una mano que te dice: «Ven, anda, ven si te atreves. Ven si tienes cojones».

Tienes el texto de Jasone entre las manos. Hay un dolor en ese texto que reconoces. Hay un sentimiento de desprecio y humillación, que aparece como la forma rugosa del suelo si se escribe en un papel apoyado en el asfalto. El suelo sobre el que escribimos siempre aparece. El suelo que pisamos y que se ha ido construyendo con todo lo que nos ha ocurrido durante la vida. El suelo de nuestra casa.

El dolor que destila el texto te ha acercado a un dolor que reconoces en ti y en tu familia, que te está llevando a descubrir algún lugar de tu origen. No es un dolor desconocido. Es un dolor que ha estado impregnado en el silencio de tu casa, en las cenas de sopa caliente y conversaciones frías de la cocina del sexto derecha. Un dolor que tiene el mismo origen. Que proviene de la misma cueva. Y esa cueva no sabes muy bien dónde está, pero sabes que en ella habita tu padre, y también tu primo Aitor, y las secuelas que te quedaron tras su muerte repentina y violenta.

Sientes que en ese texto de Jasone se esconde una llave. Un viaje a un dolor doméstico. Leerlo te ha hecho mirar hacia otro lado. O quizá al mismo sitio pero desde otro lugar. Como si hubieses dormido por un día en tu misma casa, pero en la habitación de otro miembro de la familia. Salir al mismo pasillo que sales siempre, pero desde otra habitación. De repente, todo cambia.

Ese dolor contenido de la historia que has leído te está empujando hacia el piso del sexto derecha en el que habéis vivido toda la vida. Las palabras de esa mujer te han llevado directamente allí, como por una autopista, a aquel dolor omnipresente de tu madre, también a tu dolor. Como si guardaran alguna relación. No entiendes por qué. Esa violación constante que describe el texto de Jasone, ese dolor, comienzas a intuir que es el parqué de ese piso que has pisado durante tu infancia. Que no es nuevo, que no te es ajeno. Después de lo que te ha contado tu hermana de la lata de los botones, de la escopeta nueva, del curso de costura al que nunca llegó a ir, no puedes evitar relacionar el dolor de esa mujer con el dolor de tu madre. Cada palabra escrita te la imaginas en boca de tu propia madre, la misma boca que un día debió coserse con el hilo la aguja que guardaba en aquella lata. La ves sentada sobre la cama de matrimonio.

Y allí, irremediabilmente, te ves a ti mismo. Al chico de la casa. Al chico que su padre hubiese

querido que fuera más chico. Al chico mirando a su madre, esperando a que le prepare la cena. Al chico que no se pregunta por qué llora su madre. Que sabe que no tiene que preguntar nada. Al chico que pronto aprenderá a decir «son cosas de mujeres».

Y allí hay algo relacionado con la mezcla de culpa y de miedo que sientes cuando sueñas con esa mujer, a la que miras pero no ayudas. Te has acordado de Vidarte. Un escritor no debe escribir sobre lo que sabe sino sobre lo que quiere descubrir.

Y, sin pensarlo, has escrito cuatro palabras en el ordenador. Sin pensar qué estás escribiendo. Cuatro palabras que te escuecen y te revuelven. Un misterio. Palabras como linternas que presientes pueden alumbrar una cueva oscura.

«Disparos en el monte», has escrito.

Y te has quedado quieto. Has sentido miedo. Como si te asomaras a un precipicio.

Te has quedado mirando a la pantalla. El cursor sigue parpadeando, desafiante, como un hombre que con la mano te pide que te acerques. «Ven si tienes cojones», te dice.

«Ven si tienes cojones», retumba la frase en tu cabeza.

JASONE

Me vas a tener que ayudar en esto

Volver a ver a Libe. Verla en carne y hueso, saliendo del portal de su casa de toda la vida. El mismo portal en el que la esperaba muchas veces para ir a tomar algo, en el que me preguntaba con qué chupa bajaría ese día, el mismo portal al que entramos aquella vez con aquellos dos chicos, en las fiestas de Vitoria, aprovechando que sus padres se habían ido a visitar a la familia a Eibar. Vi salir a Libe y por un momento me pareció que el tiempo no había pasado, que mi voz, de repente (*¡Libe!*), era la misma de entonces, una voz más aflautada que la actual, una voz más excitada.

Me llamó la atención su pelo. Lo llevaba más largo que nunca. Libe siempre tuvo el pelo corto, tieso, desafiante, como ella misma. Y la vi con el pelo más lacio, más caído, aunque con ese toque de henna que, aunque un poco pasado de moda, es su forma de mantener algún signo de rebeldía en un peinado que ha sido ya amansado, domado, por el entorno de despachos y reuniones, de chaquetas —chaquetas combinadas con vaqueros, pero chaquetas, al fin y al cabo— de su ambiente de trabajo.

Viéndola me preguntaba si estaría satisfecha con su trabajo, si estaría contenta viviendo en Berlín. Tuvimos un sueño, hace muchos años, el de montar nuestra propia editorial, antes de que Jauregi me ofreciera hacerlo con él. No iba a ser una editorial al uso, íbamos a publicar lo que otros no se atrevían a publicar, íbamos a programar recitales, charlas, y muchas veces me he preguntado qué hubiese ocurrido si la situación política de la época hubiese sido otra. Si Libe no se hubiese visto obligada a huir. Si el miedo no nos hubiera paralizado como figuras de cera. Si toda esta guerra no nos hubiera condicionado tanto, si no hubiese limitado nuestro futuro de esa manera.

Nos dimos un abrazo, pero muy breve, porque teníamos prisa por vernos la cara, frente a frente; teníamos prisa para hablarnos mirándonos a los ojos.

—¿No va a venir nunca Kristin contigo? —le pregunté.

—No. Es peligroso, igual quiere quedarse.

—¿En serio? ¿Lo has pensado alguna vez?

—Kristin quiere venir. Pero yo no lo veo claro.

—Nunca es tarde.

—Y ¿qué íbamos a hacer aquí? ¿Me busco una ONG y ella una academia?

—Podríamos recuperar viejos proyectos...

A Libe le brillaron los ojos cuando le recordé nuestro viejo proyecto. Volver a hablar con Libe mirándonos a los ojos. No teníamos que preguntarnos demasiadas cosas sobre nuestra vida porque nos lo hemos ido contando todo siempre por teléfono. Y creo que, si no nos lo hubiésemos contado, tampoco necesitaríamos muchas palabras. Tantos años de mirarnos a los ojos nos han entrenado lo suficiente para saber lo que pensamos sin necesidad de verbalizarlo. Sentadas una frente a la otra en la terraza de la cafetería, le pregunté cómo había visto a la familia. Y creí que iba a hablarme de su madre, de su padre, pero me habló de Ismael.

—¿Sabes? Me ha preocupado Ismael... ¿Te ha dicho a ti algo sobre cómo va con la novela?

—Nada. Está siendo hermético esta vez.

—Me va a matar por decirte esto, pero creo que necesita tu ayuda.

—Pero si aún no me ha pasado nada...

—Es que creo que no tiene nada. Ya sabes cómo es Ismael, nunca te va a pedir ayuda directamente...

No puedo decir que me sorprendiera constatar que Ismael andaba bloqueado con su última obra. Era algo que se olía en el ambiente. Esa forma de salir de su estudio como quien sale de una cámara de gas, esa búsqueda desesperada en los libros que me pedía que le sacara de la biblioteca, ese no terminar ninguno de ellos, pasar de uno a otro como picando aquí y allá, como buscando alguna inspiración a la desesperada... No me sorprendió saber que andaba con dificultades, aunque quizá no creía que fueran tan graves como me las estaba describiendo Libe. Lo que sí me sorprendió, lo que más me sorprendió, fue que Libe creyera que yo tenía la solución al problema de su hermano. Porque en ese momento no adivinaba cómo podía ayudarlo si ni siquiera sabía en qué estaba trabajando. Yo podía leer lo que tenía e intentar desatar el nudo que provocaba el bloqueo, pero ¿qué más podía hacer? Yo no podía escribir su novela. Lo que yo escribo nunca ha tenido ningún interés para él. Yo no podía darle una de las que él llama grandes historias.

—Eres la única que puede ayudarlo. Tienes mucho talento, Jaso. Esa novela que has escrito, por cierto, tienes que intentar publicarla ya.

—Y ¿cómo puedo ayudarlo?

—Necesita tu mano. Intenta que te enseñe lo que tiene y ayúdalo un poco. Creo que necesita un empujón...

Cuando me dijo que intentara publicar mi novela, estuve a punto de confesarle que le había dado ya una copia a Jauregi, pero no me atreví. No quería decirle nada hasta tener una respuesta. Si lo rechazaba, nadie se enteraría de que se lo había entregado. Si lo aceptaba, tendría que acertar con la mejor manera de decírselo a Ismael.

Y fue citar mi novela y sonar el teléfono. Cuando vi el nombre de Jauregi en la pantalla de mi móvil, se me encogieron los hombros, se me endurecieron los músculos del rostro. Le pedí a Libe,

alzando la palma de la mano y las cejas al mismo tiempo, que me disculpara, que era una llamada del trabajo, y Libe aprovechó para ir al baño.

—Me ha parecido alucinante —me dijo Jauregi, sin rodeos.

—¿Te ha gustado? —le respondí, nerviosa, excitada, con el corazón creando olas en mi garganta.

—¿Si me ha gustado? Me ha encantado.

Las palabras de Jauregi empezaban a construir en mi interior un castillo de cristal, su brillo me estaba haciendo daño, un dolor dulce, un dolor esperado.

—Me alegro mucho —acerté a decir, intentando contener mi euforia.

Pero Jauregi prosiguió:

—En serio. Creo que es lo mejor que ha escrito Ismael nunca... Es tan diferente de lo que ha escrito hasta ahora... Qué callado se lo tenía. ¿Crees que puedo hablar ya con él?

Hay veces que nos construimos decorados ficticios, lugares en los que nos gustaría vivir. Llegamos a creernos que vivimos en ellos. Pero llega un momento en el que te das cuenta de que solo tú estabas viviendo en ese paraje deseado, que para el resto del mundo era un lugar inexistente. Escuchar a Jauregi al otro lado del teléfono derrumbó un mundo que siempre quise construir y que en los últimos años creía haber estado levantando, no sin esfuerzo. Un mundo en el que era considerada alguien capaz de escribir, de pensar, de ser valorada por mi talento. Un mundo en el que Jauregi me estaba diciendo sin decirlo que quería volver a leer algo mío, que lo estaba deseando, que ya era hora de que le entregara algo, que había llegado mi momento. Y, sin embargo, constataba de repente que ni por una milésima de segundo pensó que la novela que le entregué era mía. Ni por un segundo me reconoció como una escritora. Quizá ni siquiera en la universidad, donde su acercamiento pudiera haber tenido otras intenciones distintas a las que yo siempre pensé. Qué ilusa. Pensé que yo era diferente a las demás. Quizá nunca hubo una atracción intelectual, como yo pensaba, quizá solo buscaba bajarme las bragas. El dolor que sentí en el estómago fue tan fuerte, que me costó pronunciar alguna palabra.

—No, no le digas aún que te he enseñado nada —le contesté. Y colgué el teléfono, sin decir nada más, al ver que Libe regresaba ya del baño.

—¿Todo bien? —me preguntó, preocupada, al notar mi cara de susto.

Me costó hablar mientras sentía sobre mí la profunda mirada de Libe. Al fin reaccioné.

—Creo que ya sé cómo puedo ayudar a Ismael —le contesté—. Aunque me vas a tener que ayudar en esto...

La puerta corredera, de nuevo

El escenario volvió a cambiar. Bruscamente. Un frenazo en seco, una puerta corredera que se abría de nuevo y me devolvía a una realidad oscura. Volvía, obediente, a mi sitio, como un perro que se acurruca a los pies de su amo. Fue como desplazarme de una bofetada del centro de una historia, zas, al margen. He hablado muchas veces con Libe de ese momento en la vida de las mujeres en que se dan de frente con una pared, después de vivir en un espejismo en el que se sienten en la misma posición que ellos. A algunas les ocurre cuando acceden a su primer trabajo; a otras, a muchas, cuando son madres; a otras, el día que conocen a un chico del que creen enamorarse repentinamente y que acaba forzándolas en su coche; «¡Para, tío, para!», le ruegan, pero él sigue y ellas acaban dejándose hacer, humilladas, sin querer reconocerse ni siquiera a sí mismas que están siendo violentadas. Ese momento. Esa bofetada. Ese choque brusco con la realidad y con el sitio que ocupas en ella. A mí me llegó por teléfono y en la voz de alguien que alguna vez creí que apreciaba lo que yo hacía.

Me dejó pinchada. Mi orgullo pinchado, mis sueños pinchados, cayendo al vacío a toda velocidad, como una pinza de colgar la ropa que cae al patio. El dolor que me provocó constatar que Jauregi nunca me vio como alguien capaz de escribir, que no esperaba, como yo intuía, que un día le entregara algo escrito por mí, que todo aquello en lo que yo creía existía solo en mi mente, provocó que en ese momento quisiera deshacerme de la novela como quien, tras el parto, quiere deshacerse de un bebé no deseado. Del fruto de una violación.

Y no tuve que pensar mucho más. La mejor solución era entregar la novela a Ismael, ofrecérsela para que la utilizara para su nueva obra o para que la publicara con su nombre. Lo mejor era dejarse hacer. Dejarse hacer, sin pensar que estás siendo violentada, como tantas chicas en tantos coches.

Sabía que estaba desesperado, incapaz de entrar en la mente de una mujer, que era lo que realmente necesitaba. Lo tenía más fácil ahora que Jauregi pensaba que la obra era suya. Pensar en ello por un lado me aliviaba. Por fin me quitaría de encima el problema, el dolor de cabeza que me perseguía en el último año. No tendría que confesar a nadie nada, no tendría que esconder ya nada, ningún secreto, ninguna duda existencial sobre qué hacer con lo escrito. Y, además, podría

salvar a Ismael del fracaso absoluto, un fracaso que le hubiese sido insoportable. Para él y, en consecuencia, para mí.

Pero, en el fondo, sabía que la sensación de alivio estaba ahí solo para disfrazar un vacío, una renuncia, una pequeña muerte a la que estaba abriendo de nuevo la puerta, como me dijo Libe. Me sentí de nuevo en la calle, de noche, andando rápido, con miedo a correr, con miedo a que alguien descubriera mi piel blanca bajo la ropa, vulnerable, un terreno que explotar. Sentí que de nuevo se abría la puerta corredera de una furgoneta blanca y caía a un agujero negro, al vacío, atada de manos y piernas. Y se llevaban lo más íntimo de mí. Me robaban lo más íntimo. Imaginar a Ismael utilizando mi novela me hacía sentir un vacío en el estómago, como si una bandada de pájaros estuviese picoteando mis entrañas para llevárselas después por el aire en pequeños trozos.

—¿Estás loca?

Libe no entendió mi decisión. Libe iba a evitarlo. Tenía que evitarlo.

—Tienes que ayudarme en esto —le pedí—. Solo tú sabes que es mío. Me basta con que no se lo digas a nadie.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? No puedo permitirlo.

Me dijo que aquello suponía una nueva pequeña muerte, que no podía contribuir a ello. Lo que yo pretendía era un paso atrás, una renuncia que no podía permitir. Me dijo, enfadada, que yo tenía que publicar esa novela y que estaba en juego algo más que mi carrera. No era solo por mí.

—Si te rindes tú, damos un paso atrás todas —me advirtió, seria, como si hablara de repente en nombre de todas las mujeres del mundo. Como si hablara por un megáfono a una plaza llena de mujeres—. Es tu obra, es tu voz. No te la pueden robar.

Escuché las palabras de Libe asintiendo y negando a la vez. Sabía que tenía razón, pero la razón no es suficiente. Mi orgullo estaba demasiado pisoteado y la urgencia de Ismael era patente. Tenía que hacerlo. Con ayuda de Libe o sin ella. Y lo hice. Esa noche, mientras Ismael se lavaba los dientes, saqué del cajón la novela que hasta entonces había tenido escondida.

Cuando se acercó a la cama, extendí mi brazo y le ofrecí, directamente, los folios.

—Tengo estos apuntes, es una historia de una mujer que he ido escribiendo a ratos... Quizá pueda ayudarte a documentarte... Quizá encuentres algún detalle que te sirva para tu novela —le dije, antes de que se metiera en la cama.

Unas palabras, unos apuntes... Quise quitarle importancia. Intenté mantener una voz neutra, desinteresada, aunque mientras acercaba sus dedos a los folios sentía que me estaba arrancando la piel a tiras. Y cuando le di el texto, me sorprendió la naturalidad con la que se hizo con él. Me llamó la atención que no se mostrara sorprendido, que no me preguntara nada.

—Gracias, seguro que me viene bien, ¿me lo pasas también por mail? —me dijo, y dejó los folios sobre su mesilla, como si le acabara de pasar un informe o una lista de libros de la biblioteca. No me preguntó siquiera cuándo lo escribí, si había vuelto a escribir. No me preguntó nada, no le dio ningún valor, y me sentí la persona más estúpida del mundo. Tras más de un año escribiendo a escondidas, por miedo a no sé qué, a Ismael parecía darle igual que yo escribiera o

no. Simplemente aceptaba mi ayuda como la aceptó siempre. Y me hizo sentir que realmente mi función era esa: ofrecerle ayuda, auparle, apoyarle... «Vosotros los *nuevos euskaldunes* sois muy buenos en esto.» Me colocó, con una sola frase, en mi sitio. En mi margen. En el lugar que realmente me correspondía, como me venía advirtiendo Libe. Una bofetada más.

A partir de ahí, cada vez que Ismael salía del estudio me mordía la lengua para no preguntarle nada. No me comentaba nada sobre el texto, nada sobre mi novela. No me dijo siquiera si le había gustado. Y yo tenía ganas de gritar, pero en vez de eso batía huevos en la cocina; tenía ganas de poner a mi marido contra la pared para sacarle información, pero en vez de eso me desmaquillaba en silencio en el baño, mientras de la boca de él solo salía la espuma blanca del dentífrico. Me dolía su silencio.

Y ese dolor me hizo consciente de que quizá yo tampoco estaba siendo totalmente sincera. El dolor que sentía por su silencio me decía que mi objetivo al darle la novela quizá no era solo ayudarle. Tras sufrir la indiferencia de Jauregi, lo que realmente intentaba era que Ismael me reconociera en aquellas palabras y que me valorara por ellas. Que me dijera algo más que *no está mal*. Y que me viera, por fin. Eso era lo que en el fondo deseaba, aunque en ese momento no lo supiera. Que por fin me viera. Que apartara, como se apartan las zarzas para abrir camino en el monte, el cuerpo de la mujer deseable que un día fui para él y también ese otro cuerpo de madre en el que un día me convertí. Que, por encima de la amante y de la madre, me viera a mí. Por fin a mí, coño, a mí.

ISMAEL

Como descenden los restos de papel quemado

Lo miras ahí, sentado frente a la televisión como una figura de cera, y te preguntas cómo ha llegado tu padre a esa situación. Te gustaría saber cuándo empezó a perder la cabeza. Sin duda, el golpe por lo ocurrido con Aitor fue muy fuerte para él, como lo fueron aquellos terribles meses de huelga en la fábrica. Entonces comenzó a apostar por el silencio como arma de protección del mundo.

La muerte de Aitor. La muerte prematura de su sobrino preferido, del gran cazador. Nunca llegó a sobreponerse por lo que le había pasado en el monte y, a partir de su muerte, su mirada te hacía sentirte culpable. Como si supiera que la deseaste.

Los espectáculos de Aitor por las noches, gritando *Gora ETA* en la calle, en los bares, se repitieron. En aquella época posterior al accidente en el monte, Aitor comenzó a contar a todo el pueblo que militaba en ETA, incluso que tenía armas y explosivos escondidos en el monte. Nadie le creyó. Todos dieron por perdido al chico. Qué pena, un chico que había sido tan valiente y hábil de joven, convertido en un personaje del pueblo. «Mira, ese cuando se emborracha dice que es de ETA.» Te imaginabas a la gente haciendo ese tipo de comentarios. Y otra vez, y otras muchas veces, deseaste que Aitor hubiese muerto en la entrada de aquella cueva, como consecuencia de un golpe seco. Que hubiese desaparecido de tu vida para siempre, mucho antes.

Y al final ocurrió. Llegaste a pensar que ocurrió porque lo deseaste muchas veces. Un mediodía soleado de agosto se oyó una fuerte explosión en el edificio en el que Aitor vivía con sus padres. La policía dijo que el joven había estado manipulando algunos explosivos en su habitación. Tras su muerte, la Guardia Civil encontró un zulo con armas y explosivos muy cerca de las cuevas en las que le estuvisteis buscando un par de años antes.

Sentiste entonces que aquella bomba se la habías puesto tú en las manos.

La muerte de Aitor coincidió en el tiempo con el año de las huelgas en la fábrica. Tu padre, de los pocos que no hizo huelga, llegaba con mucha tensión a casa, muy nervioso. Perdió bastantes amigos. Recuerdas sobre todo aquel día en el que hicieron una pintada junto a los porteros automáticos del portal. Llamaban esquiroles a tu padre. A partir de ahí, tu padre empezó a apostar por el silencio.

Hoy se pasa el día en silencio frente al televisor. Parece una figura de cera. Te preguntas cómo

contaría tu padre su propia historia, por dónde lo haría. Le costaría hacer un resumen de su vida, seguro, porque tu padre guarda ahí dentro una recopilación de datos y sucesos, pero no sería capaz de poner todos esos sucesos en relación. La historia contada por tu padre sería algo parecido a un listín telefónico, un dato tras otro, un suceso tras otro, sin conexión entre ellos, sin causa efecto. No contaría una historia, porque es imposible contar una historia sin conectarlo todo, sin coser una cosa con otra. Hace falta una buena lata de botones, como la que tenía tu madre, para contar una buena historia. Pero para tu padre las cosas pasan y ya está. No ve los sucesos cosidos por las emociones, por los sentimientos. Son solo sucesos. Hacer. Hacer, trabajar, producir. Ahí sus lemas. Ahí su visión de la vida: nacer, trabajar, morir.

Se pasa el día en silencio, como si estuviese en el pase de paloma. Y ese silencio, en el fondo, es como un castigo para ti. Tu padre apenas te mira, y cuando lo hace todavía hoy ves en sus ojos la misma pregunta inquisidora: «¿Has mirado bien por ahí? ¿Seguro que miraste bien?». Y te hace sentirte culpable. Culpable por todo. Por no ser el hijo que deseaba, por no trabajar como un hombre, por no ser un buen cazador, por ser un cobarde, por cantar canciones de Itoiz junto a tu hermana, por no tener *los cojones* que siempre ha tenido ella... Todavía, cada vez que te mira a los ojos accidentalmente, cuando no consigues esquivarlos, sigues viendo en el aire partículas que van descendiendo poco a poco al suelo, como descienden los restos de papel quemado. Es tu hombría, hecha añicos.

Lo miras ahí sentado, a sus manos, que descansan sobre sus piernas. Recuerdas aquellas manos de uñas cuadradas enseñándote cómo se introduce un cartucho en la escopeta, aquellas manos acariciando suavemente la escopeta recién estrenada comprada con el dinero sacado de una lata de botones, aquellos dedos amarillos de tanto fumar Ducados, aquellas uñas que llegaban negras del trabajo... No recuerdas una caricia de aquellas manos; lo más parecido, un golpe en la espalda. En el momento en el que quiso demostrar algo más de afecto, golpeaba más fuerte aún. Su único recurso. No son unas manos que perdonan. Aunque quisieran. No son unas manos que acarician. Aunque lo desearan.

Y, por un momento, aquellas manos te han dolido dentro. El dolor que has sufrido desde pequeño por el desprecio de tu padre, por no ser como él esperaba, el dolor por haberle mentado a él y a todo el mundo para ocultar tu cobardía. Un dolor que te ha llevado a defenderte como has podido. Un dolor que necesitas sacar, escupir. Como escupe su dolor esa mujer del texto de Jasone. Aunque son distintos, en algún punto se unen el dolor de esa mujer y el tuyo. No sabes muy bien dónde.

Lo miras sentado ahí, en la butaca, y no consigues hacer otra cosa que suspirar y volver a la cocina para prepararle el café con leche de la tarde. Mientras preparas el café en la vieja cafetera americana, por un momento, miras por la ventana de la cocina. Hoy también han aparecido. Los pájaros. Una bandada de estorninos, que a veces se convierten en dos y luego vuelven a ser uno. Como siempre que los ves, te quedas mirando, hipnotizado. Quizá los pájaros también estén

hipnotizados. Por eso siguen todos el mismo camino. Es como si pensarán solo en el movimiento que tienen que hacer para no romper el grupo.

El miedo a deshacer el grupo, a ser expulsado de él.

Eso es lo que mató a Aitor.

Pones unas galletas en el plato, junto al café con leche, y vuelves al comedor, donde está tu padre. Desde la puerta del comedor lo ves de espaldas. Ves la manga de su bata y su mano a un lado, y su pelo blanco que asoma por la parte superior de la butaca. Te has quedado un momento allí quieto, sin atreverte a ponerte frente a él. Pero, al final, te has puesto delante de tu padre. Está dormido, con la cabeza ladeada, la boca medio abierta y un rastro blanco en la comisura de los labios. Y, con la mirada fija en los ojos cerrados de tu padre, no has podido contenerte. Las palabras te han salido catapultadas desde el estómago:

—¿De verdad me hubieses preferido como él? Mejor morir manejando un explosivo que esto, ¿verdad?

Te duele la garganta. El dolor asciende del estómago y quiere salir por la boca. Sientes una rabia incontenible, te sientes una víctima de tu padre. Lo has odiado con todas tus fuerzas. En ese momento has deseado que tu padre no esté dormido. Has deseado que esté muerto. Has deseado decirle que ya no sirve y que debes sacrificarlo. Coger una escopeta y matarlo de un tiro.

—¿A la cabeza?

—Sí, a la cabeza —has oído, a lo lejos.

Y, de repente, un estruendo te ha sobresaltado. A ti y a tu padre, que se ha despertado asustado. La taza del café con leche que llevabas en la bandeja está hecha trizas en el suelo. Y el café se desparrama por todo el parqué. Lo has limpiado con un paño que has traído de la cocina, en silencio, ante la atenta mirada de tu padre. La mirada de tu padre en tu nuca.

El collar de perlas

Quedaban los sábados por la tarde. Las dos parejas. Tus padres y un compañero de trabajo de tu padre y su mujer. Fernando y su mujer. Nunca supiste cómo se llamaba ella. Siempre decían hemos quedado con Fernando y con su mujer. Solían darse un paseo por el centro y acababan picando algo. Tu madre se ponía el collar de perlas. Recuerdas el olor a laca en el baño los sábados por la tarde. Esperabais a que salieran para poner sobre la mesa del comedor las patatas fritas y los refrescos que habíais comprado con la paga, y tumbaros en el sofá a ver la televisión. La casa era vuestra, los sábados por la tarde. Solo los sábados por la tarde.

«¿Hoy no salís?», preguntó Libe un sábado en el que veía que no se preparaban. A partir de la época de las huelgas en la fábrica, tu madre no volvió a sacar el collar de perlas. Y tu padre y sus Ducados os ocuparon el salón.

El gran misterio

No esperabas la llamada de Jauregi. Nunca te llama directamente, siempre que quiere hablar contigo te manda antes un mensaje preguntándote si puedes hablar. Hoy has recibido su llamada mientras mirabas la blanca pantalla del ordenador. Allí tienes abiertos dos documentos. Uno, el que te mandó Jasone, tal como le pediste; el otro, el que comenzaste a escribir hace dos días. Solo tiene escritas cuatro palabras: *Disparos en el monte*. No has abierto el texto en el que intentabas meterte en la piel de la mujer de tus pesadillas; te falta algo, alguna llave, para poder adentrarte en ella. Todavía no te has colocado en el lugar adecuado para poder hacerlo. Lo que has escrito hasta ahora se asemeja a un *collage* hecho con billetes falsos.

En el momento en que te ha llamado Jauregi estabas pensando en que solo te quedan dos opciones: rendirte y confesar la verdad, o huir hacia delante y presentar el texto de Jasone como si fuera tuyo. Tienes su permiso para usarlo. Aunque solo pensar en esa posibilidad te hace sentir fatal. ¿Podrías soportar diariamente la mirada de Jasone en casa después de hacerlo? ¿Serías capaz de hablar en las entrevistas sin sentirte avergonzado?

—Siento llamarte así, pero de la imprenta me dicen que no llegamos si no entregamos el original cuanto antes... Y un pajarito me ha dicho que ya tienes la novela terminada.

No has sabido qué responderle. El pajarito no puede ser nadie más que Jasone, pero ¿por qué le diría algo así? ¿Porque está convencida de que vas a utilizar su texto? Quizá Jasone haya aceptado de manera más natural que tú que utilices su obra y que la firmes como si fuera tuya. ¿De verdad te ha visto tan perdido?

—Y ya sé, además, que esta vez has descubierto el gran misterio: ¿qué se esconde en la cabeza de las mujeres! Ni más ni menos.

Jauregi se ha reído, una más de sus bromas, pero tú sientes un puño en tu estómago. Te tiran todos los músculos. No puedes decirle la verdad. Recuerdas de repente la mirada de tu padre en la nuca mientras limpiabas los rastros de café con leche del suelo. Ahí está, esperando que hagas algo que merezca la pena, como cuando esperaba a ver si metías bien los cartuchos en la escopeta. Y tú eres Mendi, moviendo la cola de un lado al otro, deseando demostrar a tu padre que sabes cazar. No tienes salida. No puedes esperar a que te peguen un tiro. No puedes quedar en ridículo frente a tu padre, frente a Jauregi, frente al mundo. El texto de Jasone es tu última oportunidad.

Tragas saliva antes de responder, mientras pasas una y otra vez el cursor por encima de la novela de Jasone, imaginando cómo suenan esas palabras en tu voz.

Y, al fin, te lanzas al precipicio. Una nueva huida hacia delante, como cuando le dijiste a tu padre que no había nada en la zona que supuestamente inspeccionaste en el monte.

—Sí, lo tengo —has mentido, y te has quedado callado un segundo.

Las mentiras, cuanto más breves, mejor.

Quizá no es lo que Jauregi espera. A ti te ha removido por dentro, porque habla de algo que te está obsesionando últimamente, pero quizá le parezca una obra *demasiado femenina* y te diga que no le encaja con lo que los lectores esperan de ti. Pero es tu última carta, tu última oportunidad.

—Te lo mando hoy mismo —le has dicho, excitado, y has colgado el teléfono casi sin dejarle hablar.

Eres un mierda, has pensado al colgar. Y con ese sentimiento de ser un mierda rebozándote los dedos, le has mandado el documento de Jasone y, sin pensarlo, has dirigido el cursor al otro.

«Disparos en el monte», comienza.

Con el menosprecio hacia ti mismo clavado en el pecho y sin la presión de tener a nadie esperando, ahora sí, has empezado a escribir, con el corazón abierto, con palabras que han salido de tus dedos cogidas de la mano unas a otras.

Y en la blanca pantalla, de repente, ha ido apareciendo, palabra tras palabra, una historia que llevabas demasiado tiempo conteniendo ahí dentro. Mientras escribes sientes el viento sur acariciándote la cara, tan suave que te hace daño... Mientras escribes escuchas el crujido de las hojas secas mientras avanzabas por el monte aquel primer día de búsqueda.

Tus dedos no paran de teclear, como si quisieran contarte algo importante. En esa historia, un chico y su padre buscan a un joven perdido en el monte. El chico se acerca a una zona de cuevas y allí le llama la atención un brillo en uno de los arbustos. Piensa que puede ser un viejo cartucho que se ha quedado atrapado, pero, cuando se fija mejor, ve que es una cadena de la que cuelga un llavero.

El chico se queda mirando la cadena, su brillo, y siente que el reflejo le hiere. Y en ese momento escucha la voz de su padre. Este le pregunta si ha revisado bien la zona, y él, sin quitar la vista del llavero, le responde que sí, que ya ha mirado. Que no hay nada.

A medida que escribes, sientes que tus palabras son llaves que están abriendo una puerta. La cadena de Aitor. Las llaves de Aitor. Primero viste el brillo, luego te diste cuenta de que eran sus llaves. Te quedaste helado. Y en ese momento llegó la pregunta de tu padre:

—¿Has mirado bien por ahí?

Quizá si no te hubiese preguntado, si no te hubieses visto en la obligación de dar una respuesta rápida, si lo hubieses pensado dos veces, no te hubieses atrevido a mentir. Pero la voz de tu padre te entró hasta el pecho, una voz de uñas cuadradas, y, sin meditarlo, y con una frialdad que aún te sorprende, apartaste rápidamente la vista del llavero y respondiste:

—Sí. Aquí no hay nada.

Y seguisteis la marcha, dejando atrás las llaves, dejando atrás a Aitor, dejando atrás parte de tu inocencia y dando la bienvenida a una época de miedos, pesadillas y un sentido de la culpabilidad que te han perseguido hasta hoy. Le respondiste que no había nada y seguiste andando sobre las hojas secas, escuchando su crujido, con la sensación de que estabas pisando un esqueleto. Un crujido que sigues escuchando aún hoy en tu mente.

Has mirado la pantalla del ordenador. Y las palabras han salido solas de tu boca.

—Yo no he sido —le has dicho a tu imagen reflejada en la pantalla—. Yo no he sido.

El crucigrama

Tu padre con el periódico abierto por la página del crucigrama, sobre la mesa de la cocina, mientras tu madre prepara la cena. Tu padre lee en alto las definiciones que no acierta a responder.

—«Seriedad, formalidad de una persona.» Empieza por efe y tiene una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez letras.

—¿Fundamento? —le responde tu madre, mirando el crucigrama desde detrás de la cabeza de tu padre, mientras se seca las manos con el trapo.

Tu padre comprueba si la palabra entra en las casillas y, cuando ve que sí, la escribe satisfecho, convencido de que la palabra se le ha ocurrido a él.

Su voz ya no es tuya

Jauregi te ha felicitado nada más entrar en su despacho. Sonríe, los ojos achinados. Siempre ha sido importante para ti su opinión, así que al principio te has sentido halagado, olvidando por un momento que no has escrito tú el texto que le mandaste hace unos días. Os habéis sentado el uno frente al otro, la mesa repleta de papeles entre los dos.

—La verdad es que me has sorprendido —te ha dicho—. Creo que nunca antes has llegado a mostrar así la profundidad de un personaje.

Tú también estás sorprendido. No esperabas esa valoración de Jauregi sobre algo escrito por Jasone. Y a medida que va hablando de la novela, que va desgranando lo que le parece mejor de la misma, a medida que vas viendo en los ojos de Jauregi un brillo que no has percibido nunca cuando te ha hablado de tus novelas anteriores, su opinión entusiasta te ha empezado a escocer en algún lugar del cuerpo, entre tu pecho y tu estómago. Cada vez te está doliendo más. Nunca lo has visto tan emocionado con el resultado de tus anteriores novelas. El rictus se te ha cambiado definitivamente cuando te ha pedido que, por favor, felicites también a Jasone.

—En esta se nota su mano en las correcciones más que nunca. Tienes suerte. Hacéis un buen equipo.

Te ha lanzado una bomba. Te ha disparado en las rodillas. Quieres responderle que sí, pero no consigues disimular un gesto amargo en la boca. Quizá tu secreto no lo sea tanto. Quizá Jauregi haya pensado todos estos años que, si no fuera por las correcciones de Jasone, tus textos no valdrían para mucho. Quizá piense que todos tus libros anteriores los ha escrito ella también.

Quieres responder algo que no te deje en ridículo, desnudo; quieres mostrarte tranquilo, seguro de ti mismo, pero un escozor se expande por tu estómago. Y no has podido evitar dar un salto mortal y has vuelto a la época de la universidad. Has recordado a Jauregi, sentado en la cafetería junto a Jasone, mirándote como a un intruso. Diciéndote que te publica un cuento, pero porque se lo ha pedido Jasone. Quizá esté pensando ahora lo mismo. Que te publica la novela precisamente porque la ha escrito ella. Que la novela en la que más se nota la mano de Jasone es precisamente tu mejor novela.

A partir de ahí, has dejado de escuchar la voz de Jauregi. Solo escuchas la voz de la mujer que te habla desde la novela de Jasone. De repente, ya no es tuya. Se aleja.

Te has levantado bruscamente, tienes que irte.

Jauregi te ha acompañado hasta la puerta hablando de fechas, cubiertas, presentaciones... Pero no lo escuchas y te parece que la puerta se estrecha, como se está estrechando el espacio por el que debe pasar el aire por tu garganta. Estás a punto de ahogarte. Y la pelota del cerebro la has sentido de nuevo allí, creciendo, a punto de explotar y de acabar con tu vida.

Te has despedido de Jauregi con un movimiento de cabeza y, tras escuchar el sonido de la puerta cerrarse, te has quedado quieto en el descansillo. Te ha venido a la mente la imagen de Jasone de joven, cuando escribía sus cuentos y te los mostraba y esperaba nerviosa a que le dijeras qué te parecían. Te miraba mientras los leías, como intentando descubrir en tus gestos si te iba gustando. Has recordado de repente aquellos ojos que se quedaban a la espera de tu veredicto. Qué importante era para ella saber si te gustaba lo que escribía. La has recordado leyendo, siempre leyendo, subrayando frases, apuntándolas en los cuadernos que siempre llevaba en su bolso. Has recordado a Jasone mirando el mundo y escribiéndolo. No había nada que le gustara más.

La recuerdas después, una vez que os casasteis, ayudándote con tus textos. Y en medio hay un abismo, un agujero negro que no recuerdas. ¿Cuándo dejó de escribir? ¿Dejó de escribir en algún momento? Nunca le has preguntado nada sobre ello. Nunca le has dado importancia. Y te das cuenta de que hasta que Jauregi no le ha dado su bendición, no has valorado la novela de Jasone. Sus *apuntes*. ¿Por qué los ves ahora de manera tan diferente?

Y entonces una imagen te ha golpeado, duramente, en la mejilla. Te has visto abriendo una lata de galletas. Dentro, entre botones de todas las clases, hay un fajo de billetes de cien pesetas bien enrollados con una goma. Y tú los coges, los robas, y dejas la lata abierta, sobre una cama de matrimonio. Imaginas a Jasone llorando sentada sobre la cama, mirando a la lata vacía.

Has tenido que sentarte en la escalera.

Sientes que cada vez te acercas más al origen de tus pesadillas.

Tras pensarlo mucho, te levantas y vuelves a llamar a la puerta de Jauregi.

LIBE

Dar un paso atrás y empezar de nuevo

Ismael te ha abierto la puerta y te ha hecho pasar a la cocina sin muchas palabras. Como si no se sorprendiera de que hayas aparecido en su casa sin avisar. Como si hubieseis quedado. Como si hubiese intuido que ibas a aparecer en su casa para convencerle de que no utilice la novela de Jasone como si fuera suya. Ya que no has convencido a Jasone, has decidido intentarlo con él.

—¿Me invitas a un café? —le has dicho, mientras avanza por el pasillo delante de ti, sin mirarte.

—Solo tengo de este, no sé si te gusta, tengo que cambiar de cafetera ya... —te ha dicho, señalando la cafetera americana, con café recién hecho, como si también estuviera esperándote.

—¿Qué tal vas con la novela? Si puedo ayudarte en algo...

Ismael se ha quedado callado, mirando la cafetera.

—Gracias, Libe, pero de momento no va a haber novela. No estoy preparado aún para meterme en la piel de esa mujer. Tengo algo que hacer antes.

Miras a tu hermano, tu hermano pequeño, lo ves encogido, nervioso, como si no lograra encontrar su sitio en su propia cocina. Lo que acabas de oír te ha sorprendido y te ha alegrado en la misma medida. Y te das cuenta de que tu hermano te ha hablado con una voz que tenías olvidada. Es la voz del que fue tu hermano pequeño. El pequeño Ismael, has vuelto a verlo. Lo llevabas de la mano cuando tu madre os mandaba solos a por el pan. Te agarraba la mano fuerte. Se la agarrabas fuerte tú también. Le gustaba acompañarte, se sentía seguro contigo. Has visto de repente al niño que jugaba con la bolsa de la leche del día, moviendo el líquido de un lado al otro, comprobando con sus pequeñas manos cómo se deformaba la bolsa, cómo engordaba por un lado y adelgazaba por el otro.

Has recordado a tu hermano, muchos años después, hablando en una entrevista del periódico sobre la necesidad de que un escritor combine en su escritura la voz del niño, esa esencia que aparece en los primeros borradores, donde realmente se encuentra la creatividad, las ganas de jugar..., y la voz del adulto, la que aparece después a la hora de recoger los juguetes de la habitación, la que ordena, la que corrige, la que pone la disciplina en el texto. No hay manera de escribir sin combinar ambas voces, decía en una de las entrevistas que tu madre tiene recortadas y recogidas en una carpeta.

Ha aparecido esa voz. ¿Dónde la ha tenido escondida tu hermano todo este tiempo? La ha retenido por miedo a que se transparenten a través de ella los miedos que ha ocultado durante su vida; las ganas de llorar, las ganas de bajar por la ladera dando volteretas, las ganas de bailar, de besar, de jugar contigo..., de mostrar sus miedos. ¿Dónde habrá dejado todos estos años olvidado a aquel niño sensible, al que le gustaba tanto cantar contigo, al que le gustaba trastear con tus cocinitas, a escondidas, con miedo a que le viera vuestro padre?

—No es fácil hablar de nadie si no sabes muy bien desde dónde miras —le has dicho.

—Vaya, está claro que Jasone y tú leéis los mismos libros... —te ha respondido sonriendo, y le has devuelto la sonrisa.

No hace falta que os digáis nada. Esa sonrisa te ha recordado a aquella sonrisa burlona con la que te hacía reír en misa, cuando volvías de comulgar. Se adelantaba para comulgar antes que tú y mientras tú volvías te miraba desde el asiento poniéndote esa cara que te provocaba la risa. Lo pasabas realmente mal intentando contenerte. ¿Dónde está aquel Ismael que te hacía muecas? ¿Dónde quedó sepultado?

—Pero sí, creo que necesito dar unos pasos atrás.

Cuando tu hermano te habla de los pasos atrás, sabes de qué está hablando. Está hablando de algo que sientes tú también. Volver al inicio y empezar a dar pasos sobre un camino ya transitado, pero sabiendo algo que antes no sabías. Partir de una nueva posición desde la que mirar a tu alrededor. Reconocerte primero para poder reconocer después tu relación con los demás.

Cuando escapaste a Berlín, solo pensaste en ti. No pensaste en que dejabas sola a tu madre en un terreno hostil, ni que abandonabas a tu mejor amiga en un campo de guerra. Intentaste salvarte, sin pensar demasiado en que cada movimiento genera otros movimientos en las personas que nos rodean. Que somos interdependientes y estamos enlazados con un hilo de pita. Si tú levantas un brazo a quien tienes al lado se le levanta una pierna. Siempre has considerado que Ismael solo ha pensado en sí mismo, en su carrera, en sus sueños, olvidando que Jasone también tenía los suyos, pero tú no has sido muy diferente. Has arrastrado mucho hilo de pita tras de ti sin darte cuenta. Has estrangulado más de un deseo con tus decisiones. También los de Kristin. Hace tiempo que quiere salir de Berlín, hace tiempo que no se lo has permitido.

Lo vuestro tampoco se ha librado de las relaciones de poder de las que tantas veces habéis hablado y de las que tanto habéis leído. Todo se basa en relaciones de poder. También el amor. Sobre todo, el amor. Siempre hay alguien que dice primero «Te quiero». Es quien pierde. La otra persona, responde lo que responde, en el fondo está diciendo: «Lo sé».

Hoy dudas de si junto a Kristin has vuelto a reproducir el mismo esquema de tus padres. Si eres tú la que toma las decisiones y Kristin la que acepta. Hace más de diez años que Kristin quiere salir de Berlín, que quiere conocer tu país, comprobar si le gusta para empezar de nuevo, pero tú se lo has negado siempre. Como si fueses tu padre. Y te has odiado a ti misma. Quizá no seas tan diferente de ellos.

—¿Tú crees que ama querría venir a vivir una temporada conmigo? Cuando salga del hospital,

digo —le has preguntado a tu hermano, aunque realmente era una pregunta que te estabas haciendo en ese momento a ti misma.

—¿A Berlín?

—No, no exactamente. Podríamos venirnos Kristin y yo una temporada.

—Creo que no dejaría a aita solo de ninguna manera. Incluso si la casa estuviese ardiendo, entraría, para no dejarlo solo.

—Quizá precisamente por eso le vendría bien pasar una temporada con nosotras. Y aita no va a estar solo. Podrías seguir trayéndolo a tu casa por las tardes... Creo que os vendría bien pasar algunas horas solos, juntos.

—No, creo que no... Creo que será mejor que vaya yo a la suya y pasemos allí las tardes juntos. Creo que me vendrá bien escribir en mi habitación. Desde mi habitación. Desde el que ha sido mi lugar en la casa durante mucho tiempo.

—Desde la habitación del chico de la casa.

Miras a tu hermano. Tu hermano te mira. Por primera vez en mucho tiempo, los dos mirándoos a los ojos. Tu hermano pequeño. De repente te ha parecido recuperar a aquel hermano con el que cantabas las canciones de Itoiz, aquel al que le pedías que te ayudara a escribir en la carátula de los casetes los títulos de las canciones de los grupos que escuchabas. Entrabas en su habitación con las manos llenas de casetes para grabar. «Vamos, *brother*, ayúdame a escribir los nombres de los grupos.» Y escribía los dos juntos, con bolígrafo, los títulos de las canciones que grababas en una cinta de sesenta. Treinta y treinta. Cara A y cara B. Police, Ilegales... «Con esa letra tan grande no te va a entrar “Tiempos nuevos, tiempos salvajes”, vas a tener que poner solo “Tiempos nuevos”», te recuerdas diciéndole, mientras revisabas cada palabra que escribía en la portada de la cinta.

Fuisteis uña y carne hasta que os visteis separados por la puerta de tu habitación. Cerraste la puerta con fuerza porque tu hermano ya no tenía nada que ver contigo, cada uno pertenecía a un equipo. Seguro que todo hubiese sido diferente si hubieseis sido dos chicos, o dos chicas. Seguro que os hubiesen permitido compartir más cosas.

Le has puesto la mano sobre el hombro y has apretado con los dedos dos y tres veces. Como si quisieras mandarle un mensaje en morse. Después te ha dicho algo sobre la cafetera americana que no has entendido muy bien a qué viene. Te ha dicho que te la puedes llevar a casa, que no hay cacharro que haga mejor café que ese, pero que ya se ha quedado un poco anticuado. Que va a necesitar comprar una cafetera nueva. Una de esas de cápsulas, quizá.

—Siempre has sido un pijo —le has dicho.

Es tu forma de darle un abrazo.

Tu hermano pequeño, maldita sea; lo quieres.

JASONE

No es que me gustara Jauregi; yo quería ser Jauregi

Cuántas veces le he echado en cara a Ismael su ceguera, cuántas veces lo he acusado de no ver tantas cosas, cuántas veces le he dicho que para ver más allá de la superficie hay que hacer un esfuerzo, que la normalidad acaba convirtiendo en invisibles los cimientos de la realidad. Y es así. Yo también he estado ciega durante muchos años. Yo tampoco he sido capaz de ver que mi vida ha estado marcada por un patrón ya establecido, que he cumplido fielmente el papel de amante y cuidadora junto a Ismael y mis hijas. Comencé a verlo al volver a escribir y salí así de una anestesia que ha durado demasiados años.

Sin embargo, me ha costado más entender cuál ha sido mi relación con Jauregi durante todos estos años. Qué he sentido por Jauregi y por qué. No lo vi claro hasta el día en que llegó a la biblioteca con la respiración entrecortada, la cara desencajada, la camisa por fuera de los pantalones.

—¿Qué es esa tontería de Ismael? ¿Qué es eso de que no va a publicar nada, eso de que la obra no es suya? —me preguntó, con la voz aflautada y entrecortada.

Me quedé callada. No podía creerme que Ismael le hubiese dicho a Jauregi la verdad. Por un momento me sentí orgullosa de él. Por un momento pensé que mi marido se había quitado de encima esa capa de miedo que lo ha paralizado siempre, ese miedo al fracaso que en los últimos años lo ha convertido en un ser dubitativo, vulnerable. Pensé que había superado el hambre de éxito a toda costa, esa necesidad de ganar siempre. Pero, sobre todo, pensé que me reconocía por fin y que renunciaba a llevarse la parte de reconocimiento que yo merecía.

Vi de repente una tierra llana frente a mí. Un espacio amplio en el que poder empezar de nuevo con Ismael. Quizá había llegado el momento de volver a aquel coche en el que nuestras manos se tocaron por primera vez. Veinte dedos entrelazados, entre los que era difícil distinguir cuáles eran míos y cuáles suyos. Empezar otra vez desde ahí. A construir algo juntos desde unos dedos desnudos.

No le dije nada. Por primera vez, no me sentí presionada por responder a Jauregi. Por primera vez, comprobé que podía mantenerme en silencio ante él sin sentirme incómoda. Sin tener que demostrar nada.

—La novela... Es tuya, ¿entonces? —me preguntó, con unos ojos redondos que no reconocía.

Sentí que había llegado el momento que tantas veces esperé. Jauregi finalmente reconocía mi talento.

—Sí —le respondí, intentando disimular mi orgullo.

De repente, me pareció ver a Jauregi sin filtros, sin sus habituales rodeos, sin su humor para barnizar las frases más difíciles de decir. Sus ojos ya no eran aquellos ojos achinados que se escondían siempre tras una broma, tras un chiste. Parecía que se le iban a salir.

Jauregi me miró durante unos segundos. Esperé que por fin elogiara mi obra, que me felicitara... Esperé incluso que en un ataque repentino me dijera que tenía que ser yo entonces quien la publicara. Esperaba que, para él, finalmente, lo importante fuese la obra y no quién la hubiera escrito.

—Pues tienes que convencerlo. Ahora ya no puede echarse atrás. Tenemos toda la maquinaria en marcha. Jase, por favor, tienes que ayudarme.

No se le ocurrió ni por un momento preguntarme si tenía alguna intención de publicarla yo; no se le ocurrió proponérmelo.

—¿No te importa que no sea suya? —le pregunté.

En realidad, quería preguntarle: ¿no te importa que sea mía? Pero no me atreví.

—Tú siempre has estado ahí, en todas sus obras. Al fin y al cabo, lo de ahora no es tan diferente, ¿no? Tiene que dejar de lado su orgullo.

El orgullo de Ismael. ¿Y el mío? ¿Dónde debía guardar yo el mío?

Por primera vez vi a Jauregi descolocado, pobre, sin recursos. Sin nada que aportarme. Sin ningún chiste que contar. Y pensé en él, en lo que yo siento por ese hombre, en lo que he sentido a lo largo de mi vida. ¿Qué tipo de atracción es la que me ha unido a ese hombre desde que lo conocí en la universidad? Al verlo tan perdido, descolocado ante la decisión de Ismael, con tanta ansiedad por publicar la obra como fuera, pensé que quizá para mí ya no era tan importante conseguir su beneplácito, como lo había buscado toda la vida. Porque realmente qué he buscado en él: ¿amor?, ¿sexo?, ¿cariño? No. Lo que he buscado siempre ha sido su beneplácito. Su aceptación. Desde el momento en el que le dejé sobre la mesa de la cafetería de la universidad aquel cuento para que lo valorara y salí corriendo, desde aquel momento, solo buscaba su *Sí* en mayúsculas, su *Adelante*, su invitación al mundo de los elegidos. Y, de repente, de un plumazo, tras conocer la decisión de Ismael, de lo que presumía suponía su liberación de Jauregi y de la opinión de los demás, yo también sentí una liberación y me di cuenta al fin de lo que sentía por Jauregi: no es que me gustara Jauregi, sino que yo siempre he querido *ser* Jauregi; tener ese poder de decidir, creer que tengo criterio no solo porque los demás me lo conceden, sino porque me lo concedo yo. Mirar a la cara desencajada de Jauregi fue revelador. Su poder, al fin y al cabo, no era tan grande. Para tener poder, realmente, él también necesitaba que los demás se lo concediéramos.

Por un momento, no sentí la necesidad de que me reconociera, ni siquiera de que me publicara la novela. En realidad, podía hacerlo yo misma. En realidad, yo podía ser Jauregi. Podía montar

esa editorial que siempre rondó mis sueños y publicar lo que quisiera. No tenía que pedir permiso a nadie.

Quizá había llegado la hora de hacer esa proposición indecente a Libe. La hora de sacar un pasaje de avión a Kristin. De hacernos fuertes. Juntas.

ISMAEL

Un nuevo juego de manos

Sentado en la cocina, esperando escuchar de un momento a otro el sonido de la puerta de la calle, miras a la cafetera eléctrica que tienes enfrente. Ahí está todavía, a pesar de que hace tiempo que hay algo en ese aparato que te hace sentir mal. Y por primera vez, mientras lo miras, te has preguntado por qué razón no lo has retirado en este tiempo. Solo encuentras una razón: que siempre ha estado ahí. Por eso ha viajado de la cocina de vuestra anterior casa a la nueva, por eso se ha mantenido en tu paisaje diario. Porque siempre ha estado ahí. Una razón de peso.

Estás atento a escuchar de un momento a otro el sonido de la puerta. Jasone llega a esta hora de la biblioteca. Frente a ti, en la mesa, unos folios escritos en Times New Roman. La obra de Jasone. Has decidido que vas a devolvérsela y que vas a hacerlo físicamente, que le darás los folios en la mano. Intentarás que te comprenda con un gesto, una vez que sabes que va a costarte encontrar las palabras para explicarle todo lo que ha ocurrido, lo que has decidido.

Se te va a hacer difícil encontrar las palabras a pesar de ser escritor. O quizá precisamente por ser escritor. No es lo mismo hablar a una persona mirándola a los ojos que hablar a la pantalla del ordenador. Normalmente, quien es capaz de hacer una de estas cosas no tiene capacidad para hacer la otra.

Por fin llega. El golpe de la puerta te ha acelerado el corazón. Se acerca por el pasillo, acompañada por el tintineo de las llaves. Te has levantado de la silla y ha aparecido en la cocina, frente a ti, trayendo en sus mejillas la frescura de la calle.

Os habéis mirado a los ojos, sin decir nada. Dos escritores sin palabras. Uno frente a otro. Esa forma de callar cuando se siente todo.

Jasone ha mirado los folios sobre la mesa, como preguntándote qué hacen allí. Entonces los has cogido y se los has ofrecido. Es tu manera de decirle que son suyos, que no te pertenecen.

Jasone ha extendido un brazo hacia ti, pero no se ha dirigido a los folios sino a la mano que los sostiene. Entonces has vuelto a dejar su novela sobre la mesa y le has ofrecido la mano. Sin daros cuenta, vuestros dedos están entrelazados.

Y entonces lo has recordado. Vuestro primer contacto físico. Sus manos fueron lo primero que acariciaste de su cuerpo hace ya muchos años, aquellas manos suaves. La acompañaste en coche a casa y, en el momento de despedirse, ella alzó la mano y tú la tomaste, y os pasasteis minutos

acariciándoos las manos, allí, dentro del coche, un dedo con otro dedo, la palma con el dorso, el dorso con la palma, toda la sensibilidad del cuerpo en la punta de los dedos, en aquel apretar la palma y desapretarla. Aquellas manos poderosas de Jasone. Entonces percibiste su suavidad. Nunca hasta hoy te has dado cuenta de todo el poder que escondían.

Te has sentido culpable por ello y, por un momento, has visualizado tus dedos con unas uñas cuadradas que te recuerdan a las de tu padre y no te gustan. Pero te has dado cuenta de que cuanto más acarician las manos de Jasone, más se suavizan, más se redondean. Es como si volvieras al interior de aquel coche, como si vuestros dedos entrelazados, de repente, se confundieran, como si hubieseis iniciado un nuevo juego de manos en el que es posible sentir tus uñas cuadradas y redondas al mismo tiempo, en el que es posible sentirte víctima y culpable al mismo tiempo sin que te suponga una contradicción.

Jasone ha liberado sus manos de las tuyas y se ha ido a la habitación, sin decir nada. Tú tampoco le has hablado. A pesar de ser ambos escritores, no habéis encontrado las palabras. O quizá haya sido precisamente por eso. Porque solo sois capaces de encontrar las palabras verdaderas, las palabras de plomo que se esconden en vuestro interior, cuando os sentáis a escribir.

Y la bandada te seguirá por detrás

Vuelves a tener la novela de Jasone entre tus manos. La ha dejado en la mesa de la cocina, aunque, antes de irse a la habitación, ha colocado a su lado su mochila, como queriendo marcar que aquel es su territorio. Acaricias los folios con los dedos y por un momento sientes que sigues acariciando sus manos, y a medida que los acaricias, notas que también se ablanda la bola que tienes en el cerebro, que se hace moldeable, que toma una nueva forma. Y, en ese momento, han aparecido. Quizá estabas atento a la ventana porque sabías que iban a aparecer. Los estorninos. Han aparecido por el este, dibujando una nube gris que cambia constantemente de forma. Movimientos rápidos, bruscos a veces, que todos los pájaros siguen al unísono. Sigues sin comprender cómo consiguen mantener unido el grupo. ¿Quién les dice qué movimientos tienen que hacer? Es como si recibieran desde su nacimiento una orden que quedara instalada en su mente para siempre y la siguieran a rajatabla, como si estuvieran programados.

Los has mirado con atención, queriendo descubrir quién ordena cada uno de los cambios de dirección. Y te has dado cuenta de que siempre hay uno que decide cambiar de rumbo, y que luego lo siguen los demás por detrás. Entonces has sentido que se te acelera el corazón, has escuchado tus propios latidos con fuerza. Debes volver al estudio cuanto antes, a escribir con esos dedos de uñas cada vez más redondeadas. A escribir, por fin.

«Disparos en el monte.»

Necesitas sacar de dentro esa vieja historia en la que has crecido, sacarla como se saca un cartucho de escopeta de entre los arbustos. Agachándote e hiriéndote las manos. Solo contándote a ti mismo esa historia de ladridos, palomas, escopetas, botas manchadas de barro, latas de galletas... podrás saber desde dónde has aprendido a mirar el mundo; solo reconociendo el origen de la voz que utilizas con tu padre, podrás llegar a entrar un día en la piel de la mujer de tu pesadilla. Solo así podrás cambiar de rumbo. Y con suerte, una vez que lo hagas, la bandada te seguirá por detrás.

La casa del padre
Karmele Jaio Eiguren

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original en euskera: *Aitaren etxea*
Versión al castellano de la autora

Diseño de la portada: © Planeta Arte & Diseño

© Karmele Jaio Eiguren, 2020
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency.

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5686-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

